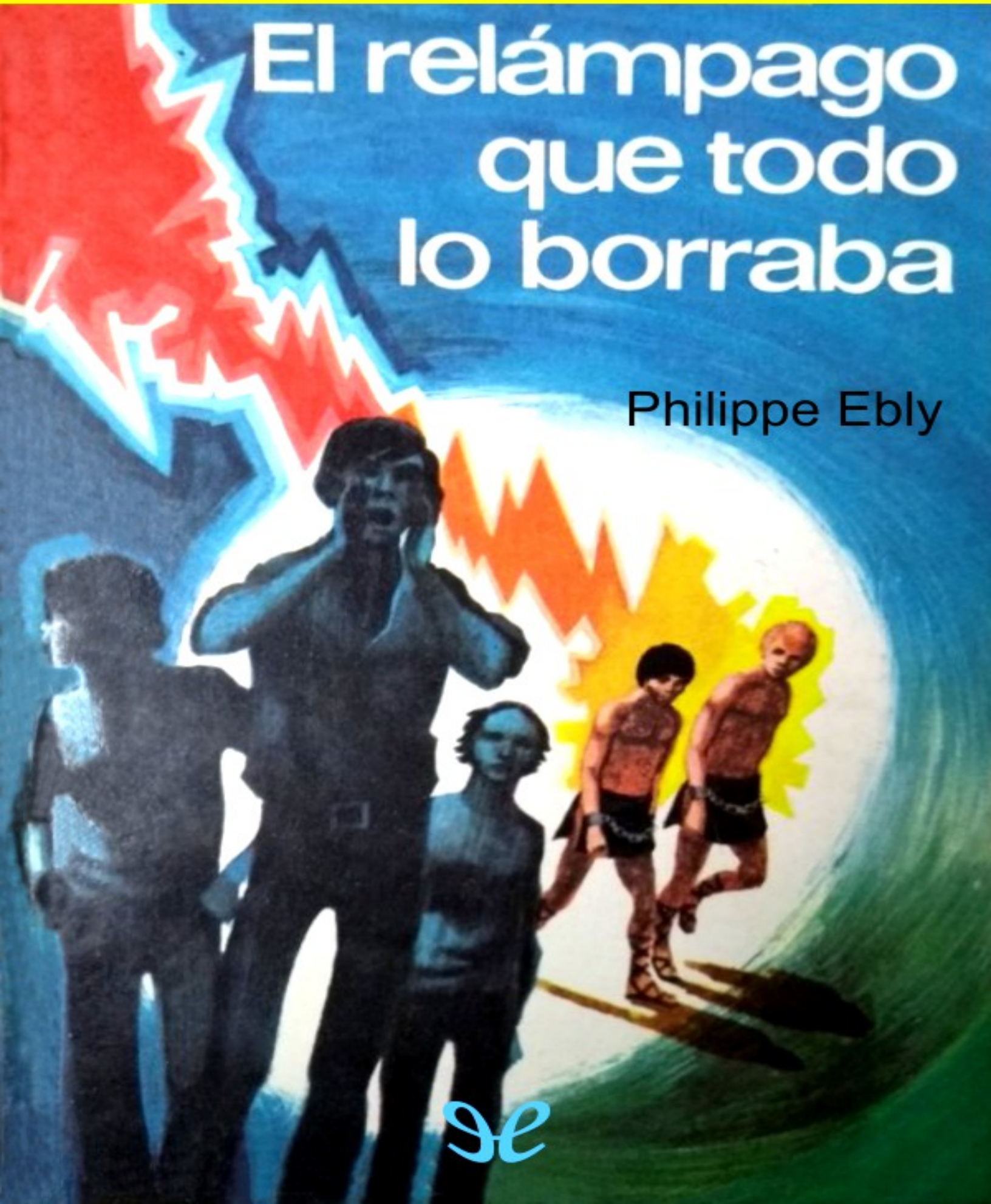
LOS CONQUISTADORES DE LO IMPOSIBLE

El relámpago que todo lo borraba

Philippe Ebly



Cuando salen de acampada en Italia, Sergio convence a los hermanos Forestier, Xolotl y Teobaldo, de que visiten a un amigo de su padre, el profesor Lorenzo. El profesor se ofrece a albergarlos cuando una terrible tormenta golpea la región. Pero cuando un rayo cae sobre la casa, Sergio y Xolotl simplemente desaparecen sin dejar rastro. Mientras sus compañeros y el profesor los buscan en vano por la casa y el campo circundante, los dos jóvenes se levantan en el campo abierto. Y cuando finalmente sale el sol, descubren la calzada romana cercana en perfecto estado, y una legión romana que avanza por la llanura. No es una película que se está filmando, sino una nueva realidad, y los dos adolescentes ahora tendrán que sobrevivir a los días de la antigua Roma, sin esperanza de regresar…

Philippe Ebly

El relámpago que todo lo borraba

Los conquistadores de lo imposible - 3

ePub r1.2
diegoan 16.12.2021

Título original: *L’Éclair qui effaçait tout*
Philippe Ebly, 1972
Traducción: Berta de Tabbush

Editor digital: diegoan
Corrección de errata: charru33
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El relámpago que todo lo borraba

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Sobre el autor

Notas

I

Los cinco muchachos se quedaron parados delante de la inscripción.

—*Tomba di Nerone* —leyó el más joven, que contaba unos catorce años—. O sea: la tumba de Nerón.

—Gracias, Marcos, sabemos leer —replicó otro de los amigos—. Hemos entendido lo que dice. De todas maneras, muchas gracias.

El jovencito que acababa de hablar tendría unos dieciséis años, y era hermano del anterior. El parecido saltaba a la vista. La forma del rostro era idéntica, al igual que los cabellos castaños y los ojos color gris pizarra.

—Lo dije solo para prestarles un servicio —respondió Marcos.

Su hermano extrajo un plano del bolsillo y lo desplegó.

—Miren —explicó—. Estamos aquí, en la Via Cassia. (Indicó el lugar en el plano). Y justo aquí hay un *campeggio*. (Volvió a señalar).

—Oye, Raúl —se quejó Marcos—, el hecho de que estemos tan cerca de Roma no es razón para que te pongas a hablar en italiano. Podrías decir «un campamento», como todo el mundo.

—Bueno, está bien —admitió Raúl—. Un campamento, si quieres. Dije *campeggio* porque así está marcado en el plano. Queda a menos de una hora de marcha. No es tan tremendo.

Uno de los muchachos que todavía no había hablado, y que tendría también unos dieciséis años, acotó:

—Por supuesto, podemos ir allí. ¿Pero por qué no vamos a la casa de mi amigo? Queda solo a cinco minutos de marcha.

Raúl hizo un gesto de disgusto antes de responder. Era evidente que ya habían discutido el tema sin lograr ponerse de acuerdo, y que el joven no quería volver sobre lo mismo.

—Por mí, encantado, Sergio. Pero a esta hora vamos a ser una molestia para él. No se puede caer de visita a una casa a las seis de la tarde sin avisar antes.

—¿A qué se dedica ese señor? —preguntó Marcos.

—Ya te lo expliqué antes —dijo Raúl—. Pero tú nunca escuchas cuando te hablan… Es profesor de no se qué en una universidad de no sé dónde.

—Gracias por la información tan precisa —repuso Marcos, haciendo un gesto idéntico al que hiciera su hermano un minuto antes.

—No será nada divertido —dijo—. Seguramente nos invitará a cenar, y ya verán qué fastidio es todo eso. Nos vamos a quedar dormidos sobre los platos…

Evidentemente, la perspectiva de acampar en la vivienda de un profesor universitario distaba de resultarles atrayente. Sergio se encogió de hombros.

—No, de ninguna manera —insistió—. Tú no te puedes dar cuenta, porque no lo conoces. Es un verdadero cerebro… Un tipo formidable, con una conversación fabulosa. Uno no se aburre nunca con él.

Se hizo un breve silencio. Sergio elevó la mirada e inspeccionó el cielo.

—Y eso no es todo —agregó—. En cualquier momento se va a desatar una tormenta. Si vamos al campamento, llegaremos mucho después que se largue a llover, hechos sopa, y tendremos que levantar la tienda bajo la lluvia. ¿Te agrada la idea?

—No, por supuesto —admitió Raúl—. Pero si vamos a la casa de tu profesor, llegaremos justo a la hora de cenar. Se verá obligado a invitarnos, y será una verdadera molestia para él.

—De ninguna manera —interpuso Sergio—. Tú no te das cuenta de cómo son las cosas. El profesor es un hombre muy rico. Vive en una *villa* inmensa rodeada de parque, y tiene dos o tres criadas. Seguro que nos invitará a cenar, pero eso no representará ninguna molestia para él.

—Humm… —dudó Raúl.

Al ver que su compañero no parecía del todo convencido, Sergio volvió a la carga.

—Ya te dije que es amigo de mi padre —explicó—. Siempre que tiene ocasión viene de visita a casa… Hace años que me conoce, y estará encantado de verme.

En ese momento intervino en la conversación otro de los jovencitos, que todavía no había dicho nada. De talla algo más pequeña que Raúl y Sergio… aparentaba unos dieciséis años. Tenía cabellos negros desordenados, grandes ojos oscuros y semblante enérgico y decidido[1].

—¿Y tú, Sergio? —preguntó abruptamente—. ¿Para ti también sería un placer volver a verlo?

—Sí —respondió Sergio sin vacilar.

—Entonces, en marcha. Ni una palabra más.

El jovencito se expresó en tono tranquilo y seguro, y sus palabras pusieron fin a la discusión. Ninguno de sus compañeros pareció sorprendido por su intervención rápida y autoritaria.

—Bueno —dijo Raúl—, si Teobaldo está de acuerdo, iremos a casa del profesor.

Para salvar las apariencias se volvió en dirección al quinto miembro del grupo, que había permanecido mudo todo el tiempo. Tratábase de un muchacho de unos quince años, de rostro típicamente indio, pómulos salientes y labios gruesos, con grandes ojos negros de mirada dulce.

—¿Y tú, Xolotl? ¿Aceptas?

—Acepto —repuso con tranquilidad el aludido, que por otra parte siempre parecía estar de acuerdo con todo el mundo.

En pocos minutos los amigos dieron con la propiedad. Estaba rodeada de un interminable muro de piedra con una alta verja de hierro forjado. Al mirar entre los barrotes lo único que se distinguía era el césped y los árboles.

—¡Qué grande! —exclamó Raúl con voz entrecortada.

—Sí, es muy grande —dijo Sergio—. La casa tiene dos o tres siglos de antigüedad. Es casi un *palazzo*…

—¡Oh! —se quejó Marcos—. Otro más que se cree obligado a hablar en italiano…

Sergio tocó el timbre. Raúl pareció vacilar, como si se lamentara de haber aceptado la proposición.

—¿Cómo se llama el dueño de casa? —preguntó.

—El profesor Lorenzo —respondió Sergio.

—¿Y cómo deberemos llamarlo, al dirigirnos a él?

Al principio, *signor professore* —explicó Sergio—. Después, cuando comiences a entrar en confianza, podrás decirle simplemente *professore*… No es nada complicado.

De pronto salió un hombre de entre los árboles. Contaba unos sesenta años, era corpulento, y sus cabellos grises lucían un corte «cepillo». Al ver a Sergio una amplia sonrisa le iluminó el rostro.

—Sergio…

Indudablemente, la visita lo llenaba de placer. Haciendo un amplio ademán, abrió la verja, y Sergio presentó a sus amigos.

—Muchacho, realmente estoy encantado de que hayas venido, y de que hayas traído a tus amigos contigo… ¿Cómo está tu padre, Sergio?

La acogida fue realmente cálida. El profesor hablaba perfectamente el idioma de los muchachos, y su acento extranjero era casi imperceptible… Sergio le pidió permiso para levantar las carpas en el parque.

—¡Qué ocurrencia, Sergio! Mira el cielo.

El firmamento estaba lleno de nubes muy bajas y oscuras. Era casi de noche, y el calor era sofocante.

—En cualquier momento se va a desatar la tormenta. De ninguna manera permitiré que duerman bajo el agua…

—No queremos causarle ninguna molestia, *professore*…

—¡Calla, Sergio! Estoy muy contento de tenerlos aquí, y no quiero que se empapen… Ustedes son mis invitados, esta noche y todas las que puedan seguirle. Cenaremos juntos, y les buscaré un lugarcito seco para que extiendan los colchones.

Sergio trató de darle las gracias, pero el profesor le impuso silencio y tomó el camino que conducía a la *villa…* Faltarían unos veinte metros para llegar a la vivienda cuando Raúl se detuvo dejante de una estatua de mármol, desgastada por el paso del tiempo, que representaba la figura de un hombre de pie.

—Disculpe, *signor professore*. ¿Es muy antigua?

—Sí —respondió el profesor—. Esta estatua es casi tan antigua como la misma Roma. Es un Júpiter etrusco, que sin duda data del reinado de Tarquino el Viejo… Este Júpiter ya tenía seiscientos cincuenta años por la época de Nerón, y ahora tiene dos mil seiscientos años de antigüedad.

En ese momento se oyó un trueno a lo lejos, y cayó una gota de lluvia al pie de la estatua.

—Ya llegó la tormenta —anunció el profesor—. No nos quedemos aquí.

* * *

—Mis dudas no tenían razón de ser —confesó Raúl—. Tu profesor Lorenzo es un tipo estupendo. Pasamos una velada fantástica… Y la vieja cocinera… ¿Cómo es que se llama?

—Giuseppina —respondió Sergio.

—Eso es, Giuseppina. Es formidable, Nunca me olvidaré de sus berenjenas rellenas. Es el día más maravilloso de mí vida.

—*Tragaldabas* —dijo Marcos tranquilamente.

Los amigos se encontraban en un ala de la mansión; ocupaban un amplío desván que les había destinado el profesor, y se habían instalado

en sus colchones neumáticos.

—¿Qué hora es? —preguntó Teobaldo.

—Las diez y media respondió Raúl.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sergio.

La lluvia seguía cayendo con violencia, y los fuertes truenos se oían sin interrupción. Era imposible dormir, y, por otra parte, ninguno de los cinco jovencitos tenía sueño.

—Podríamos jugar a las cartas —propuso Marcos.

—De acuerdo —aprobó Sergio—. ¿Tienes los naipes?

Los muchachos se sentaron en círculo sobre el piso, y comenzó la partida; pero en realidad nadie prestaba verdadera atención al juego. Todos estaban un poco nerviosos, especialmente Xolotl y Teobaldo, como si instintivamente advirtieran algo anormal… La tormenta continuaba, y a veces un trueno más fuerte que los demás hacía sobresaltar a Xolotl. Sergio no dejó de advertirlo.

—No te inquietes —dijo a media voz—. Aquí no corremos ningún peligro… No pasará nada. Las ventanas están cerradas.

—Hay un pararrayos en el techo —agregó Raúl.

—Si, pero los pararrayos no siempre sirven de protección repuso Sergio, sin darse cuenta que se estaba contradiciendo.

Estalló un nuevo relámpago, y enseguida se oyó un trueno brutal.

—Esto no me gusta nada rezongó Xolotl.

—No correrno ningún riesgo, te lo aseguro —insistió Sergio—. Vamos, es tu turno de dar las cartas.

Xolotl recogió los naipes, los mezcló y comenzó a distribuirlos. Afuera la violencia de la lluvia se había redoblado… Al terminar de dar las cartas, Xolotl constató:

—Falta una.

—¡Maldición! —exclamó Raúl—. Tenemos que recomenzar todo.

Sergio miro los naipes que lo habían tocado.

—¡Caramba, qué buen juego! —observó.

En ese instante se escuchó un estruendo terrible, más fuerte que cuanto oyeran hasta entonces, acompañado de una luz enceguecedora… Luego, nada más. La lámpara se había apagado, y el grupo se vio sumido

en la oscuridad más completa. Durante unos segundos no se oyó otra cosa que el furioso crepitar de la lluvia sobre las ventanas… Por fin se escuchó la voz de Raúl:

—¡Cayó justo aquí! ¡Mi abuela! Por suerte estábamos adentro… Y se cortó la luz. ¿Nos quedaremos a oscuras todo el tiempo?

—Yo tengo fósforos…

El que había hablado era Marcos. El muchacho hurgó en sus bolsillos, extrajo una cajita y encendió un fósforo… La llama se extinguió casi enseguida, pero Raúl tuvo tiempo de verlo a Teobaldo sentado junto a Marcos… Para su sorpresa no distinguió a nadie más.

—Pronto, Marcos, enciende otro. Pronto… ¡Es muy importante!

—Sí —dijo Marcos.

Raúl aguardaba sin decir palabra. El corazón le saltaba en el pecho. No estaba seguro de haber visto bien. No, no era posible… Marcos encendió un segundo fósforo, protegiendo mejor la llama. Entonces Raúl pudo ver mejor, y quedó paralizado por el horror: Sergio y Xolotl habían desaparecido…

II

Marcos, que también había advertido la ausencia de sus dos amigos, dejó caer el fósforo en cuanto la llama comenzó a quemarle los dedos.

—¡No es posible! —dijo Raúl, horrorizado.

Durante unos instantes se vio imposibilitado de actuar. Le parecía tener un gran agujero negro dentro de la cabeza… Por fin logró sobreponerse.

—Marcos, Teobaldo, tomen las linternas eléctricas. Por empezar, tenemos que ver con claridad, y debemos buscarlos. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Hay que hacer algo.

Teobaldo fue el primero en hallar su linterna, e iluminó rápidamente todos los ángulos del desván. Nada… Raúl se levantó, hurgó en su saco,

encontró su linterna y alumbró en derredor. Los otros dos observaron que temblaba ligeramente.

—Tenernos que buscar al profesor —dijo el muchacho—. Es el único que nos puede ayudar.

Salieron de la pieza y descendieron a la planta baja. El caserón permanecía sumido en la oscuridad. Al llegar a la sala, abruptamente volvió a encenderse la luz. Instantes después se abrió una puerta y apareció el profesor.

—Estaba en el garaje —explicó—. Había saltado un tapón. Nada grave.

En ese momento advirtió que los muchachos eran solo tres, y, al observar que su actitud no era la normal, se interrumpió. En breves palabras Raúl le relató lo sucedido.

—No es posible —exclamó el profesor—. Las ventanas no estaban abiertas, ¿no es cierto?

—No —repuso Raúl. Estaban bien cerradas.

—El rayo, entonces, no pudo penetrar en la habitación. ¿No vieron una «bola de fuego»?

—No. Solo una luz enceguecedora, y después, nada…

—Qué extraordinario —repitió el profesor.

El escepticismo del dueño de casa era evidente. No obstante, al observar con detenimiento a los tres jovencitos, uno tras otro, comprendió que su inquietud no era simulada y que realmente habían sido testigos de la historia que le acababan de referir.

—Vamos a ver arriba —propuso al cabo de unos segundos.

Ya en el desván, el dueño de casa recorrió rápidamente la habitación y verificó que las ventanas estaban bien cerradas. Entonces se volvió en dirección a los tres muchachos.

—Escuchen —dijo—. Suponiendo que hubiesen sido fulminados, encontraríamos sus cuerpos. Atrozmente quemados, es cierto; pero los encontraríamos. Miren bien. No hay ni la más libera huella en el piso, no hay huellas por ninguna parte… El rayo no pudo haber entrado en esta pieza.

—No los vimos más después de ese trueno tan tremendo —declaró Raúl, simplemente.

Marcos había juntado los naipes desparramados por el piso y estaba ocupado en contarlos.

—Faltan muchos —dijo, por fin—. Como si se hubieran llevado todas las cartas que tenían en la mano en ese momento.

Raúl se volvió hacia el profesor.

—¿No los podría haber arrebatado el rayo sin matarlos? —preguntó—. Puede haberlos proyectado hacia el parque… O aún más lejos… No lo sé…

—Es imposible —dijo el profesor—. Las ventanas están cerradas.

—¿Y si vamos a ver, de todas maneras? —insistió Raúl.

El profesor se encogió de hombros.

—Es imposible, les digo. Pero, sí, tenemos que averiguarlo. Si queremos encontrarlos, no podemos descuidar ningún detalle.

Todos se pusieron los anoraks y salieron. La lluvia seguía cayendo con fuerza, pero la tormenta comenzaba a alejarse. Recorrieron el parque de un extremo al otro, pasando delante de la estatua de Júpiter más de veinte veces, e iluminando con sus linternas los rincones en sombras… Finalmente, como no encontraran nada allí, franquearon la verja y costearon el elevado muro de piedra, llamando desesperados a sus compañeros desaparecidos…

* * *

Sergio y Xolotl fueron iluminados por una luz enceguecedora, como si hubieran sido lanzados bruscamente en medio del sol, al tiempo que se oía un terrible estruendo… Pero todo cesó de inmediato. Se desvaneció la enorme llama violeta, y dejó de oírse el ruido. Sergio y Xolotl se hallaron nuevamente sumidos en la oscuridad, en medio de un silencio total.

—¡Oh! ¡Mis ojos! —murmuró Sergio—. Estábamos a plena luz…

Se cubrió ambos ojos con la palma de la mano, y aguardó a que desapareciera la luz que lo deslumbraba. Alcanzó a ver grandes ondas luminosas que iban desvaneciéndose de a poco, y cuando todo volvió a la normalidad se quitó las manos del rostro… La oscuridad no era completa: había un hermoso claro de luna, y el muchacho pudo ver a Xolotl con toda nitidez, frente a él. Estaban sentados sobre la hierba, exactamente en la misma posición en que se hallaban antes de caer el rayo.

—¿Qué hacemos aquí, Xolotl? Y… ¿adónde están los otros?

Sergio advirtió entonces que las cartas estaban desparramadas entre ambos sobre la hierba. Las había dejado caer al cubrirse los ojos.

—¿Qué ha sucedido? —repitió—. Cayó un rayo sobre la *villa*, de eso estoy seguro.

—Sí —asintió Xolotl—. Hubo un gran resplandor, y después, nada…

—Así es. Y el rayo nos proyectó lejos de la casa…

Maquinalmente se guardó los naipes en el bolsillo, se puso de pie y se palpó las extremidades. Xolotl hizo otro tanto.

—¿Nada roto? —preguntó Sergio.

—No.

—¡Uff! La sacamos barata.

Iluminado por el claro de luna, Sergio dio unos pocos pasos tratando de orientarse, y se detuvo frente a la estatua de Júpiter.

—Mira, Xolotl: el Júpiter etrusco. Estamos en la propiedad del profesor. El rayo no nos lanzó demasiado lejos.

Los muchachos observaron en derredor.

—No veo el caserón —dijo Xolotl—. ¿Estaba muy lejos del Júpiter?

—A veinte metros, justo enfrente —repuso Sergio.

Frente a la estatua, hasta donde podía abarcar su mirada, no se veía nada… Ni el césped, ni los árboles bien podados. Solo el suelo, lleno de hierbas silvestres y de helechos…

—¿Y el cielo? —observó Xolotl—. Estaba cubierto de nubes, y estalló una tormenta… Ahora, en cambio, se ve la luna y brillan las estrellas…

Sergio elevó la vista. El color del cielo era un azul profundo, muy hermoso, y el brillo de las estrellas era maravilloso. Fue necesario que Xolotl hiciera esa observación para que su amigo lo advirtiera. Buscó una explicación.

—Tal vez se disiparon todas las nubes —dijo—. A veces basta un buen viento para que el cielo se despeje.

Hablaba en tono vacilante, como quien realmente no cree en la realidad de sus palabras. Luego se agachó, tocó el suelo y estrujó la hierba entre las manos.

—No es posible —dijo, irguiéndose—. Llovió cinco horas. La tierra tendría que estar bien húmeda, y sin embargo está reseca, lo mismo que la hierba…

Todo tenía un aire extraño en esa noche tan calma. Los dos amigos percibían algo anormal en el ambiente, y comenzaron a inquietarse.

—Ven —dijo Xolotl—. Vamos a ver más lejos.

Comenzaron a alejarse lentamente, guiados por la prudencia.

—La mansión ya no está donde debía estar —acotó Sergio—. Ni los árboles, ni el muro que rodeaba el parque, ni la enorme verja de hierro forjado. Estamos en campo raso.

En derredor no se veían más que hierbas sin cortar y algunos matorrales. Sergio se detuvo.

—¿Si llamamos? —propuso.

Comenzaron a dar voces, pronunciando el nombre de sus tres camaradas, y cada vez que perdían el aliento aguardaban unos instantes hasta reunir nuevas fuerzas… Así muchas veces, sin obtener ninguna respuesta: nada más que un silencio absoluto.

—Ven, Xolotl.

Sergio dio media vuelta y, caminando con lentitud, volvió a marchar en dirección a la estatua de Júpiter. ¿Por qué sus pasos siempre lo llevaban allí? No lo sabía. Tal vez porque era el único objeto que podía reconocer en esa noche tan extraña…

—No podemos hacer nada más en medio de esta oscuridad —dijo—. Debemos esperar la salida del sol. Entonces veremos.

—Sí.

—No tengo ganas de dormir —observó Sergio.

—Yo tampoco —coincidió Xolotl.

Sergio se sentó en el suelo, a pocos pasos de la estatua, y Xolotl lo imitó, ubicándose muy cerca. Comenzó así una larga noche de espera bajo la luz de la luna.

* * *

Era cerca de medianoche cuando el profesor y los tres muchachos regresaron a la casa. A pesar de que tenían puestos los anoraks, estaban

empapados. El profesor los condujo a la sala y preparó cuatro ponches bien calientes.

—Todo ha terminado —dijo Raúl—. Seguramente están muertos.

El joven no alentaba ninguna esperanza, y sus dos compañeros estaban igualmente descorazonados. El profesor se dio cuenta de que, antes que nada, debía infundirles ánimo.

—No, no están muertos —afirmó categóricamente—. Cuando a un hombre lo fulmina un rayo es quemado vivo, y puede recuperarse su cuerpo. Pero nosotros no hemos encontrado nada. Precisamente eso es lo que me llena de esperanzas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Marcos.

—Antes que nada, no perder el valor —repuso el profesor—. Y después, tratar de descubrir qué pudo haber pasado… Todo tiene una explicación, y cuando se la busca, se la encuentra. Es preciso reflexionar; eso es todo.

Raúl tenía la mirada perdida en el vacío, sin escuchar lo que le decían. Recordaba la extraña nerviosidad de Xolotl y de Teobaldo en medio de la tormenta. Diríase que un instinto primitivo les había permitido presentir algo…

—Teobaldo —dijo, bruscamente—. ¿Tú te sentías inquieto durante la tormenta?

—Sí —respondió Teobaldo sin vacilar—. Sentía que nos acechaba un peligro.

—¿Qué peligro? —preguntó Raúl.

Teobaldo hizo un gesto, revelando su ignorancia.

—No es de esta manera que descubriremos lo que ha sucedido —interrumpió el profesor—. Debemos basarnos en datos concretos y razonar detenidamente, tratando de comprender. Hasta ahora hemos buscado por el parque, pero todavía no inspeccionamos el interior de la casa. Ahora bien: hay una habitación más importante que todas las demás. ¿Saben dónde se encuentra el desván donde estaban ustedes?

—No —respondió Raúl.

—Tengo un laboratorio particular en la *villa*, y el desván se encuentra justo encima… Debemos inspeccionar el lugar. Tal vez descubramos

algo…

El dueño de casa se puso de pie y, seguido de los tres muchachos, los condujo al laboratorio. Al abrir la puerta y encender la luz, hizo un movimiento de sorpresa.

—¡Miren!

Señaló los cables eléctricos que se extendían contra una de las paredes. A lo largo de los cables, el yeso se veía ennegrecido, como si hubiera sido quemado por una llama irregular.

—¡Miren! Es aquí donde cayó el rayo. Sin duda había un defecto en el pararrayos y la instalación eléctrica sufrió las consecuencias… ¿Ven los rastros? Pues bien: no hay nada de eso en la habitación donde se encontraban ustedes. Sus amigos no fueron golpeados por el rayo, se lo aseguro.

—¿Y entonces? —preguntó Raúl—. ¿Qué ha sucedido?

—Hay que tener paciencia. Lo descubriremos en forma gradual. Tengo varios medidores en el laboratorio. Mañana los examinaré, y seguramente obtendremos alguna información. Pero…

El profesor se interrumpió, pareció reflexionar y por fin dijo:

—Hay algo muy importante en lo que nadie ha reparado todavía. Todo tiene su causa. ¡Reflexionen! Lógicamente, uno debe formularse determinada pregunta… ¿Cuál?

Esperó un poco para ver si los jovencitos daban con la pregunta. Aun en medio del peligro, el dueño de casa seguía siendo de pies a cabeza un profesor. Por fin, como nadie dijo nada, aclaró:

—Ustedes eran cinco, y solo dos desaparecieron de la pieza. ¿Por qué no todos?

Para Raúl la frase fue como un rayo de luz en la oscuridad. Era esa, efectivamente, la pregunta que había que hacerse, la pregunta realmente crucial.

Marcos y Teobaldo también lo habían comprendido así. Los tres amigos volvieron a levantar la cabeza.

—En vista de que fueron Sergio y Xolotl quienes desaparecieron —continuó el profesor—, cabe deducir que tenían algo en común que ustedes no tenían… Es eso lo que debemos descubrir. ¿Vestían un tipo especial de ropa? ¿Tenían un cinturón o zapatos, distintos a los de ustedes? ¿O algún objeto metálico?

Los tres muchachos reflexionaron. Fue Marcos quien dio con la respuesta.

—Las pulseras de identificación —anunció triunfalmente—. A Sergio le regalaron una a su regreso de México, y a Xolotl otra idéntica para su cumpleaños…

—Sí —asintió Raúl—. Ninguno de nosotros tres tiene nada parecido.

—¿Y de qué material son? —insistió el profesor—. ¿Qué tenían de particular? Pude observar la que llevaba Xolotl: no tenía el brillo de la plata… ¿No era de plata, no es cierto? ¿De qué era?

Raúl vaciló.

—Es difícil de explicar —dijo—. Fue el padre de Sergio quien se las regaló.

—¿A los dos? —preguntó el profesor.

—Sí, a los dos. ¿Sabía que lo adoptó a Xolotl?[2]

—Sí —respondió el profesor—. Lo sabía. ¿Y qué tenían de particular esas pulseras?

—El metal de que estaban hechas es muy raro —dijo Raúl—. Un metal que se fabrica desde hace poco tiempo… Sergio me dijo el nombre, pero lo olvidé.

—Se llama autinio —dijo Teobaldo, que tenía una excelente memoria.

La expresión del profesor era la del hombre que abruptamente lo comprende todo.

—Si es autinio —expresó—, eso puede explicar muchas cosas. Se trata de una aleación nueva con propiedades algo extrañas, que todavía no se conocen del todo bien. El autinio es un metal muy raro. Su composición es un secreto, y solo hay una fábrica donde se lo produce, en algún lugar de Suecia… El padre de Sergio colaboró en su obtención…

En la actitud del profesor Lorenzo había una tranquila fuerza, una voluntad calma que inspiraba confianza. Raúl recordó las palabras de Sergio: «Es un verdadero cerebro… Un tipo formidable…». Era verdad. El profesor era un hombre de inteligencia notable, y parecía dispuesto a ensayarlo todo. Raúl comenzó a sentir que renacían sus esperanzas.

—¿Cree que los encontraremos, que lograremos salvarlos? —preguntó.

—Sí —afirmó el profesor—. Pero todavía no hemos hecho nada. Por supuesto, tenemos una pista, pero el camino que queda por recorrer es muy largo.

III

Al principio se sentaron, y finalmente Sergio y Xolotl terminaron por acostarse sobre la hierba. La inquietud los había mantenido despiertos durante mucho tiempo… Habían intercambiado algunas palabras, y hablado vagamente de lo que les había ocurrido. A la larga, comprendieron que la discusión del tema no los conduciría a ninguna parte, y entonces callaron, contentándose con contemplar las estrellas del firmamento… Más tarde dormitaron por intervalos, sin lograr realmente conciliar el sueño. Por fin los despertó el frío de la mañana.

Al cabo de muchas horas, la luna había desaparecido detrás del horizonte. Lentamente, el cielo aclaró hacia el este, y poco a poco las estrellas comenzaron a palidecer. Sergio se sentó, temblando de frío.

—Es muy temprano —dijo Xolotl.

Sergio lo sabía: era muy temprano. Apenas si lo veía a Xolotl cuando volvía el rostro en dirección a él. De pronto se levantó, para observar el cielo hacia el este, y luego volvió a sentarse, con un suspiro…

—Sí —asintió—. Todavía debemos esperar.

Lo consumía el deseo de emprender la marcha, para saber dónde se encontraban… Muy lentamente, en torno de los muchachos las sombras comenzaron a desvanecerse. Sergio se preguntó qué descubrirían al explorar la planicie. Había pensado a menudo en eso, durante la noche… Al elevar la mirada, vio que el cielo ya estaba casi gris.

—Vamos, es hora —le dijo a Xolotl.

Ya de pie, Sergio contempló una vez más la estatua de Júpiter, y luego recorrió con la mirada cuanto lo rodeaba. El llano, todo gris bajo una luz sin sombras, era el mismo que había visto iluminado por el claro de luna. Sergio estimó que ya podían ver con suficiente claridad.

—¿Hacia dónde iremos? —preguntó Xolotl.

—Hacia el este.

Sergio había respondido sin vacilar, como si algo lo empujara en dirección al sol. Comenzaron a alejarse lentamente, dejaron atrás el lugar donde otrora se levantaran los muros de la propiedad, y siguieron marchando… Tampoco dieron con la ruta. Comenzaba a salir el sol, y las nubes se coloreaban lentamente de rojo.

Sergio se detuvo para mirar en derredor.

—¿Qué ha sucedido? —dijo a media voz.

Su inquietud aumentaba a medida que iba sintiéndose más aislado. A punto de retomar la marcha, Xolotl dijo:

—Escucha…

Sergio aguzó los oídos… Era el ruido de una tropa en marcha: los cascos de decenas de caballos y los pies de centenas de hombres que hollaban el suelo al mismo tiempo, y que se iban aproximando…

—Será mejor quo nos ocultemos —dijo Sergio.

Con un rápido movimiento se escurrieron detrás de un matorral cercano y aguardaron, espiando entre las hojas. El ruido de los pasos cadenciosos se iba haciendo cada vez más fuerte… Primero vieron una

masa negra contra el horizonte, la cual poco a poco aumentaba de volumen, precedida de jinetes magníficamente armados…

Sergio lanzó un suspiro de alivio. Había oído hablar de los estudios de *Cinecittà*[3]. Sabía que los estudios cinematográficos tenían a su disposición inmensos terrenos baldíos donde se podía filmar la marcha de un ejército o una batalla descomunal… El rayo los había transportado a ese sitio, mucho más lejos de lo que jamás imaginaron, y la casualidad quiso que fueran arrojados en medio de la filmación de una película histórica…

Ante sus ojos tenían nada menos que una legión romana. A la cabeza marchaban los seis tribunos militares, seguidos de ciento cincuenta jinetes, con la infantería a la retaguardia. Sergio estaba maravillado. La escena toda poseía una belleza y grandiosidad verdaderamente fascinantes. La legión se perfilaba a contraluz, sobre un fondo de nubes de fuego; ocultaba totalmente el sol naciente, y daba una impresión de poderío terrible. Era una legión completa, con sus sesenta centurias y sus jinetes. Seis mil hombres mu nidos de pesadas armaduras, que avanzaban en orden perfecto, iluminados por una luz deslumbrante…

Los dos jovencitos permanecieron inmóviles y silenciosos hasta que la legión se hubo alejado. Entonces Xolotl se volvió en dirección a Sergio, con una interrogación muda en la mirada.

—Ya sé lo que pasó —dijo Sergio—. El rayo nos transportó a *Cinecittà…* Allí hay grandes estudios cinematográficos, con terrenos baldíos que no parecen acabar nunca. Y caímos justo en medio del rodaje de una película…

—Humm…

En la actitud de Xolotl había cierta incredulidad, que a Sergio le pasó inadvertida.

—Ahora que ha terminado —prosiguió Sergio—, vamos a buscar la salida.

El muchacho salió del matorral donde estaba oculto. Al divisar la legión romana, y hallar una explicación, había vuelto a recuperar la confianza.

—Estoy contento de haber podido ver la filmación —dijo—. Estábamos muy bien ubicados… Con los rayos del sol en contra, la visión era fantástica. Jamás olvidaré el espectáculo… Los escenógrafos italianos son realmente formidables. Iré a ver la película no bien se estrene.

Y, mirando en derredor, agregó:

—Seguramente tenían una cámara ubicada cerca de aquí, para los planos grandes. Y micrófonos… Y los cables para conectarlos al camión de sonido…

El muchacho buscó entre los matorrales más cercanos. Xolotl lo miraba sin decir palabra, con los ojos entrecerrados, como siempre que reflexionaba.

Sergio recorrió el llano con la mirada, y vio la estatua de Júpiter a cinco o seis metros de distancia.

—Hay algo que no marcha —dijo, abruptamente—. Nuestro Júpiter está al norte de Roma y *Cinecittà* queda al sudeste. No podemos estar en *Cinecittà*. Es imposible… Y no hay ninguna cámara filmadora.

Calló, y dejó pasar varios segundos.

—Escucha —dijo Xolotl—. Y dime si me equivoco. ¿En Roma hay un aeropuerto, no es cierto? Mientras cenábamos, escuchamos el ruido de todos los aviones que despegaban… Pasaban justo por encima de nuestras cabezas. ¿Recuerdas?

—Sí.

—Bueno —continuó Xolotl—, pues durante la noche no oímos pasar ningún avión. Ni tampoco esta mañana.

Sergio se estremeció. Todavía no comprendía lo sucedido, pero experimentaba una extraña desazón, vaga e imposible de definir… Tenía la impresión de estar en terreno desconocido, frente a un peligro muy próximo que no podría evitar. Algo así como hallarse en un caserón en ruinas donde el techo podía derrumbarse en cualquier momento…

Por fin, mirando de frente a su amigo, Xolotl dijo:

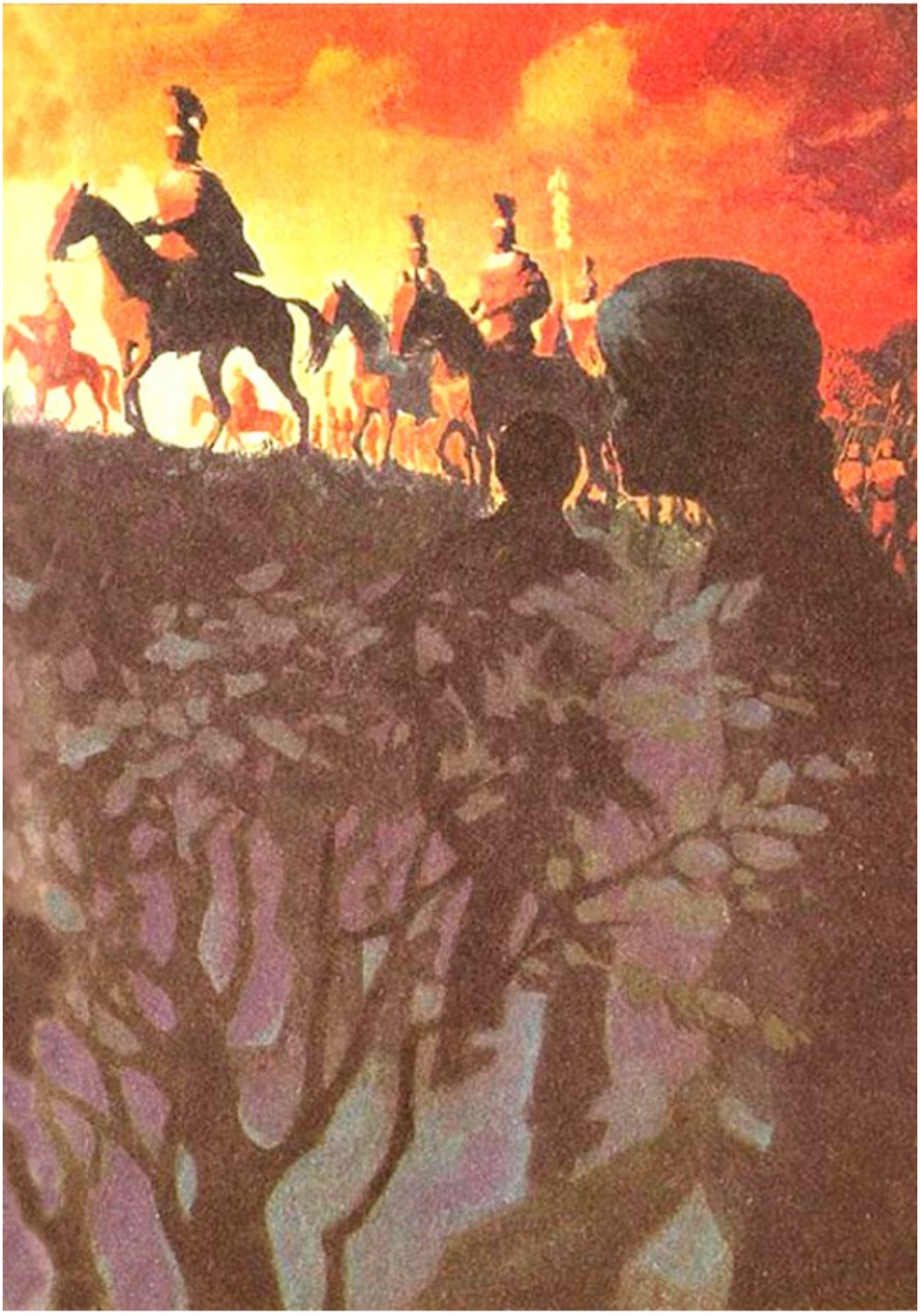
—¿No se te ha ocurrido pensar que podría tratarse de una auténtica legión romana?

La sacudida fue tan grande que Sergio abrió la boca sin poder hablar. El techo, efectivamente, se le había derrumbado encima… Volvió a rememorar los detalles: la mansión desaparecida, el claro de luna, la hierba seca, el silencio de la noche, la legión en marcha… Por fin dijo, en un susurro:

—No… No. No es posible.

Creyó enloquecer. Era un sueño, un sueño insensato… De pronto, tomó una decisión.

—Ven, Xolotl.



Lo que veían era una legión romana.

Corrió hacia la estatua de Júpiter, seguido de Xolotl. Cuando estuvieron bien cerca, Sergio dio una vuelta en derredor y la observó atentamente.

—¿Es la misma de ayer? —preguntó.

Trataron de recordar cómo era, tal como la habían visto la víspera. ¿La estatua tenía dos mil seiscientos años de antigüedad… o solamente seiscientos?

—Ayer no tuvimos tiempo de observarla bien —dijo Xolotl—. Enseguida se largó a llover.

Sergio tocó la estatua, la palpó con suavidad, cuidadosamente, como si tratara de recordar los detalles… Y entonces lo miró a Xolotl, largo rato, sin decir palabra. Había comprendido que lo que estaban viviendo no era un sueño…

IV

Sergio miró el llano sin verlo, los ojos perdidos en el vacío, y permaneció en silencio un rato largo, lo bastante largo como para darse cuenta de que efectivamente el techo se había derrumbado sobre sus cabezas. Cuando hubo tomado plena conciencia de lo ocurrido recuperó el valor y se volvió hacia Xolotl:

—Muy bien. Y ahora, ¿qué hacemos?

Una cosa era indiscutible: como el rayo los había proyectado dos mil años atrás, en medio del pasado, era preciso vivir y hallar el lugar que les correspondía en ese mundo, quisiéranlo o no… Y para poder subsistir en la antigua Roma debían, en primer lugar, parecerse a los romanos.

—Lo primero es vestirnos como ellos —respondió Xolotl.

No podían confesar que venían del futuro. Desde luego nadie les creería… Para evitarse molestias, debían deshacerse sin demoras de las

ropas del siglo XX, y hallar otras.

—¿Cómo? —preguntó Sergio.

Xolotl respondió sin vacilar:

—Hay un solo medio, tomar sus ropas.

Sergio no respondió enseguida. Le disgustaba la idea de robar, y hubiera preferido una solución distinta.

Xolotl adivinó su desagrado.

—No las robaremos —explicó—. Haremos un trueque.

Sergio se sintió aliviado. Un trueque era una solución honesta. Pero entonces reflexionó: la idea le parecía imposible.

—¿Crees que habrá algún muchacho que acepte? —preguntó.

—Nos las arreglaremos para que nadie se niegue —dijo Xolotl, lleno de aplomo.

Sergio no entendía nada, pero no había tiempo de hacer preguntas.

—¿Hay un río que atraviesa Roma? —preguntó Xolotl.

—Sí, el Tíber. Pero…

—¿Y nosotros? ¿Estamos al norte?

—Sí —repuso Sergio—. A cinco o seis kilómetros.

—Bueno. Iremos a «picar» al sudeste, en las afueras de la ciudad. Seguiremos el curso del río sin que nos vean, hasta dar con lo que buscamos. Llegaremos en buen momento… ¿Comprendes?

—¿Eh?… No.

—Escúchame bien. A esa hora seguramente irá gente a nadar. Aguardaremos hasta que hayan entrado en el agua… ¿Comprendes ahora?

Ah ¿sí?… Sergio comprendía. A eso llamaba Xolotl «arreglárselas para que nadie se niegue». No había que reflexionar mucho para darse cuenta de que equivalía a un robo.

—No, es un trueque —insistió Xolotl—. Porque a cambio les dejaremos todo lo que llevamos puesto encima.

—¿Y qué quieres que hagan con nuestra ropa? De todas maneras, no podrán usarla.

Xolotl se encogió de hombros.

—¿Y nosotros?… ¿Qué será de nosotros si no hacemos lo que te digo?

Cuando Sergio y Xolotl estaban juntos, no siempre era el mismo quien tomaba las decisiones. Cada amigo sabía admitir cuándo era el otro quien tenía razón, y entonces lo dejaba hacer. En ese momento se trataba de un caso de excepción, y Sergio comprendió que Xolotl estaba en lo cierto.

—De acuerdo —dijo, no sin lamentarse—. No podemos hacer otra cosa.

Marcharon rumbo al sudeste, abriéndose camino a través de los pastos crecidos, y Xolotl explicó los detalles de su plan. Por fin, tras más de una hora de marcha, el sol pareció bajar en el horizonte, como si estuvieran en un valle. Pocos instantes después el Tíber apareció ante sus ojos.

—Todo irá bien —dijo Xolotl—. Seguiremos el curso del río sin que nos vean.

Comenzaron a costear la ribera por una zona arbolada. Había un espacio libre entre los árboles y el agua, una suerte de playa en suave pendiente, de doscientos o trescientos metros de ancho, donde los pastos altos se confundían con los guijarros. Los dos muchachos se internaron en el bosquecillo y siguieron el curso del agua al abrigo de miradas indiscretas. Por fin llegaron a un claro, desde el cual se divisaba, a lo lejos, un grupo de casas.

—Ocultémonos aquí —dijo Xolotl—. Justo a la entrada del bosque.

No debieron esperar mucho. Al cabo de unos instantes vieron llegar a tres jovencitos de su misma edad, vestidos con túnicas de un género pardo, y acompañados de una cuarta persona, un niño de ocho o nueve años. Los jóvenes romanos venían del caserío y se dirigían al Tíber.

—Ojalá fuesen dos solamente —cuchicheó Xolotl—. Si se arma una bronca, se nos vendrán los tres encima…

—Los cuatro —lo corrigió Sergio.

—Bah… El pequeño no cuenta.

Los cuatro romanos se acercaron al agua y comenzaron a desvestirse. Los tres mayores tenían un cuerpo firme y musculoso.

—Son bien robustos —observó Xolotl.

—Estamos de suerte —dijo Sergio—. Se sacan todo, las ropas y las sandalias. No nos faltará nada…

—Sí, pero habrá que correr bien ligero. ¡Si nos atrapan, recibiremos una buena paliza!

Los cuatro jóvenes romanos entraron en el agua.

—¿Vamos ya? —preguntó Sergio.

—¡Todavía no! Primero esperemos a que se alejen…

Sí, pero… Los cuatro bañistas no parecían tener ningún apuro por internarse en el agua. Muy pronto nuestros amigos se dieron cuenta de que el pequeño no sabía nadar, y que uno de los más grandes le estaba enseñando. Los otros dos evolucionaban por los alrededores, sin alejarse. Sergio comenzó a impacientarse.

—Tenemos que decidirnos. Si no, no habrá nada que hacer.

—¡Un minuto! —insistió Xolotl—. Esperemos un poco más.

En ese momento, los dos nadadores se dirigieron hacia el medio del río. Sergio los vio alejarse lentamente, y la espera le pareció interminable. ¿Cuándo se resolvería Xolotl a dar la señal?

—Vamos —dijo Xolotl por fin—. ¡Con cuidado! Y no te quites los zapatos, eso es lo principal…

Se habían quitado el pulóver y los pantalones, y remangado las mangas de la camisa lo más alto posible. A una distancia de doscientos o trescientos metros, podía creerse que vestían túnicas.

—Tenemos aire de vagabundos —murmuró Sergio.

Salieron del bosquecillo y se encaminaron hacia el río, como si su intención fuera entrar al agua a cien metros del lugar donde los otros habían dejado sus vestimentas… Los dos nadadores continuaban avanzando hacia la orilla opuesta, sin mirar atrás. El tercero, con el agua a la cintura, levantó la cabeza y los vio, pero continuó ocupándose del pequeño, aparentemente sin sospechar nada.

El tercer joven, según pudo observar Sergio, parecía muy robusto, y estaba bien cerca de la orilla. Si corría rápido sería muy peligroso. Sergio y Xolotl caminaron hasta el borde del agua y se desvistieron totalmente. Solo se dejaron puestos los zapatos. Avanzaron hacia el agua, y en el momento de entrar, Xolotl dijo en voz baja:

—Ahora…

Los dos muchachos corrieron hacia el lugar donde habían quedado abandonadas las túnicas y las sandalias. En el río, los cuatro romanos ya se habían dado cuenta de lo que pasaba. Los dos nadadores regresaron lo más rápido que podían. El tercero había dejado al pequeño, y corría hacia la costa salpicándolo todo.

En pocos segundos Sergio y Xolotl recogieron las prendas y se lanzaron a la carrera rumbo al bosquecillo. Cuando el tercero de los romanos llegó a la orilla le llevaban treinta o cuarenta metros de ventaja. Echando un rápido vistazo a sus espaldas, Sergio observó que corría casi tan velozmente como ellos sobre los guijarros, a pesar de tener los pies desnudos. Y todavía estaban a cuatrocientos o quinientos metros de la foresta. Sergio volvió a mirar hacia atrás, y comprendió que la situación se ponía difícil. Su perseguidor había dado un rodeo para llegar a un

sector del terreno que estaba cubierto de hierba, y ahora corría más ligero que ellos. Delante de Sergio, un poco a la izquierda, Xolotl enfilaba rumbo al bosque, sin mirar hacia atrás. El romano se acercaba peligrosamente, y muy pronto estaría sobre él… Sergio gritó, tratando de impedirlo.

—¡A tu derecha, Xolotl!… ¡Siempre sobre los guijarros!

Xolotl volvió la cabeza durante una fracción de segundo, comprendió, e hizo un movimiento oblicuo hacia la derecha para evitar la franja de hierba. El joven romano estaba casi a su altura… «Si quiere pelear, —pensó Sergio—, seremos dos contra uno… Aunque los otros tendrán tiempo de acercarse, y entonces estaremos perdidos». El romano seguía siempre ganando terreno…

Pero en el instante mismo en que Sergio volvió la cabeza en dirección a él, el joven romano cayó al suelo. Fue una caída brutal, tan terrible que Sergio estuvo a punto de detenerse, llevado por su impulso natural de ayudar al caído. Pero de inmediato comprendió que sería una locura… Xolotl seguía corriendo, rápido como el viento. Sergio miró hacia atrás y vio que el romano se levantaba con gran dificultad. Sin duda, había tropezado contra una piedra cortante, porque uno de sus pies estaba cubierto de sangre. Trató de reiniciar la carrera, pero se vio obligado a detenerse.

Ya en el bosquecillo, Sergio y Xolotl se pusieron a cubierto y descansaron un poco: estaban sin aliento. Después se colocaron las túnicas y las sandalias.

—Estamos a salvo —dijo Xolotl—. Solo nos resta esperar. Saldremos por el otro lado, hacia el norte…

Sergio no respondió. Pensaba en el joven herido, se acordaba de la caída y del pie que sangraba, y el recuerdo le producía una profunda desazón, dejándole como un gusto amargo en la boca… Xolotl adivinó que algo no marchaba.

—¿No te sientes bien? —preguntó.

—No —repuso Sergio—. Si lo hubieras visto caerse al pobre tipo… Una caída muy fea. El pie le sangraba muchísimo. Me produjo una

impresión muy desagradable… ¿Ves lo que te decía? Nos hemos comportado de manera despreciable…

Xolotl aceptó el reproche y no respondió de inmediato. No obstante, al hablar su voz sonó tan suave como de costumbre.

—Era necesario. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

—Ya lo sé —admitió Sergio—. Ya lo sé, pero no deberíamos haberlo hecho… Todo esto nos traerá mala suerte, ya verás…

Vagamente supersticioso, Xolotl volvió la cabeza en otra dirección y no respondió. Sergio se quitó el reloj pulsera y lo colocó sobre uno de sus zapatos, que había dejado en el suelo.

—No hablemos más —dijo—. Será mejor. ¿No tienes ninguna otra cosa que dejar aquí?

—No. No llevo reloj.

—Tengo la pulsera de identificación —recordó Sergio—. Pero es el último regalo que me hizo mi padre. Y no hay nada que pruebe que proviene del siglo XX. Me quedaré con ella, por lo tanto.

Xolotl contempló la suya.

—Tienes razón —dijo—. Yo también me quedaré con ella. De ese modo, conservaremos al menos una cosa de «allá»…

Entonces calló. Ninguno de los dos amigos quería dar la señal de emprender la marcha. Por fin Sergio se decidió.

—Vamos… —dijo.

V

Los dos amigos salieron del bosque por el lado norte y dieron un gran rodeo antes de toparse nuevamente con el Tíber. Entonces volvieron a desvestirse, y atravesaron a nado el río, sosteniendo las vestimentas por encima del agua. Una vez en la otra orilla se sintieron más seguros, y se concedieron un momento de descanso.

Era más del mediodía, puesto que el sol comenzaba a descender, y los muchachos tenían un hambre de lobos. Sergio, sobre todo, que no había vuelto a hablar desde esa mañana, parecía muy abatido.

—¿Las cosas no marchan? —preguntó Xolotl.

—No del todo —admitió Sergio—. No hay que hacerse ilusiones: estamos condenados a quedarnos eternamente aquí.

—Lo sé.

Sergio miró *en* derredor. Estaban en pleno verano. Por todas partes, la hierba se veía calcinada por el sol. La región donde se encontraban estaba desierta, triste y desolada… Sergio calculó que estarían a quince o veinte kilómetros de Roma, y apretó los puños lleno de rabia. Nunca había detestado un lugar tanto como detestaba a Roma en ese momento…

—Jamás sabrán que estamos vivos —dijo—. Nunca podrán encontrarnos. Para mi padre, será como si yo estuviera muerto. Esto constituirá un golpe terrible para él.

Xolotl no dijo nada. Estaba solo en el mundo, pero comprendía la tristeza de Sergio, y sabía que era mejor dejarlo hablar.

—¿Y los otros tres? —siguió diciendo Sergio—. ¿Qué habrá sido de ellos? ¿El rayo habrá destruido la mansión? ¿Vivirán todavía nuestros amigos? ¿Habrán sido proyectados a otro sitio? Si es así, ¿dónde están? Ves, no sabemos nada… Nada de nada…

Se sucedió un largo minuto de silencio, y un abejorro comenzó a dar vueltas cerca de sus cabezas. Sergio lo apartó con un gesto brusco.

—Tenemos suerte de estar vivos —declaró Xolotl—. Y no nos hemos separado… Eso también es una suerte…

—Sí, es verdad —admitió Sergio.

Había hablado en tono más calmo, y parecía menos inquieto.

—¿Adónde iremos? —preguntó Xolotl.

—No tenemos nada de nada —repuso Sergio—. Nada con que cazar, pescar o hacer un fuego. Ni siquiera un cortaplumas. Todo quedó en mi mochila. Solo podemos hacer una cosa: ir a la ciudad y buscar trabajo. Nadie nos ayudará. Si queremos comer, es preciso trabajar. No hay otra solución.

—Humm.

Poco después emprendieron la marcha, pero estaban más lejos de Roma de lo que habían creído. Debieron caminar toda la tarde, y entonces divisaron las primeras casas con el crepúsculo. No habían comido nada desde la víspera, fuera de algunas aceitunas que recogieron en el camino, y estaban extenuados por el hambre.

Tras observar a unos pocos transeúntes, Sergio y Xolotl comprendieron que para el resto del mundo ellos no eran sino dos muchachos de pueblo como tantos otros. Sergio aguzó los oídos, tratando de escuchar lo que se decía en derredor. Xolotl le preguntó:

—¿Entiendes lo que dicen?

—No mucho —admitió Sergio—. Hay una diferencia enorme entre el latín que aprendí en el colegio y el que hablan aquí. No comprendo casi nada…

—Es cuestión de que tus oídos se habitúen —acotó Xolotl.

—Sí. Por otra parte, es demasiado tarde para buscar trabajo hoy. Comenzaremos mañana.

Sergio miró en derredor, con aire indeciso.

—Ya estuve una vez en Roma —dijo a media voz, como si hablara consigo mismo—. De vacaciones, hace dos años. Por ese entonces todavía vivía mi madre.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Xolotl.

—No. No logro reconocer nada… Nada en absoluto. Este es un suburbio del este. Para que logre orientarme, debemos ir al centro.

Todas las calles eran parecidas, estrechas y sombrías, flanqueadas de casas particulares, inmuebles de varios pisos y pequeñas tiendas con los pestillos ya echados… Los dos muchachos estaban exhaustos, y la oscuridad comenzaba a cernirse sobre ellos. ¿De qué les valdría seguir avanzando? De todas maneras, no hallarían ninguna otra cosa… Sergio se detuvo delante de un ancho umbral.

—Tanto da quedarnos aquí —dijo—. Porque, de todas maneras, deberemos dormir a la luz de las estrellas. En este pórtico estaremos al abrigo.

—De acuerdo —dijo Xolotl.

Los dos amigos se instalaron sobre el umbral. Los transeúntes eran cada vez más escasos, pero la vida continuaba dentro de las moradas. Aguzando los oídos, oyeron hablar y reír en derredor. Las calles no estaban iluminadas, pero había salido la luna y se veía algo en medio de los grandes manchones de oscuridad. Sergio comenzaba a sentirse amodorrado cuando un hombre se detuvo junto a ellos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó.

El tono era amable, y no había ninguna amenaza en su voz. Sergio abrió los ojos y vio a un anciano claramente iluminado por la luna. Una barba y cabellos blancos enmarcaban un rostro que permanecía oculto en las sombras…

—Queremos dormir aquí —repuso Sergio.

El anciano pareció sorprendido.

—¿Qué dices? Ah, sí. Hablas de manera muy extraña, pequeño. No eres romano. ¿De dónde vienes?

—De la Galia.

—¡Ah! Ya veo por qué hablas tan mal. Escucha, muchacho: no puedes dormir en la calle. Hay patrullas que pasan toda la noche. Si te encuentran…

—No tenemos dónde ir —explicó Sergio.

—Pueden venir a mi casa —sugirió el anciano—. Tú y tu compañero. Les prestaré un colchón para que pasen la noche.

Los dos muchachos siguieron a su protector. Caminaron trescientos o cuatrocientos metros, y lo vieron detenerse delante de un edificio de cinco pisos.

—Aquí vivo yo —explicó.

Sergio comprendió. «Deben ser los barrios obreros de la época, —pensó—. Y ese tipo de construcción tenía un nombre». Trató de recordar. Sí, era una *ínsula*. El anciano entró a un patio en sombras y comenzó a subir las escaleras. Los dos jovencitos lo siguieron tomando grandes precauciones y tanteando cada escalón con los pies… Rozaron varias puertas abiertas, y vagamente distinguieron algunas sombras en torno a una llamita vacilante, una verdadera población de fantasmas que cuchicheaban a su paso. Al levantarla mirada, Sergio vio un rectángulo estrellado sobre su cabeza. La escalera parecía ascender al cielo.

El anciano se detuvo en el último piso, y entró en una pequeña cámara apenas iluminada por el reflejo de la luna. Sergio vio dos colchones en el suelo. El hombre le señaló uno, y se dejó caer sobre el otro.

—Pueden dormir ahí.

—Gracias —dijo Sergio.

El muchacho se desató las sandalias, se acostó contra el muro y vio como Xolotl se recostaba a su lado. Sergio se sentía medianamente aliviado, y olvidó en parte el hambre que lo consumía. Ahora que habían hallado un techo, imaginaba que al día siguiente todo andaría mejor.

Al rato oyó un trote de caballos, y el ruido de las ruedas de un carro que pasaba cerca de la *ínsula*, provocando gran estrépito.

—¿Qué es eso? —preguntó Sergio en voz baja.

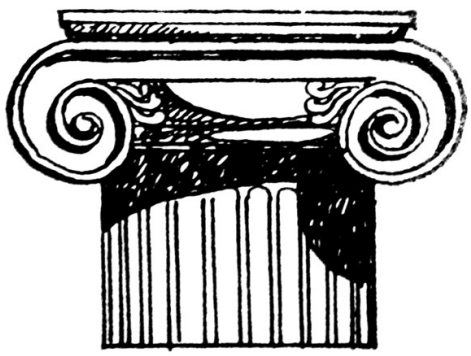
—Los carros no pueden circular por las calles de Roma durante el día —explicó el anciano—. Por eso salen de noche. ¿No lo sabías?

No, evidentemente Sergio no lo sabía. Un segundo carro siguió al primero, y luego varios más, que circulaban por distintas calles. Se los oía a lo lejos, y Sergio se preguntó si el bullicio duraría mucho tiempo.

Justo cuando el ruido comenzaba a disminuir, Sergio sintió cosquillas en el cuello y comenzó a rascarse. La picazón se extendió por los brazos y las piernas y, por el movimiento del colchón, el muchacho comprendió que Xolotl también se estaba rascando. El escozor siguió en aumento: la carne comenzaba a arder apenas uno se rascaba un poco, pero no era posible dejar de hacerlo, cada vez más fuerte.

—Son chinches —dijo el anciano tranquilamente—. No hay que tocarse donde pican. Si no se rascan, será mejor.

¡Chinches!… Sergio se estremeció lleno de disgusto. Mejor sería levantarse e irse. Pero ¿adónde ir? Comprendió que era necesario aceptar las chinches, por lo menos por esa noche, ya que la jornada siguiente podía ser muy dura. Decidió quedarse inmóvil, y acabó por quedarse dormido.



VI

Al día siguiente, lo primero que vio Sergio al abrir los ojos fue un fragmento del cielo raso en medio de una luz gris y fría, y tardó en recordar dónde se hallaba. Luego advirtió que el anciano ya estaba en pie. Xolotl, por su parte, acababa de sentarse sobre el colchón, y a duras penas lograba desperezarse.

Sergio se sintió asombrado al ver que el anciano se levantaba tan temprano. Empero, muy pronto comenzó a oír voces en las otras habitaciones. Al principio creyó que su anfitrión les ofrecería un trozo de pan antes de dejarlos partir, pero en la cámara no había nada de provisiones. Sergio y Xolotl ignoraban que los romanos se levantaban al alba y no tomaban desayuno.

De pronto el hombre salió de la habitación y descendió la misma escalera por donde habían subido la noche anterior. Los dos muchachos lo siguieron, y entonces pudieron ver todo lo que les habían ocultado las

sombras durante la víspera. La *ínsula*, con sus muros sucios, estaba aún más llena de gente de lo que los fantasmas de la noche les habían hecho suponer. Hombres y mujeres hormigueaban por doquier, y había infinidad de niños de todas las edades, que los seguían con la mirada, llenos de visible curiosidad. («¿Por qué todos esos pequeñuelos nos contemplan de esta manera?, —se preguntaba Sergio—. ¿Qué sucede? Es extraño… Diríase que sospechan algo…»). Pero el muchacho no tuvo tiempo de esclarecer el misterio…

Ya en la calle, el anciano les dijo:

—¿Adónde irán ahora?

—A buscar trabajo —respondió Sergio—. ¿Adónde conviene dirigirse?

El anciano se encogió de hombros, indiferente.

—Trabajo, encontrarás por todas partes.

Por lo menos, era bueno saberlo.

—Entonces, iremos al centro… —repuso Sergio.

El anciano les indicó una calle que iba hacia el oeste, y los dos muchachos tomaron por ese camino. Sentían un agujero en el estómago, y estaban impacientes por ganar un poco de dinero, para poder, por fin, comer algo…

Sergio decidió marchar al azar por las calles, mirando en derredor en busca de ideas. Al comprenderlo difícil que era hallar trabajo en una ciudad donde no conocían a nadie, vaciló.

—Probaremos lo que sea —dijo en un susurro—. Si no nos va bien de entrada, siempre habrá tiempo de cambiar de rumbo.

Se aproximó a una casa en construcción y buscó, entre los albañiles, al que parecía ser el capataz.

Abordándolo, le preguntó si había trabajo para ellos. Al escuchar las primeras palabras de Sergio el hombre se mostró sorprendido.

—¿Qué dices, muchacho?

Su actitud dejaba ver a las claras que nunca había oído a nadie hablar tan mal el latín.

—¿De dónde vienes?

—De la Galia.

El hombre hizo un gesto como queriendo decir: «Ya me doy cuenta…».

—¿Y qué quieres?

—Trabajar.

—¿Cómo albañil?

—Sí.

En los labios del hombre afloró una sonrisa indulgente, aunque algo despectiva.

—Eres demasiado joven, muchacho, y no lo bastante robusto. Lo mismo tu amigo… Vuelve dentro de dos años, y tendré algún trabajo para ti.

Sergio no siguió insistiendo. No había esperado tener éxito a la primera tentativa. Probó en otros sitios, ya que había muchas obras en construcción en Roma, pero siempre obtuvo la misma respuesta. Entonces Xolotl le señaló un barbero que afeitaba a un cliente ante su tienda.

—Mira —cuchicheó—. Ese muchachito que trabaja con él es más joven que nosotros.

Sergio se sintió reconfortado, y se aproximó al hombre.

—Estás loco, muchacho… ¿Crees que afeitar a la gente es tarea fácil? Uno aprende el oficio a los doce o trece años. Después ya es tarde… Y ustedes dos son mayores. Nada que hacer.

El aprendiz había dejado de trabajar y los contemplaba riendo, como si se divirtiera de lo lindo. «Evidentemente, —pensó Sergio—, se ríe de nosotros. Claro, tiene comida para saciar su hambre, y un techo para dormir…». Una vez más, decidieron no insistir, y se alejaron.

—Caramba —se lamentó Sergio—, allá éramos demasiado jóvenes; aquí, demasiado viejos. Vaya uno a saber…

Al rato, Xolotl le preguntó:

—¿Sabes adónde estamos?

—No —respondió su compañero—. Teniendo en cuenta lo que caminamos, deberíamos estar cerca del Tíber… Trato de seguir siempre rumbo al este, pero no llegamos nunca. Realmente, ya no sé dónde estamos.

Reflexionó unos instantes, y agregó:

—Todos los grandes monumentos datan de la época del Imperio. Si no damos con ellos, será, tal vez, porque todavía no existen.

Miró en derredor con aire perplejo.

—Me gustaría saber si estamos en tiempos de la República o del Imperio —dijo en voz alta.

—¿Tiene alguna importancia eso? —preguntó Xolotl.

—Eh… No. Es por saber, simplemente.

Retomaron el camino y, bruscamente, Sergio se detuvo en una esquina.

—Mira… Allí, delante de nosotros.

Señaló a su compañero una columna muy alta, cuya punta asomaba entre dos casas. En el extremo superior había un gran águila de bronce.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó Xolotl.

—Sí. Si es lo que creo… debe de ser la columna de Trajano. ¡Ven!

Caminando rápidamente, se aproximó a la base de la columna y, inmovilizado por la emoción, se detuvo a la entrada de una magnífica explanada.

—Mira. Es el foro de Trajano… ¡Qué formidable! Es maravilloso. Espléndido. Fantástico… ¡Cuando uno no ve más que las ruinas, no puede adivinar cuán bello era!

En el centro del foro había una gran estatua ecuestre de bronce dorado.

—Es Trajano —explicó Sergio en voz baja.

En su aldea de la Sierra Madre, Xolotl nunca había aprendido nada de historia romana.

—¿Trajano? ¿Era un emperador? —preguntó.

—Sí —respondió Sergio—. En la época en que Roma gozaba de todo su poderío.

—¿Cuándo era eso?

Sergio vaciló. Las fechas no eran su fuerte.

—Eh… Alrededor del año cien… No, espera, eso no prueba nada. Este es el foro de Trajano, de eso estoy seguro. Pero podemos muy bien

haber llegado después de su muerte, durante el reinado de otro emperador. ¿Comprendes?

—Humm…

Enseguida Sergio descubrió otros puntos de referencia. Marcharon hasta orillas del Tíber y luego, para no extraviarse, volvieron a los barrios pobres de la ciudad, donde se perdieron fácilmente entre la muchedumbre.

Todo el mundo se mostraba sorprendido del acento de Sergio cuando este hablaba, y querían saber de dónde era oriundo. De vez en cuando preguntaban también por Xolotl.

—¿Y tu amigo de dónde es?

Sergio debió inventarle una patria, teniendo en cuenta el color de su piel. Vagamente, recordó que la Numidia estaba por el norte del África.

—Es númida —respondía.

Los dos muchachos terminaron por habituarse a la curiosidad que despertaban… Pero de nada les valía todo eso. Cuando su interlocutor se enteraba que uno de ellos era númida y el otro galo, se limitaba a informarles que no había trabajo para ellos, y les aconsejaba buscar por otro lado…

* * *

Hacia el mediodía decidieron moderar la marcha y enfilaron por una calle estrecha y desierta. Xolotl, más fatigado que Sergio, lo seguía a una decena de metros. Nada podía indicar que los dos muchachos iban juntos. De pronto, Sergio oyó el ruido de una caída, y un grito sofocado. Al darse vuelta vio a Xolotl inmóvil, en tierra. Otro muchacho, más robusto, lo sujetaba contra el suelo, retorciéndole el brazo detrás de la espalda y tratando de arrancarle la pulsera de identificación.

Cuando era necesario, Sergio podía actuar con toda la rapidez requerida. Le bastaron un par de saltos para caer sobre el agresor. Con el canto de la mano lo golpeó en el nacimiento del cuello, sobre la carótida, y el otro se desplomó. Sergio había dosificado bien el golpe. Sabía que el atacante permanecería inconsciente durante unos minutos. Eso le daría tiempo de huir con Xolotl.

Pero Xolotl no podía levantarse. Encogido sobre el suelo, gemía de dolor, mientras se sostenía el vientre con las dos manos. Sergio se arrodilló a su lado.

—¿Qué tienes? ¿Estás herido?

Xolotl hizo un esfuerzo por responder, pero apenas si pudo hablar.

—No… No es más que un golpe… Pero pegó fuerte.

—¿Dónde? —preguntó Sergio.

Xolotl le indicó el lugar preciso, sobre el costado derecho.

—Me duele —dijo—. Ya va a pasar, pero ahora me duele mucho. Nunca me sentí tan dolorido…

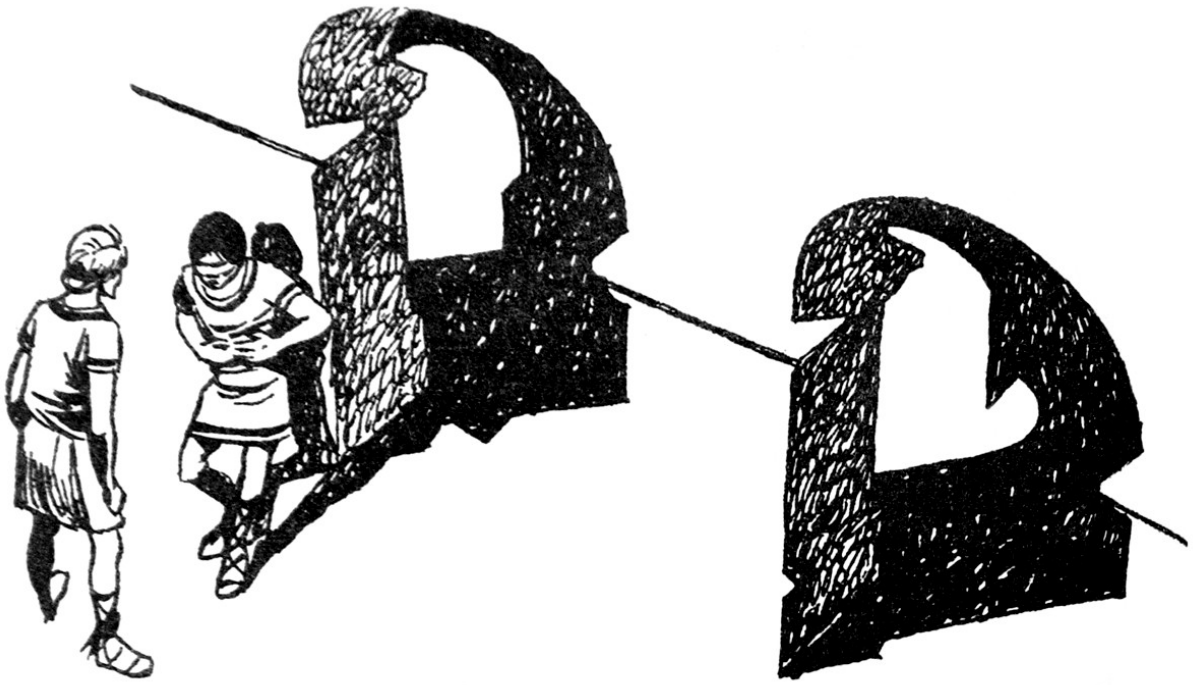
Sergio lanzó un vistazo rápido al agresor, que seguía desvanecido.

—Es preciso que trates de levantarte —dijo en voz baja—. No podemos quedarnos aquí.

Xolotl hizo una seña, dándole a entender que había comprendido. Trató de sentarse, pero enseguida volvió a caer, lanzando un grito de dolor.

—No puedo —resopló—. Me duele mucho… Tendremos que esperar que se me pase.

Sergio pensó rápidamente. El desconocido podía recobrar el conocimiento de un momento a otro. Debían huir lo más rápido posible.



—Déjame hacer —dijo.

Pasando un brazo bajo el cuerpo de Xolotl, aseguró su carga y volvió a levantarse. Entonces, con una pequeña sacudida, logró cargarlo sobre sus espaldas.

Xolotl no pudo contener un gemido de dolor.

—Lo siento, Xolotl, pero es necesario.

Sergio comenzó a alejarse con paso firme. Al llegar al extremo de la calle echó una mirada atrás y vio que el agresor seguía tendido en el suelo, en la misma posición. El muchacho dobló la esquina, y continuó

caminando hasta que le faltaron las fuerzas. Recorrió ocho o diez cuadras y entonces se detuvo, depositando a Xolotl en el umbral de una puerta con la mayor suavidad posible, y apoyándolo contra la pared para que pudiera sentarse bien.

—¿Y bien? ¿Estás mejor?

Xolotl trató de sonreír.

—Sí, estoy mejor, pero todavía me duele mucho. Debemos esperar…

—Puedes descansar un poco —dijo Sergio—. Aquí ya no corremos peligro.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Sergio recuperó el aliento, y Xolotl trató de vencer el dolor. Por fin, el primero dijo:

—Es natural que traten de robarnos las pulseras. La gente cree que son de oro blanco, por el color.

—¿Observaste cómo las miraban los chiquillos esta mañana? —dijo Xolotl.

Sergio recordaba la mirada atónita de los pequeños, en el momento de salir de la *ínsula*. Conque también a ellos les interesaban las pulseras, entonces…

—Tendríamos que haberlo pensado —dijo—. Vestidos de esta manera, no deberíamos andar con ellas…

Sergio reflexionó, desprendió su pulsera y se la colocó alrededor del tobillo. Le apretaba un poco, pero la presión era perfectamente tolerable. Entonces desgarró un jirón de tela del borde de su túnica y la enrolló alrededor de la pulsera. De inmediato, ayudó a Xolotl a repetir la operación de camuflaje.

—No queda muy lindo que digamos —suspiró—. Parece que estuviéramos lastimados en una pierna; pero, en fin… Así ya no querrán robarnos…

Luego preguntó a su amigo:

—¿Te sientes mejor?

—Me siento débil —respondió Xolotl—. Ya no me duele tanto, pero todavía no puedo caminar. Debemos esperar.

Sergio lo conocía bien a Xolotl. Si este decía sentirse dolorido, era porque verdaderamente lo estaba. No había que apresurar las cosas… El

muchacho se preguntó si debería buscar un médico, pero renunció a la idea. ¿De qué les valdría, si no tenían dinero? Era mejor esperar hasta que cesara el dolor. Era lo único que podían hacer…

Permanecieron en el mismo lugar. De tanto en tanto, uno de los dos amigos decía algo. En cierta oportunidad, Xolotl dijo en voz baja:

—¿Recuerdas lo que me dijiste en el bosque? Nos comportamos como desgraciados… ¿Recuerdas? Tenías razón. Y eso nos trajo mala suerte.

Sergio contemplaba el suelo a sus pies. «¿De qué vale hablar de eso ahora?», pensaba. Una vez más, recordó la brutal caída del joven romano, y la forma en que le sangraba el pie.

—¿Crees que era uno de ellos?

—No lo sé —dijo Xolotl—. No tuve tiempo de verlo bien, pero no me sorprendería. Tenía la misma talla el mismo porte, los mismos cabellos. Tal vez era uno de ellos, tal vez no…

—De todos modos —dijo Sergio—, por más que no sea hoy, volveremos a toparnos con ellos algún día. Y entonces las cosas no serán nada divertidas.

Por fin Xolotl hizo un movimiento, tratando de levantarse, pero volvió a caer, murmurando:

—Todavía no… Todavía me duele.

La tarde transcurrió de esa manera, muy lentamente. El apetito de los muchachos iba en aumento. Sabían que permanecerían inmovilizados hasta el atardecer, y los aguijones del hambre se hacían sentir…

Al caer la noche Xolotl consiguió mover un poco las piernas, y por fin logró ponerse en pie.

—Ya estoy mejor —dijo—. ¿Sabes? Podríamos ir en busca del anciano que nos alojó ayer en su casa.

Sergio sacudió la cabeza.

—No. Queda en el otro extremo de la ciudad. No llegaríamos antes de que se haga noche… Y no estoy seguro de poder encontrar nuevamente la calle donde vive.

Xolotl vaciló un poco.

—Lo digo por las patrullas —aclaró—. Sabes que el buen viejo nos lo previno ayer.

Sergio sabía que Xolotl tenía cierto vago temor de la policía. Aun cuando no hubiera hecho nada de malo, se sentía amenazado.

—¿Qué nos pueden hacer las patrullas? —preguntó Sergio.

—No lo sé…

—Reflexiona. El lugar donde dormimos ayer está lejos. ¿Acaso podrías caminar hasta allí? Dime, ¿crees que lloverá esta noche?

Xolotl elevó la mirada al cielo, observó las nubes y husmeó el aire suavemente. Tenía su «servicio meteorológico» personal, y rara vez se equivocaba.

—No, no va a llover —anunció.

—Bueno. Entonces, aquí nos quedamos —decidió Sergio.

Hallaron un rincón tranquilo, un poco más lejos, y allí se instalaron para pasar la noche. Ambos estaban exhaustos, como la víspera. Sin embargo, antes de dormirse Sergio tuvo tiempo de pensar en Raúl, Marcos y Teobaldo.

—¿Y si están en Roma todavía? —dijo en voz alta—. Nunca puede saberse… ¿Y si damos con ellos mañana?

Pero Xolotl no respondió, y Sergio se dio cuenta que ya estaba dormido.

VII

Al despertar, Sergio descubrió que ya era de día. Xolotl seguía durmiendo, pero al cabo de unos minutos abrió los ojos.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Sergio.

Xolotl se palpó el vientre tomando sus precauciones.

—Bien —dijo—. Estoy casi curado.

Desperezándose como un gato, se levantó y dio unos pasos para entrar en calor.

—¿Qué haremos? —preguntó.

Sergio no le respondió de inmediato. El estómago le recordaba cruelmente que hacía sesenta horas que no comía nada. Por otra parte, le dolía la cabeza.

—Es preciso que hoy comamos algo —dijo.

Estaba de mal humor. En ese momento detestaba Roma con todas sus fuerzas. Había olvidado su estallido de entusiasmo de la víspera, cuando descubrió el foro de Trajano. El porvenir se le antojaba muy sombrío, y hubiera dado cualquier cosa por regresar al siglo XX.

—Ya ves —se lamentó—, el anciano trató de atemorizarnos al hablar de las patrullas. Y, sin embargo, hemos dormido tranquilos. No pasó nada.

—Por suerte —dijo Xolotl entre dientes.

Dejó transcurrir unos instantes y luego volvió a preguntar:

—¿Qué haremos?

—Seguiremos buscando, por supuesto —respondió Sergio.

Como la víspera, emprendieron la marcha por las calles, formulando preguntas al pasar a las personas con quienes tropezaban. Pero, también como la víspera, no tuvieron el menor éxito. Y así pasó toda la mañana.

—¡Caramba! —exclamó Sergio, por fin—. No hay nada que hacer. Todas las cosas que debí aprender sobre Roma no nos sirven de nada. No me enseñaron a ganarme la vida en esta ciudad.

—Podríamos cambiar de barrio —propuso Xolotl—. Tal vez en otro lugar las cosas serán más fáciles.

Sergio reflexionó unos instantes.

—No lo creo —declaró—. Estamos en Suburra, uno de los barrios bajos de Roma. No nos irá mejor en otro lado. Volveré a probar suerte con ese buen hombre.

El muchacho se aproximó a un hombre de apariencia amable, pero que lo despachó sin miramientos. Bastante decepcionado, Sergio lo vio alejarse. De pronto, oyó una alegre risa a sus espaldas.

—Tú estás loco… Estás mal de la cabeza… —dijo una voz—. Verdaderamente hay que estar loco para buscar trabajo.

Sergio y Xolotl se dieron vuelta y vieron a un muchachito de doce o trece años, vestido con una túnica rasgada que algún día habría sido verde. Evidentemente, el niño se divertía de lo lindo. La idea de que alguien pudiera buscar trabajo le resultaba muy extraña.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el pequeño, sin dejar de reír.

—Sergius.

—Y eres galo…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sergio.

—En primer lugar, por tu acento. Y luego, porque solo un galo puede ser tan loco como para buscar trabajo.

Sergio estuvo a punto de responder con brusquedad, pero comprendió que el chiquillo les podía ser útil si aceptaba ayudarlos.

—¿Y quién eres tú? —preguntó.

—Me llamo Gaius —respondió el niño—. Soy el hijo de Spurius, el zapatero. Todo el mundo me conoce en Suburra.

Hizo un gesto, señalando a Xolotl.

—¿El númida está contigo?

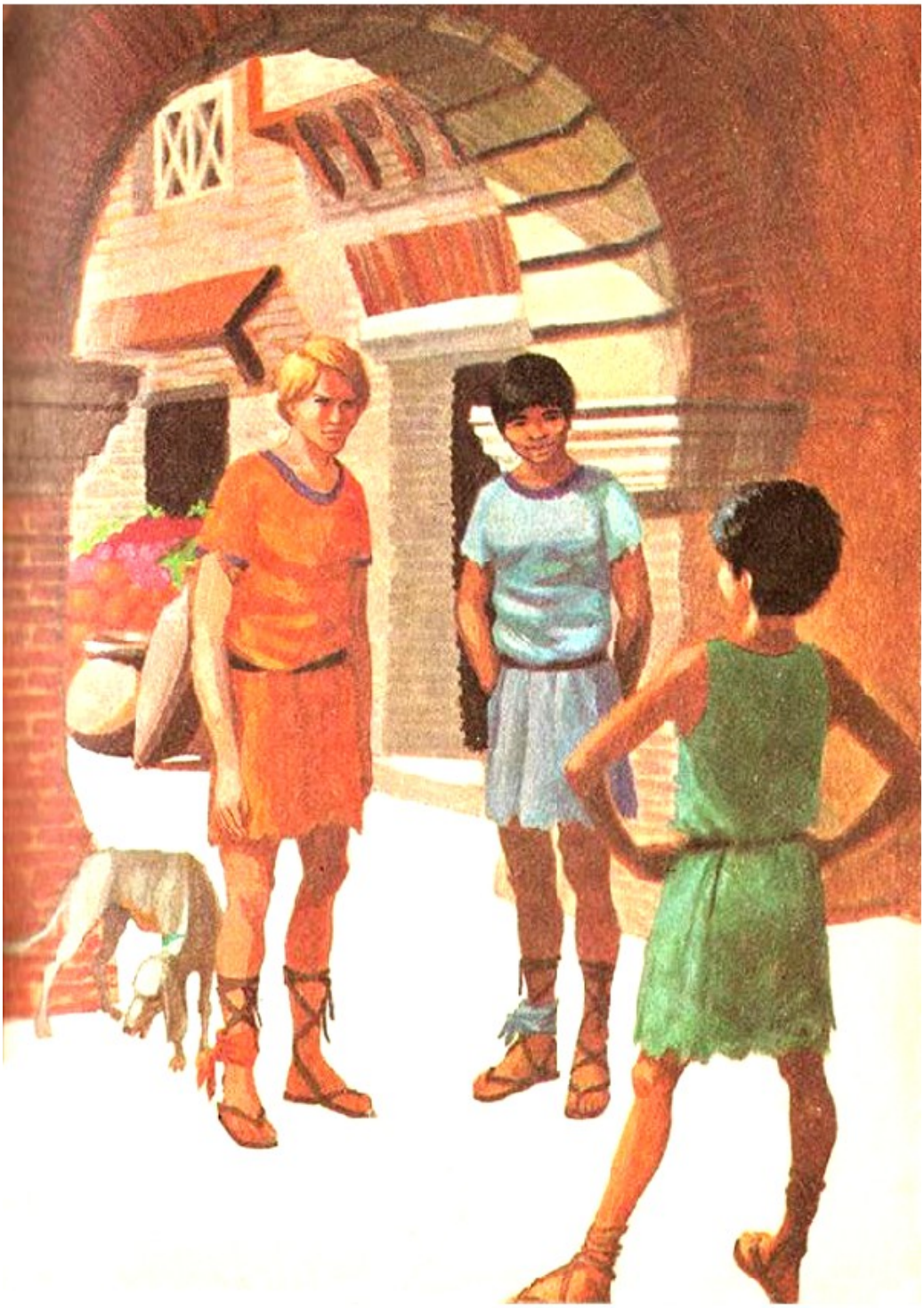
—Sí —dijo Sergio—. Se llama Xolotl.

—¡Qué nombre gracioso! —declaró Gaius, que nunca ocultaba sus pensamientos—. ¿Él también quiere trabajar?

—Sí.

—¡Oh! —exclamó Gaius—. ¡Dos locos que viajan juntos!

Volvió a reír a las carcajadas, y Sergio perdió la paciencia.



Me llamo Gaius.

—No estamos para bromas —dijo—. Tenemos necesidad de hallar trabajo. Hace tres días que no probamos bocado.

—¡Oh! —exclamó Gaius—. Haberlo dicho. ¡Espérenme!

Sin dar otra explicación, salió corriendo y desapareció al doblar la esquina. Vagamente sorprendidos, Sergio y Xolotl se miraron.

—¿Valdrá la pena esperarlo? —preguntó Sergio.

—Sí —afirmó Xolotl—. Seguro que volverá…

Pocos minutos después regresaba Gaius, con dos piernas de conejo.

—Tomen —ofreció—. Son los restos de la cena de anoche. Tengo un amigo cocinero que vive muy cerca de aquí.

Mientras Sergio y Xolotl devoraban la carne fría llenos de deleite, Gaius explicó que tenía muchos amigos en Suburra.

—¡Fabuloso! —exclamó Sergio después de chupar los huesos a conciencia—. Gracias, Gaius. Teníamos un hambre tremenda. Muchas gracias.

Gaius lanzó una risita, lleno de satisfacción.

—¿Siempre sigues con ganas de trabajar?

—Sí. ¿Acaso tu padre podría tomarnos? Aprenderíamos el oficio. ¿Por qué no?

—No —dijo Gaius, lleno de orgullo—. Ya tiene un aprendiz: yo.

—Pero tú no trabajas —objetó Sergio.

—Eso no importa —terció Gaius—. De todos modos, el aprendiz soy yo.

Era obvio que con eso había puesto punto final a la discusión.

—¿Podrías encontrarnos algún trabajo? —preguntó Sergio—. Lo hemos intentado por todas partes, sin ningún resultado.

Gaius reflexionó un rato largo, con la mirada fija en el suelo, y por fin levantó la cabeza.

—Hay quienes se ganan la vida como aguateros…

Señaló el sexto piso de una *ínsula*, del otro lado de la calle.

—¿Ves esa gente que vive allá arriba? —dijo—. Ellos pagan para que les lleven agua. Y tú puedes extraerla de la fuente pública. Todo el mundo puede sacarla de allí. Si acarreas siete u ocho cubos hasta el sexto piso, te darán un as[4]…

Sergio no vaciló un instante.

—Eso podemos hacerlo —dijo valientemente.

—¿Tienes un cubo? —preguntó Gaius—. No puedes llevar el agua en el hueco de tu mano.

Turbado, Sergio buscó una solución.

—Los que compran el agua nos prestarán el suyo —afirmó.

—No —dijo Gaius—. No son tan tontos. Saben bien que no lo volverán a ver. ¿No sabías que Suburra es el barrio de los ladrones?

No, Sergio no lo sabía… Miró en derredor. Estaban cerca de la tienda de un mercader de vino, y las ánforas, expuestas en la calle, estaban atadas con una larga cadena para evitar que las robaran. Aparentemente, en ese barrio nadie se fiaba de nadie.

—No te preocupes —dijo Gaius—. Yo te voy a prestar un balde. Me lo devolverás esta noche. Síganme los dos.

El niño los guio por una serie de callejas estrechas, y finalmente desapareció en una *ínsula*. Sergio vio que la planta baja estaba dividida en varias tiendas modestas, y que una de ellas estaba ocupada por un zapatero…

—Debe ser su casa… —murmuró.

Enseguida reapareció Gaius, munido de un balde que entregó a Sergio.

—Ven —dijo—. Te indicaré cuáles serán tus clientes.

Una vez más volvió a conducir a los dos amigos por calles estrechas, y finalmente entró en una *ínsula*. Tras discutir unos instantes con una mujer que conocía, se volvió hacia Sergio.

—Llevarás diez baldes hasta el sexto piso. Te darán un as en pago.

—Está bien.

Sergio subió los diez cubos y recibió su as. Lo tuvo un buen rato en la palma de la mano, observándolo lleno de curiosidad. Era una pequeña pieza de bronce con la efigie de Tiberio, un poco más grande que su pulgar. Le había costado tanto ganarla…

—¿Qué se puede comprar con esto? —preguntó.

—Un pequeño panecillo —dijo Gaius.

Entonces el joven romano los condujo a otra parte. Sergio ganó unos ases más. Xolotl todavía se hallaba algo dolorido, a consecuencia del golpe que le habían propinado, por lo que dejó que su compañero trabajara solo. En cuanto a Gaius, se contentaba con suministrar la clientela, sin meter mano en el pastel.

Al atardecer Sergio estaba exhausto, pero había ganado doce ases.

—¡Son tres sestercios[5]! —dijo Gaius—. No está mal, por ser el primer día.

Lanzó una mirada de soslayo en dirección a Sergio, como para tantear el terreno.

—Dime, Sergius… ¿No me darías un as para comprar un poco de miel? Conozco un lugar donde venden miel excelente, muy cerca de aquí.

Tenía un airé vagamente inquieto. Aparentemente, esperaba recibir una bofetada o un puntapié por toda respuesta. Pero Sergio no vaciló un instante.

—Toma —dijo—. Aquí tienes cuatro. Es tu parte…

Si su intención había sido provocar sorpresa, lo logró con creces. Gaius lo miró con sus ojos redondos, incapaz de ocultar su asombro… «Me dirá otra vez que los galos son locos», pensó Sergio. El chiquillo permaneció mudo largo rato, y por fin tomó el dinero.

—Gracias —dijo—. Eres un buen tipo, Sergius. Escucha, es casi la hora de cenar. Si quieres, puedes venir a casa con Xolotl. Le darás el resto del dinero a mi padre, y él los dejará comer con nosotros. Pasarán la noche en casa. ¿Quieren? ¿No les gustaría?

VIII

Ese día el profesor Lorenzo se fue a la ciudad después de almorzar y retornó una hora más tarde. A su regreso llamó a los tres amigos y les mostró un paquete.

—¿Era eso lo que esperaba? —preguntó Raúl.

—Sí —respondió el profesor—. Tardaron dos días en fabricarlo. Lo enviaron esta mañana por avión, desde Goteborg. Vengo de retirarlo en el aeropuerto.

Rápidamente, con gestos diestros, abrió el paquete y extrajo un anillo de autinio de siete u ocho centímetros de diámetro. El anillo pasó de mano en mano, y por fin llegó a las de Marcos. De inmediato el muchacho trató de hacerlo entrar por el puño.

—No te entrará, Marcos —dijo el profesor suavemente—. Yo mismo pedí que me fabricaran un anillo de estas dimensiones, para que ninguno de ustedes intentara reunirse con Sergio y Xolotl. No quiero verme obligado a rescatar a tres personas en lugar de dos. El anillo tiene el tamaño exacto como para pasar alrededor del cuerpo de un cobayo.

—¿El viaje lo hará un cobayo? —preguntó Raúl.

—Sí. Ya pedí que me enviaran uno de esos animalitos. Me llegará mañana por la mañana. En cuanto lo reciba, haré el experimento.

Tras un instante de vacilación, agregó:

—¿Quieren venir al laboratorio? Ya está todo listo para mañana. Les explicaré lo que pienso hacer.

Los tres muchachos aceptaron sin vacilar. Una vez en el laboratorio, el profesor comenzó sus explicaciones.

—¿Ven esto? —preguntó.

En realidad, era imposible no verlo. Tratábase de un enorme electroimán, lo bastante grande como para que tres hombres pudieran permanecer de pie con toda comodidad entre los dos polos. Al costado había un tablero de comando de aspecto imponente, dotado de instrumentos de medición, interruptores y pequeñas lámparas de diversos colores.

—La noche de la tormenta —explicó el profesor— ustedes estaban ocupados jugando a las cartas en el desván. Se hallaban ubicados justo encima de los polos del electroimán. Cuando la casa fue golpeada por el rayo, toda la descarga eléctrica fue transmitida a este último. Los quince millones de voltios crearon un campo magnético sumamente poderoso. Fue ese campo magnético el que atrajo las dos pulseras de autinio… desgraciadamente, junto con sus amigos.

El profesor contempló a los tres muchachos como diciendo:

«¿No tienen ninguna pregunta que hacerme?», y luego continuó:

—Mañana colocaremos al cobayo entre los polos del electroimán. Enseguida le aplicaremos ciento cincuenta voltios. Ni uno más, ni uno menos… Con ciento cincuenta voltios, el cobayo no irá muy lejos, y tendremos la certeza de poder recuperarlo.

—¿Cómo lo recuperará? —preguntó Raúl.

—No es difícil —respondió el profesor—. Le colocaremos un pequeño emisor de radio al cuello. Aquí tengo un receptor muy sensible.

El profesor les mostró el receptor y explicó detalladamente de qué modo se llevaría a cabo la experiencia. Segundos después Marcos dejó de prestar atención, y comenzó a observar en derredor. Una cámara montada sobre un trípode y orientada hacia el electroimán le llamó la atención. Se preguntó para qué serviría la cámara, y se dio cuenta que el profesor estaba refiriéndose a ella en ese preciso instante.

—… Y está regulada de manera de poder tomar cincuenta imágenes por segundo. Toda la operación será filmada. Proyectaremos la película en cámara lenta, de modo de ver los detalles que se nos puedan haber escapado durante el experimento.

El profesor volvió a mirar a los tres amigos, para ver si tenían alguna pregunta que hacerle. Raúl se decidió:

—Perdón, *signor professore*. Si no he comprendido mal, el cobayo no cumple ningún papel activo. ¿Es necesario emplear un animal? ¿No obtendríamos el mismo resultado con un osito de felpa?

El profesor permaneció en silencio unos instantes, vacilante… Sabía cuál era la respuesta, pero hubiera preferido no tener que darla. Por fin dijo, con voz grave:

—Sí, es verdad. El experimento podría efectuarse con un osito de felpa, o un trozo de madera, o lo que fuese. Pero el cobayo nos permitirá averiguar otro detalle: sabremos si sale vivo de la aventura…

* * *

Esa noche, cerca de la una de la mañana, una luz enceguecedora despertó a Marcos. Alguien lo iluminaba con una linterna eléctrica, que comenzó a alejarse cuando abrió los ojos… Marcos vio entonces a Teobaldo acurrucado cerca de él.

—Levántate —dijo Teobaldo en voz baja. No despiertes a tu hermano.

Marcos salió con cuidado del saco de dormir y vio que su compañero estaba completamente vestido, como si estuviera por partir de viaje. Maquinalmente, el joven extendió la mano en dirección a la ropa.

—No vale la pena —murmuró Teobaldo—. Quédate tal como estás.

—¿Te acompaño en pijama?

—Sí. Y, sobre todo, nada de ruido.

Los dos muchachos salieron de la pieza caminando sigilosamente. Teobaldo indicó el camino iluminando el suelo con su linterna, como en las películas. Marcos lo seguía en pijama, sin comprender qué sucedía.

—Dime… ¿Adónde vas así vestido?

—Shh… —dijo Teobaldo—. Sígueme, y calla.

El muchacho condujo a su amigo al laboratorio, adonde entraron ambos. Teobaldo cerró la puerta e iluminó la sala.

—Tú me ayudarás —dijo en voz baja—. No nos llevara mucho tiempo. Y después podrás volverte a acostar.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Marcos, ahogando un bostezo.

Teobaldo le mostró la mano izquierda, levantándose la manga del suéter.

—Mira esto —dijo.

—¡Nooo!…

Tenía puesto el anillo de autinio en la muñeca.

—¿Cómo hiciste para lograr que pasara? ¡Era demasiado chico para mí!

—Hice un poco de fuerza, simplemente —dijo Teobaldo.

Marcos observó que la mano de su compañero estaba despellejada, y las excoriaciones seguían sangrando. Teobaldo jamás dejaba de sorprenderlo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque quiero partir yo en lugar del cobayo —respondió Teobaldo tranquilamente—. Tú me ayudarás.

Marcos sacudió la cabeza.

—Imposible. No sé qué hay que hacer.

—Pero yo sí —replicó su amigo—. Presté atención a lo que decía el profesor, y lo recuerdo todo. Te explicaré qué hay que hacer. No es nada difícil…

Marcos contempló sus pies descalzos, como si su visión lo ayudara a reflexionar.

—¿Por qué quieres partir tú en lugar del cobayo? —preguntó.

—Porque el cobayo no podrá contarnos lo que ha visto; yo sí…

—¿Y el peligro? ¿Has pensado en el peligro que corres?

—No tengo miedo —afirmó Teobaldo.

Marcos sabía que era cierto, que su compañero no tenía miedo. Teobaldo era el más temerario del grupo.

—No —dijo Marcos—. No puedo hacer lo que me pides.

Teobaldo volvió a mostrarle la mano izquierda.

—Mírala bien —dijo—. Trata de comprender… Logré hacerme pasar el anillo por el puño, pero nadie podrá quitármelo si yo no quiero. Ni tú, ni tu hermano, ni el profesor… Nadie… Ahora bien: es preciso realizar el experimento, si queremos rescatar a Sergio y Xolotl. Entonces, es necesario que sea yo quien parta… ¿Comprendes ahora?

Marcos contempló la mano excoriada que seguía sangrando, y se dio cuenta de que debía ceder.

—Está bien —asintió—. Explícame qué hay que hacer.

Teobaldo llevó a Marcos hasta el tablero de comando, le mostró qué maniobras debía ejecutar, y se las hizo repetir para cerciorarse de que había comprendido bien. Marcos repitió, dócilmente:

—… Y doy vuelta a esta manivela hasta que la aguja esté en 150. Después aprieto el botón verde. ¿Es así?

—Sí —dijo Teobaldo—. Espera a que me ubique en el sitio preciso, ahora…

El muchacho se paró entre los polos del electroimán.

—Estoy listo —anunció—. Tengo el emisor en el bolsillo. Puedes comenzar.

Marcos inició la operación, pero no terminó de regular el voltaje.

—¿Qué esperas? —dijo Teobaldo—. ¿Tienes los ciento cincuenta voltios? ¿Sí o no?

—Sí.

—¡Entonces, vamos! ¡Aprieta el botón verde!

Marcos seguía vacilando.

—¿Has reflexionado bien? —preguntó nuevamente.

—Sí —declaró Teobaldo enérgicamente—. ¡Vamos, te digo!

El tono de su voz era imperioso… Marcos apretó el botón. Se oyó un clic en el disparador, detrás del tablero de comando, y eso fue todo. Teobaldo había desaparecido… Marcos se sintió sobresaltado, aun cuando la desaparición de su amigo estaba dentro de lo previsto. Durante varios segundos no pudo quitar los ojos del electroimán, como si Teobaldo estuviera por aparecer entre los polos de un momento a otro… Entonces recordó que su tarea no estaba concluida. Paró la cámara, y conectó el receptor de radio.

Nada… Ninguna señal.

Marcos vaciló. Ya no sabía qué hacer. Al pasarse una mano por la frente, se dio cuenta que estaba cubierta de gruesas gotas de transpiración, a pesar del frío de la noche… Se inclinó sobre el receptor, buscó la perilla para regular el volumen y lo elevó al máximo.

El muchacho pasó un largo minuto de esa manera, sin poder oír nada… Por fin salió corriendo del laboratorio, trepó los escalones de a

cuatro, entró en el desván donde su hermano seguía durmiendo, y lo sacudió vigorosamente.

—Raúl… ¡Despierta!

IX

Gaius llevó a Sergio y Xolotl al barrio de Suburra y los condujo a la *ínsula* donde vivía. Entró en la tienda del zapatero, y salió pocos minutos después, con aire de gran satisfacción.

—Pueden entrar —anunció.

Spurius acababa de echar los pestillos, porque la jornada de trabajo había terminado. Era un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, robusto y más bien taciturno. Con palabras rápidas dijo a los dos amigos que podían entrar, y les presentó al resto de la familia.

—Mi hija mayor, Fiametta…

Fiametta tenía quince años, largos cabellos negros y hermosos ojos oscuros. Detrás de la joven estaban dos pequeñitas de tres y cinco años, notablemente parecidas, que miraban con curiosidad a los dos extranjeros que su hermano había traído a la casa.

Comieron en la trastienda, donde ya estaba preparada una gran fuente de lentejas con tocino. Había una lámpara en la pared, fijada entre dos ladrillos, y la pequeña llama vacilante iluminaba la habitación. Sergio miró en derredor, sin dejar de comer, feliz de haber hallado esa mesa y ese techo bajo el cual pasarían la noche. Realmente habían tenido suerte de encontrarse con Gaius…

* * *

Al día siguiente la vida de los muchachos comenzó a organizarse. Partían al alba, y regresaban al anochecer con varios sestercios, que entregaban puntualmente a Spurius. De esa manera pagaban por la comida y el alojamiento. Durante toda la mañana Sergio y Xolotl se turnaban para subir agua a las viviendas. Al mediodía tornaban un ligero almuerzo: pan y queso que compraban por ahí; y después seguían trabajando hasta el crepúsculo. Gaius, que era perezoso como un lirón y no se molestaba en ocultarlo, se limitaba a indicarles los clientes y discutir los precios.

Al cabo de dos o tres días, viendo que Sergio y Xolotl ya no tenían necesidad de él, Gaius dejó de acompañarlos tan asiduamente. Se eclipsaba muy temprano, y se reunía con algunos chiquillos amigos para jugar a la taba. Pero por grande que fuese su interés en el juego, nunca dejaba de esperar a Sergio y Xolotl a la entrada de Argiletum, la larga y sinuosa calle que llevaba del centro de Roma a Suburra.

—¿Me das mi parte, Sergius?

Sin hacerse rogar, Sergio le entregaba la tercera parte de las ganancias del día. Entonces Gaius compraba miel o dátiles, o tal vez una torta hecha con vino dulce, que todos compartían. Por fin, entraban juntos a la casa de Spurius.

* * *

Xolotl escuchaba todo lo que decían los demás, habituándose de a poco al sonido del latín, y hacía muchas preguntas a Sergio o a Gaius.

—¿Todo el mundo se tutea en esta ciudad?

—Todo el mundo —respondía Gaius.

—¿Aun si se trata de un personaje importante?

—Sí, pero entonces se agrega la palabra «señor». Es más prudente.

—¿Y si se trata del emperador?

Gaius lanzó una carcajada, sosteniéndose el vientre.

—¡Qué pregunta! De todas maneras, nunca tendrás ocasión de hablar con él. Por supuesto, también se lo tutea, pero agregando la palabra «César». No es nada complicado.

* * *

Cierto día, mientras los tres amigos marchaban por una calleja estrecha, oyeron el ruido de las ruedas de un carro y el galope de dos caballos que se acercaban rápidamente, aunque todavía no podían divisarlos. Por fin vieron que el carro doblaba la esquina y se lanzaba sobre ellos a toda velocidad.

—¡Cuidado! —gritó Gaius.

Los tres muchachos se apartaron justo a tiempo. Xolotl y Gaius se deslizaron bajo un pórtico, pero Sergio, que estaba del otro lado de la calle, solo atinó a quedarse prendido de la pared. Una rueda le pasó justo delante de los pies, y el cubo le raspó las rodillas.

El hombre ricamente vestido que conducía el carro gritó algo que nadie comprendió.

Sergio se dio cuenta de que por un pelo había escapado a un grave peligro. «Unos centímetros más, —pensó—, y habría quedado bien estropeado, por cierto». Sintió que las piernas le temblaban un poco, y decidió hablar para ocultar su turbación.

—Creía que los carros no circulaban durante el día —le dijo a Gaius.

—Por supuesto, pero hay algunas personas que pueden hacerlo. Los personajes importantes.

—¿Y ese que pasó era importante?

—¡Qué te parece! —exclamó Gaius—. Era el prefecto de la anona[6].

—¿Y qué es eso?

—Es el hombre que está a cargo de todo el abastecimiento de Roma. Si eso no es importante, no sé qué puede serlo.

* * *

Un buen día, después del almuerzo, Sergio condujo a Xolotl al monte Palatino.

—Quiero ver los palacios imperiales —dijo—. Aunque sea una vez.

Su viaje a Roma, dos años atrás, le había dejado algunos recuerdos bien nítidos. Vaciló un poco, y por fin logró orientarse correctamente.

—Mira —le dijo a Xolotl—. Este es el palacio de Tiberio, y el del costado, el de Calígula. Y ese más grande, allá, es el palacio de Vespasiano. Allí habita el emperador.

Sergio *no hacía ningún* esfuerzo por ocultar su emoción.

—¿Si pudiéramos entrar? —dijo en voz baja—. Solamente una vez… para echar un vistazo…

Pero era imposible. Cuatro hombres guardaban la entrada, cuatro hombres robustos y bien armados que no eran simples legionarios.

—Son los pretorianos —explicó Sergio—. Los soldados de la guardia imperial.

En ese momento pasó un viejo a su lado, y Sergio le preguntó:

—¿El emperador está en palacio?

El viejo lanzó una carcajada estruendosa.

—¡Ah! ¡Muchacho!… El emperador no está en Roma. ¿No lo sabías?

* * *

Esa noche, después de cenar, se quedaron todos sentados alrededor de la mesa. Las dos pequeñitas dormitaban la una al lado de la otra. Spurius vació lentamente su copa de vino sin decir palabra, los ojos perdidos en el vacío, y Fiametta dijo:

—Sergius, cuéntanos cómo es la Galia.

Sergio la describió lo mejor que podía. Trató de olvidarse de la Francia moderna e imaginar cómo habría sido dos mil años antes, por la época en que París todavía se llamaba Lutecia. Describió varias decenas de casas muy pobres entre dos brazos del Sena, inventando los detalles que desconocía.

Xolotl guardaba silencio, como lo hacía siempre que no estaba a solas con Sergio. Fiametta escuchaba y hacía preguntas. Gaius reía a menudo con el relato de Sergio, como si un galo solo pudiera referir historias descabelladas. Pero de vez en cuando también él escuchaba atentamente y daba en soñar con ese país al que no vería jamás…

* * *

Muy pronto Sergio y Xolotl llegaron a amar esas veladas tranquilas en la trastienda de Spurius. Toda la familia los aceptaba sin problemas, y los muchachos realmente se sentían como en su casa. Fatigado por la jornada de trabajo, Spurius hablaba poco, pero brindaba generosamente su hospitalidad. Las dos niñitas pequeñas adoraban a Xolotl, y se le trepaban todo el tiempo sobre las rodillas. En cuanto a Fiametta, seguía interrogándolo a Sergio, quien respondía sin dar muestras de cansancio. De tanto en tanto también él formulaba una pregunta, y Fiametta hablaba a su vez, con voz dulce y ligeramente cantarina. Al escucharla,

bajo la luz vacilante de la pequeña lámpara de aceite, Sergio olvidaba cuanto conociera anteriormente. Era como si el siglo XX no hubiera existido nunca.

Cierto día Gaius los dejó solos desde la mañana *temprano. Sergio se* esforzó por trabajar velozmente, como si quisiera terminar lo más rápido posible. Por fin, cuando calculó que tenía el dinero suficiente para entregarle a Spurius esa noche, arrastró a Xolotl hasta las orillas del Tíber.

—Tenía deseos de venir aquí —explicó—. Vamos a remontar el río por la margen izquierda. Quiero ver una cosa.

—¿Qué? —preguntó Xolotl.

—Te lo diré cuando estemos allí.

Sin decir más, los dos muchachos marcharon un buen rato. Sergio observaba con atención la margen opuesta, evidentemente en busca de algo que no encontraba. De tanto en tanto examinaba la posición del sol y retomaba la marcha.

—Bueno —dijo Xolotl, perdiendo la paciencia—, dime qué buscas.

—El Castillo de San Angelo. Si está en pie, lo veremos desde aquí. Tendría que estar sobre la otra orilla. Pero no lo veo.

—¿Y para qué lo buscas?

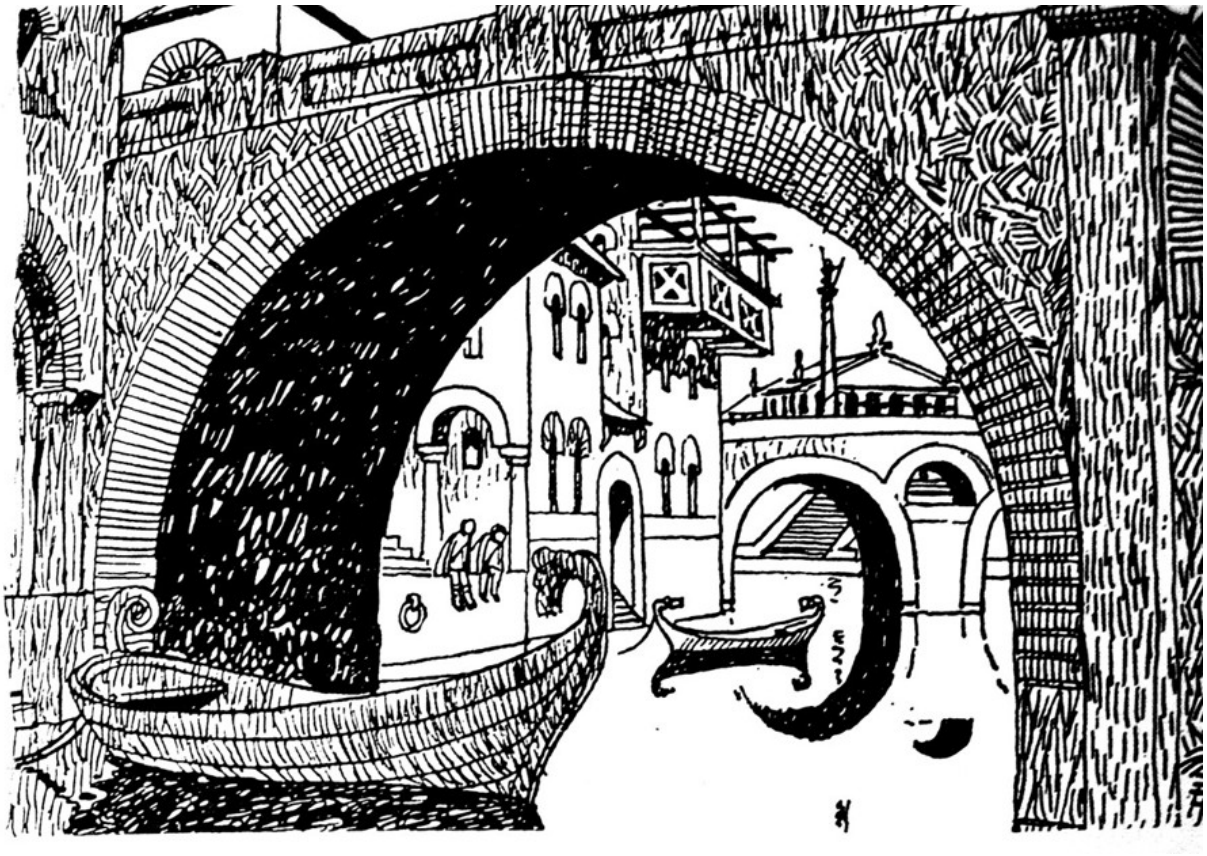
—Para saber quién es el emperador. No nos lo ha dicho nadie, y no quiero preguntarlo, porque sonaría raro. El Castillo de San Angelo es la tumba de un emperador. Si no existe, es que ese emperador todavía no murió…

—¿A qué emperador te refieres?

—Al sucesor de Trajano. Pero ¡caramba!… No logro recordar su nombre. ¡Y, sin embargo, lo sabía!

* * *

Una noche en que Spurius estaba de buen humor, Sergio decidió interrogarlo:



—Dinos, Spurius… Nosotros venimos de muy lejos, y lo ignoramos todo. ¿El emperador no está en Roma?

—No, claro —repuso Spurius—. El emperador está conduciendo la guerra. ¿No lo sabías? ¿En la Galia no te han enseñado nada?

—Eso no me lo han enseñado —admitió Sergio—. ¿Dónde en la guerra?

—El emperador fue a conquistar el Imperio Parto. Tomó Babilonia y Ctésiphon, siguió el curso del Éufrates, y por fin llegó al golfo Pérsico.

Cuando Spurius hablaba del emperador o relataba las conquistas de Roma, su voz no era la misma, y toda su actitud cambiaba. El buen hombre, pobre entre los pobres, amaba apasionadamente a su país y estaba orgulloso de ser romano. En ese momento, uno olvidaba que no era más que un modesto zapatero de Suburra.

«Diríase —pensó Sergio— que es otro quien habla por él».

Sergio lo escuchó largo rato esa noche, pero no se atrevió a preguntar quién era el emperador.

* * *

Al día siguiente el azar quiso que, al caer la tarde, Sergio y Xolotl fueran a parar muy cerca del Tíber.

—Hoy trabajamos muy duro —dijo Sergio—. Descansemos cinco minutos antes de volver.

Se sentaron al borde del agua, en un sitio tranquilo. Instantes después, Xolotl volvió la cabeza y vio que Sergio contemplaba el agua sin verla. Sabía qué significaba eso… A veces Sergio tenía sus momentos de desaliento, que lo asaltaba bruscamente, sobre todo de noche. No decía nada, pero pensaba en su padre, en sus amigos, en todos los seres que amaba y a quienes nunca volvería a ver… Ese día permaneció en silencio unos minutos, sumido en sus ensueños, hasta que por fin volvió a levantar la cabeza.

—Sé muy bien que no volveremos nunca —dijo en voz baja—. Pero nos podría haber ido peor.

* * *

Un buen día Xolotl le dijo a Sergio:

—¿Cuándo le llevas el dinero a Spurius por la noche, le entregas todo lo que ganamos?

—Sí. Todo lo que no le doy a Gaius.

—¿Y si guardaras algo para nosotros?

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

Estaban sentados sobre un mojón, en el extremo de una calle. Xolotl había dejado el balde en el suelo y jugaba con el asa. Dejó pasar unos segundos antes de responder.

—Nunca se sabe qué puede pasar —dijo por fin.

Sergio no veía adonde quería ir a parar Xolotl.

—Spurius es realmente muy pobre —dijo—. Nos da alojamiento y comida. Francamente, me resultaría molesto no entregarle todo.

—Nosotros somos aún más pobres que él —observó Xolotl.

Pero no insistió ni volvió a decir palabra sobre el tema.

* * *

Esa noche Spurius fue a cenar a casa de un amigo y Gaius fue a jugar una partida de taba con Xolotl en una vivienda vecina. Sergio se quedó solo con Fiametta y las pequeñitas, que dormían en un rincón de la trastienda.

Estaban sentados bajo la pequeña lámpara y hablaban tranquilamente, como los demás días. De pronto se produjo un silencio, y Fiametta se levantó para echar un poco de aceite en la lámpara, cuya luz comenzaba a debilitarse. Al sentarse nuevamente, preguntó:

—¿En tu país, Sergio, la gente sabe por qué llevamos una sortija en el cuarto dedo de la mano izquierda?

—No —respondió Sergio.

Fiametta levantó la mano izquierda adelantando ligeramente el anular.

—Porque tenemos un nervio muy delicado que parte de este dedo y llega al corazón.

Al decirlo sonrió. Los negros cabellos le caían sobre los hombros, y sus grandes ojos oscuros parecían sonreír también. La joven nunca había lucido tan bonita, y Sergio, maravillado, la admiró en silencio. Luego levantó la mano izquierda, adelantando el propio anular, y sus dedos se rozaron suavemente. Esa noche ninguno de los dos volvió a decir nada.

* * *

Al día siguiente Sergio se sentía muy alegre. Todo le parecía fácil. Cuando acarreaba un balde de agua, subía las escaleras casi corriendo, y se lo veía infatigable. Gaius se dio cuenta enseguida de que había algo de anormal en él.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Xolotl—. ¿Se comió un león?

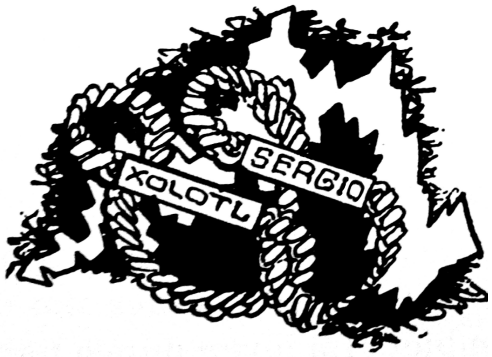
—No sé —respondió Xolotl.

* * *

Poco más tarde Gaius los dejó, para unirse a sus compañeros habituales. Entonces Sergio confió en Xolotl:

—Después de todo, podemos vivir aquí sin salir de pobres. ¿Por qué no? No seremos desdichados.

—Por supuesto —replicó Xolotl, que ya lo sabía desde mucho tiempo atrás.



X

Cuando Raúl se enteró de lo sucedido, Marcos debió pasar por un momento difícil.

—¡Qué! ¿Perdiste la cabeza? ¿Eh?… ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

Marcos trató de justificarse, pero todo fue en vano. Cuanto más explicaciones daba, más enfadado se mostraba su hermano.

—¡Por todos los santos! —exclamó Raúl finalmente—. Lo único que tenías que hacer era negarte. Si te hubieras mostrado un poco más enérgico, nunca te podría haber obligado a apretar el botón… Te comportaste como un pelele.

Llevado por la cólera, Raúl se puso a gritar sin darse cuenta.

—Calla —dijo Marcos—. Vas a despertar a todo el mundo.

El consejo llegó demasiado tarde. Marcos acababa de hablar cuando se abrió la puerta y entró el profesor.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Escuchó el relato de los dos hermanos, y dijo, simplemente:

—Hubiera sido mejor enviar al cobayo… Y hubiera preferido ocuparme yo mismo.

A pesar del tono apaciguador de sus palabras, parecía muy inquieto. Tras reflexionar unos instantes, agregó:

—Bajaré al laboratorio para ver si puedo hacer algo… Supongo que no tendrán ganas de dormir. Si les interesa, pueden acompañarme.

Ya en el laboratorio, el profesor pidió a Marcos que explicara lo que había hecho. Verificó que el receptor funcionaba, y que el mecanismo de regulación del volumen estaba puesto al máximo.

—Todo se hizo correctamente —declaró por fin—. Y no se olvidaron de filmar la experiencia. Voy a revelar la película de inmediato.

Dicho lo cual el profesor desapareció en el cuarto oscuro, y salió media hora más tarde.

—La película es buena —dijo—. Cuando esté seca, la examinaremos. Diez minutos más de paciencia.

En ese momento, viendo cuán descorazonado estaba Marcos, trató de levantarle la moral.

—No debes lamentar lo que has hecho, Marcos. He tenido tiempo de observar a Teobaldo. Comenzaba a conocerlo… Es el más fuerte y el más empecinado de ustedes cinco. Si te resistías a cumplir su voluntad, habría hallado otra solución, y partido de todas maneras.

Pocos minutos después el profesor proyectó la película en cámara lenta ante los ojos de Raúl y Marcos. Luego volvió atrás, detuvo el aparato en las imágenes más interesantes, las observó detenidamente y dijo:

—Esperaba que una de estas fotos nos indicaría cómo desapareció Teobaldo, y en qué dirección… Pero la película no nos muestra nada. En el momento mismo en que Marcos aprieta el botón se lo ve perfectamente a Teobaldo. En la foto siguiente, y a no se lo ve más. La

desaparición se produjo mientras el obturador estaba cerrado, en menos de un centésimo de segundo.

Ni Raúl ni Marcos osaron preguntar nada. El profesor guardó silencio durante un largo minuto, contemplando el suelo a sus pies, mientras reflexionaba. Por fin levantó la cabeza y declaró:

—No tenemos nada más que hacer aquí. Sin duda Teobaldo está muy lejos. Es a causa de ello que no oímos ninguna señal… Dejaré funcionando el receptor. Tarde o temprano oiremos un «bip». Si se repite cada treinta segundos, sabremos que Teobaldo se acerca.

* * *

Seis días después, a eso de las ocho de la noche, el profesor Lorenzo y los dos muchachos oyeron un «bip» desde la sala, donde estaban todos reunidos. Emocionado, el profesor miró a Raúl y Marcos.

—Ya no lo esperaba —confesó en un susurro.

Tenían miedo de haberse equivocado. Pero al cabo de treinta segundos volvió a oírse un «bip» tan nítido como el primero.

—Si la señal es tan fuerte, quiere decir que el emisor está bien cerca —señaló el profesor.

Se levantó y salió de la habitación a la carrera, seguido de los dos hermanos. Al abrir la puerta del laboratorio el profesor se detuvo de golpe… Teobaldo estaba parado entre los polos de electricidad, vivito y coleando. Su actitud era exactamente la misma que había tenido en el momento de su desaparición… Se oyó un nuevo «bip», realmente ensordecedor. El profesor se precipitó sobre el receptor para hacerlo callar.

—¿Y bien? —exclamó—. ¿Has vuelto? ¿Dónde estabas?

—¿Vuelto? —dijo Teobaldo—. Si ni siquiera partí…

Parecía realmente sorprendido.

—Ni siquiera partí —repitió—. Marcos apretó el botón verde, pero no sucedió nada… El receptor hizo «bip» dos veces y ustedes entraron en la habitación. Eso es todo. No sucedió nada más.

Fue el profesor, entonces, quien se mostró sorprendido.

—Desapareciste durante seis días —dijo—. Y ahora, estás de regreso. ¿No recuerdas nada de lo sucedido durante ese tiempo?

—No —respondió Teobaldo sin vacilar—. Les repito que ni siquiera partí.

Mientras hablaba, Teobaldo se les acercó. Con un gesto rápido, Marcos le tomó la mano izquierda y la examinó.

—Mire, *signor professore*… Mire. La mano todavía le sangra, exactamente como el día de su partida.

El profesor examinó las excoriaciones y vio que la sangre todavía no estaba seca. Entonces echó un vistazo al reloj de Teobaldo.

—La una y diez —musitó—. Está bien, he comprendido.

Pero los tres muchachos no habían comprendido nada, y estaban pendientes de sus palabras.

—Así se explica todo —dijo el profesor—. Teobaldo no está «de regreso», como lo habíamos creído… Hace seis días que «partió», y esta noche ha «llegado». Para él, esos seis días no existieron nunca. Su viaje fue instantáneo… Sus excoriaciones no están cicatrizadas, y su reloj indica la hora de su partida.

—¡Comprendo! —exclamó Raúl—. ¿Fue un viaje en el tiempo?

—Exactamente. Ahora ya sabemos que el autinio viaja en el tiempo…

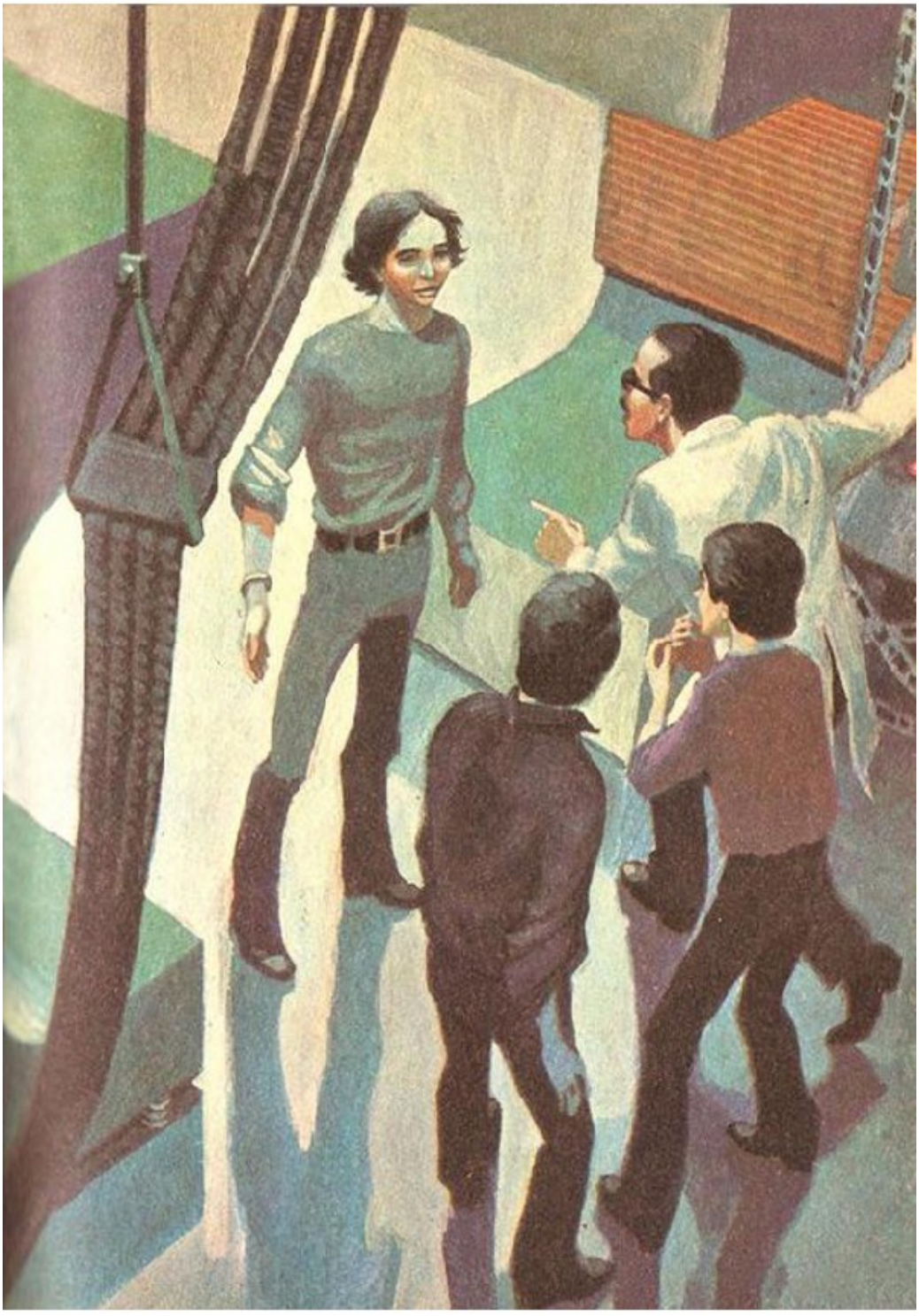
Se produjo un breve silencio. Teobaldo se miró la mano, y luego miró el reloj. Marcos estaba apabullado por los acontecimientos, y Raúl reflexionaba.

—Viajó hacia el futuro —dijo Raúl por fin—. De acuerdo… ¿Qué habría sucedido si enviábamos corriente en sentido opuesto?

—Muy sencillo —respondió el profesor—. Seguramente habría viajado hacia el pasado… Habría regresado seis días atrás, y tendríamos dos Teobaldo en el término de seis días.

—Gracioso —dijo Raúl, a quien la idea parecía divertir en grande.

Marcos no dijo nada, pero pensó: «¿Dos Teobaldo? ¡Caramba! Mejor que no haya sido así. ¡Ya bastantes problemas tenemos con uno solo!».



¿Dónde has estado?

—Bueno —dijo Raúl—. ¿Pero adónde están Sergio y Xolotl? Sabemos cuál fue el sentido de la corriente el día de la tormenta. Por lo tanto, es posible determinar de qué lado partieron. ¿No es cierto?

—Sí —asintió el profesor—. Partieron rumbo al pasado.

—¿Lejos? —preguntó Teobaldo.

El profesor no dio una respuesta directa.

—De todos modos —dijo—, podemos estar seguros de que están vivos.

Raúl comprendió a medias.

—¿Quiere decir que están muy lejos? —preguntó.

—Lo puedes calcular tú mismo —repuso el profesor—. Con ciento cincuenta voltios, Teobaldo dio un salto de seis días y diecinueve horas. La noche de la tormenta, el electroimán recibió una carga de quince millones de voltios. La respuesta no es difícil de hallar…

Raúl hizo el cálculo en un trozo de papel.

—No… —exclamó—. No es posible…

—Sí, es posible —dijo el profesor—. No te has equivocado…

Teobaldo miró la hoja de papel sin comprender. Nunca se había habituado a los números arábigos.

—¿Cuándo es eso? —preguntó.

—En el año 117 —respondió Raúl—. Ese año pasó algo en Roma, pero no recuerdo qué.

—La muerte de Trajano —aclaró el profesor.

Los tres muchachos se miraron sin decir palabra. Imaginaban la enorme distancia que los separaba de sus compañeros. El profesor comprendió que debía infundirles ánimo.

—Trataremos de rescatarlos —dijo—. Haremos todo lo que podamos.

—¿Cree que será posible? —preguntó Marcos—. ¿Qué hará?

—No es difícil —respondió el profesor—. Hay que reproducir las condiciones exactas de la noche de la tormenta. El mismo campo magnético, pero en sentido inverso, por supuesto. Si lo logramos, aumentarán nuestras posibilidades de rescatarlos.

—No será fácil —objetó Raúl—. Para lograrlo, se necesitarán quince millones de voltios…

—… Y no los tenemos —dijo el profesor, terminando la frase—. ¿Es eso lo que quieres decir?

Raúl vaciló un instante, y por fin se decidió a contestar:

—Sí. Eso es lo que quise decir.

—De acuerdo —admitió el profesor—. No los tenemos. Pero tengo un generador de cien mil voltios, y pediré prestados algunos condensadores. Necesito ciento cincuenta, y espero conseguirlos. Tengo muchos amigos en los medios industriales y en la universidad. Ellos me ayudarán, estoy seguro. Pero eso no es todo…

Raúl se sentía vagamente inquieto.

—¿Hay algo más? —preguntó.

—Sí —declaró el profesor—. Es preciso montar los condensadores, hacer un hangar provisional en el parque, horadar las paredes y colocar los cables. Será un trabajo muy duro.

—Lo único que ansiamos es poner manos a la obra —dijo Raúl—. Pero…

Reflexionó unos instantes.

—¿Llevará mucho tiempo?

—Dos meses, trabajando de diez a doce horas por día —repuso el profesor.

—¿Y «ellos»? ¿Qué será de ellos durante esos dos meses?

El profesor hizo un gesto de impotencia.

—No podemos hacer nada más —dijo—. Pero no tienes por qué preocuparte. Con el reinado de Trajano terminaron las guerras de conquista. El Imperio Romano tenía cincuenta años de paz por delante. Fue el comienzo de una era de tranquilidad. Sergio y Xolotl no corren el más mínimo riesgo. Para ellos, será como estar de vacaciones.

XI

Para Sergio y Xolotl la vida continuaba, tranquila y normal. Las aventuras de los primeros días quedaron olvidadas. Tenían trabajo, y comida para saciar su hambre. Comenzaban a disfrutar de la vida en familia y, a pesar de su pobreza, eran casi felices.

Cierta mañana, una mañana como tantas otras, Sergio estaba ocupado en acarrear el agua mientras Xolotl y Gaius callejeaban por los alrededores, esperándolo. Sergio estaba en el quinto piso de una casa cuando oyó el galope de caballos y el ruido de las ruedas de un carro en la calle. Luego, casi enseguida, se escuchó un grito terrible. Un grito desgarrador, que Sergio no podría olvidar jamás, y que más tarde volvería a oír en medio de sus peores pesadillas. De inmediato, otros gritos, y

luego los caballos que se detuvieron. De entrada, Sergio pensó en sus dos compañeros. Corrió a la ventana más próxima, se inclinó y vio una pequeña aglomeración. Había cinco o seis personas alrededor de un herido caído en el suelo. El carro se había detenido un poco más lejos. Sergio sintió un miedo atroz. El grito terrible que había oído no provenía de labios de un adulto. Era una voz de niño o de adolescente. Sergio estaba casi seguro que se trataba de Xolotl o de Gaius. Vació el balde en el pontón que debía llenar y bajó la escalera a los trancos, de a cuatro escalones por vez.

Gaius estaba tendido en el suelo, en medio de un grupo de curiosos, y se retorcía del dolor. Una rueda del carro le había aplastado el vientre. Sergio observó, horrorizado, que solo podía mover la parte superior del cuerpo. Las piernas permanecían inertes. Una mujer lo advirtió, y dijo en un susurro:

—El pobre se rompió la espina.

Sergio comprendió y se estremeció, lleno de piedad. Gaius se había quebrado la columna vertebral. Si no se moría, quedaría paralizado toda la vida, él que tanto amaba corretear por las calles de Suburra… No, no era posible, pensó Sergio. La mujer se equivocaba… En ese momento Gaius abrió los ojos y vio a Xolotl, arrodillado junto a él.

—Lo vi venir —dijo en voz muy baja—. Pero resbalé, y no me pude levantar a tiempo…

Dejó de hablar y cerró los ojos, como si sufriera terriblemente.

—Me duele, Xolotl… ¡Oh! ¡Cómo me duele!

Pronto llegaron otros curiosos. Entre ellos estaba el conductor del carro, un hombre bien vestido que sostenía aún la fusta en la mano. Al verlo, era difícil decir si estaba inquieto o irritado… Contempló a Gaius, y dijo:

—Traté de frenar los caballos, pero no lo pude evitar.

Entonces se volvió hacia la mujer que había hablado un rato antes.

—Mujer, ¿sabes quién es?

—Es el hijo de Spurius, el zapatero.

—Hay que avisarle enseguida —dijo el hombre en tono autoritario.

—Voy yo —se ofreció un chiquillo.

El niño salió a la carrera… Gaius volvió a gemir y Sergio se sobrecogió al verlo tan pálido. Su rostro tenía el color de la cera, y los labios estaban grises… Sergio comprendió lo sucedido. «Tiene una hemorragia interna, —pensó—. No vivirá mucho…». Se sintió mal, terriblemente mal, al comprender que Gaius habría de morir; Gaius, que los había ayudado, que era su único amigo en Roma. Sintió que las lágrimas le afloraban a los ojos, pero los cerró para que el herido no lo viera llorar. En ese preciso instante Gaius abrió los ojos y dijo:

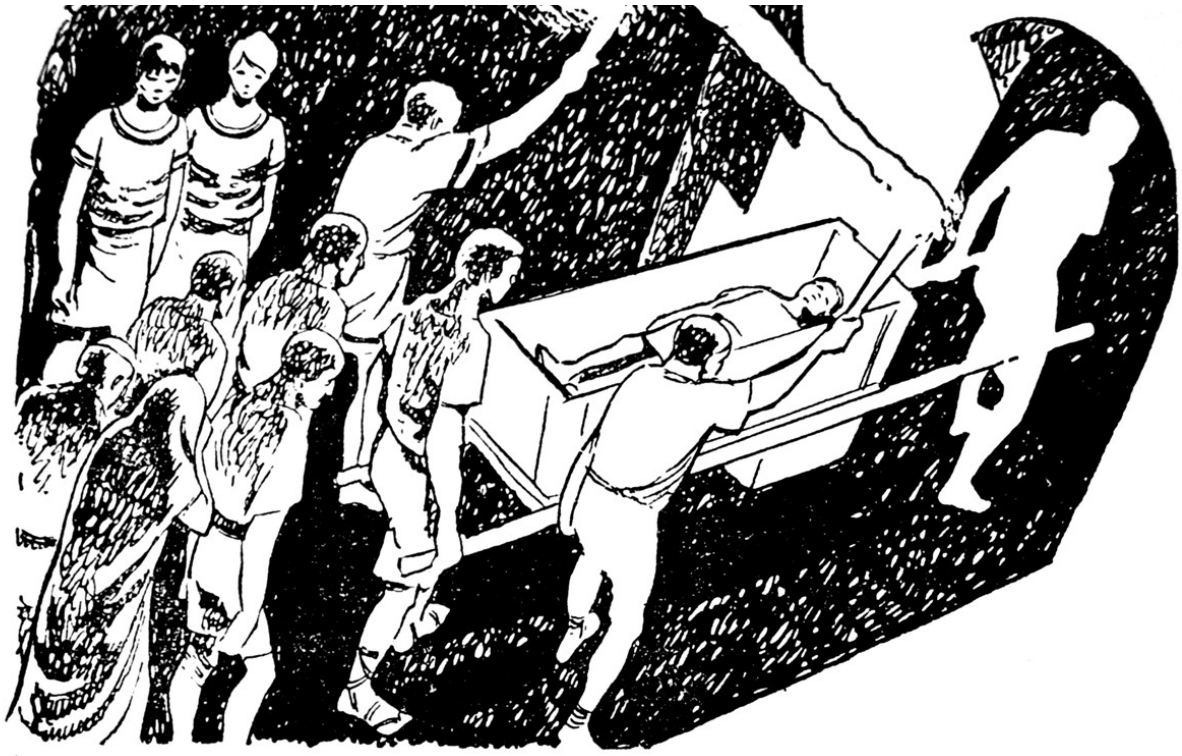
—Ahora ya no me duele.

Una voz susurró detrás de Sergio:

—Es mejor que no se mueva más.

Gaius pareció comprender, también él. Sin mover la cabeza, miró, uno tras otro, a todos aquellos que lo rodeaban, y al reconocer a Sergio trató de sonreír… En ese preciso instante se oyeron pasos precipitados, y los curiosos se apartaron. Apareció Spurius, y se arrodilló junto a su hijo. Gaius dejó de sonreír. Sus labios estaban casi blancos.

—Me resbalé —dijo en voz muy baja.



Apenas si podía oírselo. Volvió a abrir la boca para decir algo, pero le faltaron las fuerzas… La cabeza giró en dirección a Xolotl, con los ojos muy abiertos, pero no volvió a moverse. Todo había terminado… Sergio sintió que le rodaban dos lágrimas por la mejilla, pero ya no trató de ocultarlas.

Spurius se inclinó sobre su hijo y pronunció su nombre por última vez, según la usanza romana:

—Gaius…

Entonces le rozó la frente, para recoger el alma que expiraba, y le cerró los ojos con mano temblorosa…

Llegaron vecinos y amigos que rodearon a Spurius. Todos los habitantes de Suburra parecían conocerlo. Sergio y Xolotl aguardaron, aún bajo los efectos de la sacudida que les había producido el accidente, y miraron hacia adelante, sin ver realmente lo que sucedía. Más tarde ninguno de los dos recordaría si el conductor del carro había hablado con Spurius o si se había alejado sin decir nada.

Spurius tomó a su hijo en brazos y, caminando lentamente, emprendió el camino hacia la casa. La multitud los siguió, Sergio y Xolotl entre ellos. Al llegar a la tienda Spurius entró, siempre con su hijo en brazos. Algunos comedidos entraron tras él, pero la mayoría permaneció afuera.

—¿Qué haremos? —cuchicheó Xolotl—. ¿Debemos entrar o permanecer aquí?

—¿Cómo saberlo? —dijo Sergio—. Tal vez quienes lo siguieron son parientes. Si no tenemos derecho a entrar, es mejor no intentarlo.

Vacilante, miró en torno. Al distinguir a un vecino al que conocía un poco, le preguntó cuándo serían los funerales. El hombre se mostró atónito por la pregunta tan elemental.

—Los pobres son enterrados al caer la noche. ¿No lo sabías?

Sergio comprendió que sería mejor no preguntar nada más. Realmente, ignoraban muchísimas cosas que todo el mundo parecía saber. Decidió entonces esperar, sin decir nada. El día transcurrió muy lentamente. Sergio y Xolotl no sabían qué hacer, pero no querían irse.

Por fin, al anochecer, se formó el cortejo. Habían acostado a Gaius en el ataúd de los pobres, un ataúd abierto que habían alquilado por dos sestercios, y que era demasiado grande para él. Dos jóvenes lo sostenían, dos muchachones de frente mezquina y cabellos negros que eran sus primos y que mantuvieron los ojos secos hasta el final. Otros acompañantes llevaban antorchas en torno al ataúd. Los seguía Spurius, que marchaba entre dos hombres rechonchos muy parecidos a él: sus hermanos. Detrás iban Fiametta y las dos pequeñuelas, que lloraban a lágrima viva. Las seguían otros parientes, y luego la multitud de vecinos y amigos. Sergio y Xolotl, que se sentían extraños, se ubicaron al final.

El cortejo descendió hacia el Tíber por callejuelas que Sergio desconocía, evitando los barrios más distinguidos. Al borde del agua, todos se agruparon en semicírculo alrededor de la hoguera que ya tenían preparada. Sergio y Xolotl estaban en un extremo, casi con los pies en el agua. Sacaron a Gaius del ataúd para recostarlo sobre la pira. Luego uno de los dos primos encendió una antorcha e hizo fuego.

La madera estaba seca, y no soplaba viento. En cuestión de minutos la llama estuvo muy alta. Con las lágrimas en los ojos, Sergio no pudo dejar de contemplarla. Los demás también observaban el fuego. Spurius estaba en primera fila, inmóvil, entre sus dos hermanos. De tanto en tanto, con ademán rápido, se secaba los ojos.

Cuando todo hubo terminado la gente retomó lentamente el camino de Suburra. Frente a la tienda de Spurius hubo unos instantes de espera, y por fin los parientes entraron con él. Los demás permanecieron afuera, y finalmente se dispersaron, regresando a sus casas. En ese momento Sergio tomó una decisión y golpeó a la puerta que se acababa de cerrar. Le abrieron enseguida. Era uno de los muchachones que habían llevado el ataúd.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Sergio hubiera preferido hablar con Spurius. En ese muchacho que no conocía, de frente mezquina y mirada dura, creía adivinar un enemigo. No obstante dijo, lo más cortésmente que pudo:

—Te lo ruego, pregúntale a Spurius si podemos entrar… Dile que somos Sergius y Xolotl.

El muchachón pareció vacilar. Por fin dio media vuelta, y habló con alguien en el interior de la morada.

Sergio los oyó cuchichear sin entender palabra. Finalmente le llegó la respuesta, brutal:

—No. No puedes entrar.

Con un gesto brusco, el mozo cerró la puerta. Sergio permaneció en su sitio, incapaz de hacer nada, ni siquiera hablar. Estaba solo con Xolotl, en medio de la calle desierta, y no comprendía por qué los habían expulsado. Xolotl fue el primero en recobrar la sangre fría.

—No hay nada que hacer —susurró—. Mejor nos vamos.

Como Sergio no daba señas de haber comprendido, Xolotl lo sacudió con suavidad, para arrancarlo de su ensueño.

—¡Ven! —dijo.

—¿Adónde? —preguntó Sergio.

—Ven, te digo.

Sergio emprendió la marcha, sin ver adonde iba. Xolotl lo condujo a una encrucijada iluminada por la luna, y allí se detuvo. Desatando una punta deshilachada de su túnica, extrajo varias monedas que exhibió en la palma de la mano.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Sergio.

—No lo saqué de ningún lado. Es el dinero que nosotros mismos ganamos. Todos los días apartaba unas monedas sin decírtelo. Sabía que tarde o temprano nos vendrían bien.

—¿Y ahora? —dijo Sergio, sin comprender.

—Podemos pasar la noche en algún albergue. Tenemos lo necesario.

Sergio sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Hiciste bien en guardar ese dinero. Pero no debemos despilfarrarlo, gastándolo en albergues. Mañana nos vendrá muy bien para comer. Esta noche dormiremos a la luz de las estrellas.

—¿Y las patrullas? ¿No te acuerdas de lo que dijo el anciano, el primer día?

Sergio se encogió de hombros.

—Calla —dijo—. ¿Qué podrán hacernos las patrullas? Ya hemos dormido afuera otras noches, y no sucedió nada. Ni sucederá nada esta

noche. Al menos, nada peor que las otras.

Xolotl vaciló, a punto de hablar, pero finalmente no dijo nada. Sergio sabía que su amigo tenía miedo, pero no cedió.

—Ven —dijo—. Buscaremos un pórtico donde dormir tranquilos.

Pronto encontraron uno, donde se instalaron. Pasó el tiempo, pero ninguno de los dos lograba conciliar el sueño.

—No comprendo por qué nos dejaron en la calle —meditó Sergio—. Lo que sucedió no fue por culpa nuestra.

Tras un prolongado silencio, Xolotl preguntó:

—¿Es a causa de Fiametta que estás triste? ¿La querías mucho?

—Sí —admitió Sergio.

Tras un nuevo silencio, Xolotl insistió:

—Si hubieras podido hablar con Spurius, él no nos habría echado a la calle. Mañana volveremos, y hablarás con él.

XII

No haría más de una hora que dormían cuando Sergio sintió que le sacudían los hombros. Entreabrió los ojos y vio dos antorchas encendidas en medio de la oscuridad. Detrás divisó varias figuras rodeadas de sombras, que parecían esperar. Enseguida un hombre se inclinó sobre él, tratando de despertarlo.

—¡Vamos! Levántate, muchacho, y síguenos.

Sergio aguzó la vista. El hombre era un decurión[7]. Las sombras que se entreveían junto a las antorchas eran los miembros de una patrulla armada, que rodeaban a cinco o seis vagabundos recogidos en las calles vecinas. Sergio comprendió que no era posible huir, ni resistirse. A su lado, Xolotl también se despertaba, y se ponía de pie, dormido a medias. Los dos amigos se unieron a los otros prisioneros, y la patrulla prosiguió la marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Xolotl en voz baja.

—Hacia el centro —dijo Sergio—. Pero ¿adónde?

De tanto en tanto el decurión se detenía para despertar a un hombre dormido en un rincón oscuro, y lo obligaba a unirse al grupo.

—Debí haberte escuchado —dijo Sergio en voz baja—. Tú tenías razón. De habernos alojado en algún albergue, habríamos estado a salvo. Verdaderamente, me comporté como un tonto.

—Calla —dijo Xolotl—. De nada sirve lamentarse de lo ya hecho.

Mientras andaban Sergio trató de encontrar algún punto de referencia, pero la patrulla marchaba por calles desconocidas para él. Por fin reconoció un cruce de caminos y le dijo a Xolotl:

—Vamos en dirección al foro de Trajano.

El muchacho no se equivocaba. El foro estaba rodeado de un cordón de soldados y portadores de antorchas, quienes formaban un círculo amplio y bien iluminado. Los empujaron en medio del círculo, donde ya había doscientos o trescientos pobres diablos que habían capturado.

—¿Qué sucede? —le preguntó a un hombre parado junto a él.

El hombre vestía ropas miserables. Era muy delgado, y tendría entre cuarenta y cincuenta años.

—¿Acaso no ves lo que sucede? —respondió—. ¿De qué te sirven los ojos? ¿No ves los centuriones allí?

Sergio miró en la dirección que le indicaban y vio a dos oficiales de pie en el otro extremo del foro. Ya había estado en Roma el tiempo suficiente como para reconocer a los centuriones sin equivocarse.

—Nos van a interrogar —prosiguió el hombre—. Pasaremos todos delante de él… Los que no son ciudadanos romanos serán enviados a las minas.

—¿Qué hicimos de malo? —preguntó Sergio.

El hombre le lanzó una mirada despreciativa, como si la pregunta estuviera totalmente fuera de lugar.

—¿No sabes nada de nada, muchacho? Has crecido en las calles, y no has aprendido nada. Cuando no les quedan más esclavos en las minas, recogen a los pobres y a los vagabundos de Suburra. De esa manera «limpian la ciudad», según dicen ellos.

—¿Qué minas? —preguntó Sergio.

—Están las minas de cobre en la Toscana —explicó el hombre—. Y las minas de hierro en la isla de Elba. En cualquiera de ellas te harán trabajar duro. No será nada divertido.

Sergio echó un vistazo a Xolotl y comprendió que su compañero estaba tan inquieto como él. Y no era cuestión de fugarse. Los soldados eran muy numerosos, y vigilaban muy bien a los prisioneros.

—¿Es la primera vez que te prenden? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió Sergio—. ¿Y a ti? ¿Te prendieron alguna vez?

—Jamás. A este viejo zorro es muy difícil echarle mano. Siempre logré salvarme. Pero esta noche dormía profundamente, y no los oí venir. No importa. Con seguridad lograré escapar, porque siempre me acompaña la suerte.

—¿Cómo escaparás? —preguntó Sergio.

—Observa bien. Los centuriones están en el otro extremo del foro. Si no cambiamos de lugar, nos interrogarán entre los últimos prisioneros. Si en ese momento ya consiguieron suficientes esclavos, nos dejarán en libertad.

—El hombre calló unos instantes, para luego agregar:

—No te muevas de aquí. Es lo mejor que puedes hacer. Sobre todo, quédate tranquilo.

—Gracias por tu consejo —dijo Sergio.

Mientras interrogaba al hombre delgado, Sergio siguió observando cuanto lo rodeaba. La mayoría de los prisioneros discutían con los centuriones, tratando de despertar piedad en ellos; pero todo fue en vano. Los dos oficiales, habituados a ser obedecidos a diestra y siniestra, y seguros de su autoridad, se mostraban inflexibles. Una sola vez, uno de los prisioneros se defendió con más fuerza que los otros. Elevó la voz, y gritó algunos insultos. Los centuriones no se amilanaron por tan poca cosa. Uno de ellos hizo una señal con la mano, y el rebelde fue arrastrado del lugar por dos soldados.

El hombre delgado había contemplado la escena sin dar muestras de sorpresa.

—¡Pobre idiota! —dijo en voz baja—. Quiso hacerse valer, y ahora lo aguardan las minas de sal. Allá abajo las cosas son terribles. Si llegas a lastimarte, la herida no cierra jamás, debido a la sal. Los más fuertes pueden aguantar dos años, quizá tres… Nunca más tiempo.

Los dos muchachos observaron cómo el foro se iba vaciando lentamente. Sergio trató de ocultar su nerviosidad, pero la forma en que miraba a los centuriones dejaba traslucir su inquietud. En cuanto a Xolotl, más resistente de lo que parecía, logró permanecer impasible.

En determinado momento solo quedaron tres prisioneros en el foro. Uno de los centuriones le hizo una señal al hombre delgado, que se aproximó. Le formuló una rápida pregunta, y el pobre diablo balbuceó una respuesta que Sergio no comprendió. El oficial le cortó la palabra, con gesto autoritario.

—La Toscana —dijo con voz firme.

El hombre delgado no trató de protestar. Inclinó la cabeza sin decir palabra, y siguió a un soldado que le indicó la dirección. Entre tanto, Sergio y Xolotl quedaron solos en medio del círculo de antorchas. Uno de los centuriones comenzó a dar órdenes, y los soldados empezaron a formar fila. El otro se volvió hacia los dos muchachos y, haciéndoles una seña, les indicó que se acercaran. Cuando los tuvo bien cerca los examinó tranquilamente, sin ningún apuro.

—Son demasiado jóvenes para las minas —observó.

Sergio esperaba cualquier cosa menos eso. Sintió un alivio inmenso, y una débil esperanza volvió a alentar en él. Visto de cerca, el centurión parecía aún más robusto e imponente que de lejos. Su rostro era duro, pero no había en él asomo de crueldad ni de cólera.

—¿De dónde eres tú? —le preguntó a Sergio.

—De la Galia.

—¿Y tú?

—De la Numidia —dijo Xolotl.

El centurión no hizo ninguna otra pregunta.

—Vengan conmigo —dijo.

Llamó a un decurión, y le impartió algunas órdenes en voz baja. Luego hizo una seña a los dos amigos, y tomó por una calleja estrecha que conducía a Suburra. Sergio y Xolotl, ya más confiados, lo siguieron sin vacilar… La luna iluminaba el camino lo suficiente como para poder marchar sin tropiezos. A su paso todo estaba desierto. No quedaba ni un solo vagabundo en la colina. Sergio pensó en el hombre delgado que, al día siguiente, partiría rumbo a la Toscana junto a tantos otros… Y se preguntó por qué el centurión les había ahorrado ese fin.

Tras recorrer unos quinientos o seiscientos metros, el oficial entró en una taberna. Los dos muchachos lo siguieron, y se encontraron en medio de una sala muy grande, baja y abovedada, iluminada apenas por algunas lámparas de aceite colgadas de las paredes. Sin vacilar, el centurión se dirigió hacia un hombre de cabellos grises, sentado al fondo de la taberna. Al verlo, el hombre se volvió hacia el tabernero y gritó:

—¡Cuatro copas de tu mejor vino de Falerno!

Todos se sentaron en la misma mesa. Trajeron el vino, y el oficial levantó su copa.

—A tu salud, Quintus.

El otro inclinó la cabeza para demostrar que apreciaba la gentileza del centurión, levantó su copa a la misma altura y bebió. Sergio se dio cuenta que el susodicho Quintus era quien habría de decidir su suerte.

—Uno es galo, el otro númida —dijo el centurión.

El hombre de cabellos grises tomó a Sergio del mentón y le volvió la cabeza con suavidad, obligándolo a mirarlo a la cara.

—¿Tienes dieciséis años? —preguntó.

—Sí.

Luego se volvió hacia Xolotl.

—¿Y tú? ¿Quince?

—Sí.

Quintus parecía satisfecho.

—Es exactamente lo que buscaba —dijo.

Sergio se preguntó qué sucedería. Trató de adivinarlo observando a los dos hombres que tenía frente a sí. Pero estos estaban sentados bajo una de las lámparas, y sus rostros permanecían en la oscuridad. Por el contrario, Xolotl y él estaban totalmente iluminados. Se podían distinguir sus más mínimos gestos. ¿Había sido intencional su ubicación?… Al cabo de unos instantes, Quintus se volvió hacia el centurión.

—¿Doscientos por los dos? —propuso, hablando en un susurro.

—De acuerdo.

El hombre sacó una bolsa de un pliegue de su túnica y se la extendió al centurión, quien la tomó sin contar el dinero. En ese momento Sergio comprendió por fin la verdad. El oficial acababa de cedérselos a ese Quintus como esclavos. Los había vendido como si se tratara de objetos, y nada podían decir. Para ocultar su turbación, Sergio contempló la bóveda. La llama de la lámpara tiznaba los ladrillos, dejando una larga estela negra. ¿Qué nueva aventura comenzaría para ellos?

El centurión, que en ese momento lo estaba observando, adivinó lo que pensaba el muchacho y dijo en tono más suave:

—No se inquieten, jovencitos. No cayeron en malas manos… Irán a casa de un patricio. Uno de los más ricos de Roma. Más vale eso que terminar en las minas. No serán desdichados.

Luego se levantó rápidamente, como si no tuviera tiempo que perder.

—Gracias por tu copa de Falerno, Quintus. Que te vaya bien. Adiós.

Minutos después, Quintus vació su copa y se puso de pie.

—Beban el vino —dijo—. Es hora de partir.

Una vez más, eran tres en las calles desiertas. Al llegar a una encrucijada Quintus se detuvo y dijo, tras echar un vistazo en derredor:

—Están al servicio del cónsul Palma. Es un hombre muy poderoso. Tiene más de quinientos esclavos.

Al decir eso Quintus se irguió y sacó pecho, como si estuviera orgulloso de pertenecer a la casa de un personaje tan importante.

—Yo —aclaró— soy el maestro director de esclavos. Cuando me dirijan la palabra deberán llamarme «maestro». Si me obedecen siempre a la primera señal, a la primera palabra, todo irá bien. No soy malo, pero quiero que todo marche como corresponde.

Quintus vaciló un poco, volvió a mirar en derredor y bajó la voz.

—Si el cónsul les pregunta de dónde vienen, le dirán que los compré a un mercader sirio, en la colina de Coelio. Y que pagué doscientos sestercios por cada uno. ¿Entendido?

—Entendido, maestro —respondió Sergio.

«Ajá», pensó Sergio. De manera que Quintus le robaba al cónsul, y no precisamente moneditas. Adivinó que era el momento apropiado para solicitar un favor.

—Maestro, quisiéramos suplicarte algo. ¿Puedo hablar?

—Sí. Habla.

—Ten la bondad de no permitir que nos separen, maestro… —Quintus respondió de inmediato:

—Has hecho bien en pedírmelo. Nunca permitiré que los separen…

XIII

Debieron marchar media hora antes de llegar a la *villa* del cónsul. Quintus los hizo entrar por un pasillo lateral que llevaba directamente a las habitaciones de los esclavos, y por fin los condujo a un pequeño depósito.

—Desvístanse —les ordenó—. Y pónganse esto…

«Esto» era, en ambos casos, un paño basto teñido de negro con el fruto de la haya, y un par de sandalias con correas también negras. Los dos muchachos se desnudaron y se anudaron el paño en torno a la cintura. Sergio sabía que era la vestimenta de los esclavos, quienes en verano no tenían derecho a llevar túnica. Entonces comprendió realmente, por vez primera, cuán bajo habían descendido. Se sintió

terriblemente humillado, como nunca lo había estado en su vida, pero decidió hablar para ocultarle su vergüenza a Quintus.

—¿Por qué es negro, maestro? —preguntó.

—Porque es el color de Palma. Todos sus esclavos llevan un paño negro. Son los únicos que visten así en toda Roma. ¿No lo sabías?

Quintus los condujo al dormitorio de los esclavos, una pequeña celda con tres colchones extendidos en el suelo. Sobre uno de ellos dormía un hombre, de espaldas a la puerta, que no se despertó con la llegada del grupo. Los otros dos estaban vacíos.

—Dormirán aquí —dijo Quintus—. Hoy y todos los días que les sigan. Buenas noches.

—Buenas noches, maestro.

* * *

Sergio se despertó al alba y vio que habían pasado la noche en una suerte de cueva apenas iluminada por un respiradero al ras del suelo. El tercer ocupante de la celda, el hombre que había seguido durmiendo a su llegada, estaba sentado en su colchón y lo miraba tranquilamente.

—Me llamo Mamercus —dijo.

Era un anciano de aire suave, cabellos totalmente canos y una barba en forma de collar. Tendría más de sesenta años, pero todavía se lo veía lleno de fuerza y vitalidad. En pocas palabras, Sergio le relató sus desventuras de la noche anterior.

—¿Qué tarea nos encomendarán? —preguntó.

—¡Vaya uno a saber! —respondió el viejo—. ¿Antes de que los trajeran aquí, qué oficio tenían?

—Acarreábamos agua.

—¿No saben hacer otra cosa?

—No.

Mamercus reflexionó.

—Seguramente les mandarán hacer la limpieza —dijo—. Cada mañana lavan todo con baldes de agua. Los esclavos jóvenes siempre comienzan por ahí. —¿Y después?

—Tal vez los envíen a las cocinas. Quizá deban servir la cena. Creo que Quintus estaba buscando dos jovencitos de la edad de ustedes.

* * *

Mamercus no se había equivocado. Efectivamente, les mandaron hacer la limpieza, y luego los enviaron a trabajar en las cocinas. Por la noche Quintus les ordenó ayudar a servir la cena. Debían llevar grandes fuentes de plata y presentarlas a los convidados. Era un trabajo reservado a los esclavos jóvenes, que marchaban formando pares. Ubicaron a Sergio con un joven semita de su misma edad, Lucius, quien tenía la misma talla y se le parecía un poco. En cuanto a Xolotl, lo colocaron junto a un mulato también de la misma talla y edad. Los cuatro formaban un grupo muy parejo. Sin duda, en eso había pensado Quintus cuando le dijo al centurión: «Es exactamente lo que buscaba…».

Palma advirtió de inmediato los dos rostros nuevos.

—Eh, tú. Tú, el nuevo —le dijo a Sergio—. ¿Cómo te llamas?

—Sergius.

—¿Y de dónde vienes?

—De la Galia, señor.

—Ah, muy bien.

Luego formuló las mismas preguntas a Xolotl. Al volver los muchachos hacia las cocinas, el último de los convidados llamó a Sergio justo cuando pasaba frente a él.

—Detente… Sí, tú, el nuevo.

Sergio se detuvo, y Lucius, que sostenía el otro extremo de la bandeja, se vio obligado a hacer otro tanto.

—Acércate.

Sergio se acercó.

—Inclínate —le susurró Lucius.

Sergio se inclinó, sin comprender qué querían de él.

—Más rápido —dijo el invitado, con un gesto de impaciencia.

Sergio se encorvó un poco más, y advirtió que el hombre se secaba las manos en su pelo. Estuvo a punto de apartarse, lleno de asombro y disgusto, pero a tiempo recordó que no era más que un esclavo.

—Puedes retirarte —dijo el hombre cuando hubo terminado.

Sergio y Lucius siguieron caminando hacia la cocina. Cuando estuvieron bien lejos Sergio preguntó:

—¿Esto sucede a menudo?

—No muy a menudo —respondió Lucius—. Pero ese es un verdadero puerco. Se divierte secándose las manos de esa manera.

—¿Y nosotros lo debemos soportar?

—Nosotros estamos aquí para cumplir todas las órdenes que nos den —dijo Lucius—. ¿No lo sabías?

—¿A ti no te molesta que alguien se seque las manos entre tu pelo?

Lucius se encogió de hombros.

—Mañana por la mañana te lavarás la cabeza. Después de todo, no es más que un poco de salsa.

* * *

Al volver a la celda, terminada la cena, Sergio y Xolotl se sentían exhaustos. Mamercus dormía, tal como lo hiciera la víspera. Los dos muchachos se desataron las sandalias y se acostaron sin hacer ruido.

Pasaron unos minutos. Sergio se dio vuelta dos o tres veces sobre el colchón.

—¿No duermes? —murmuró Xolotl.

—No. ¡Si supieras mi desesperación…!

Siempre en voz baja, le abrió el corazón a su amigo. Xolotl lo escuchó sin interrumpirlo. La gota de agua que colmaba la copa era ver sus cabellos transformados en toallas para secarse las manos.

—¿Te das cuenta? —dijo Sergio—. Pueden hacer lo que quieren con nosotros, y estamos obligado a aceptarlo. Si las cosas continúan de esta manera, llegarán a usarnos de felpudo…

Estaba recostado sobre sus espaldas. En derredor todo estaba en sombras, salvo el respiradero, que recortaba un semicírculo del cielo azul profundo, con una estrella brillante. Más allá de esas paredes, pensó Sergio, estaba la libertad. Trató de imaginarse cómo podría ser la noche en un bosque, muy lejos de Roma. Por fin, volvió a hablar:

—Si las cosas no mejoran, huiremos.

Desde hacía ya varios días Sergio había adquirido la costumbre de hablar en latín cuando se dirigía a Xolotl. Según lo que tuviera que decirle, optaba por el latín o por su idioma natal. Sin darse cuenta, había pronunciado esta última frase en latín.

Tras un instante de silencio, una voz grave dijo a su lado:

—¡Estás loco, Sergius! ¡Loco de atar! ¿Sabes lo que hacen con los esclavos que huyen?

Sergio se estremeció. Creía que Mamercus estaba profundamente dormido.

—No.

—¿Alguna vez has estado en la Via Appia? —preguntó el viejo—. Ese largo camino que lleva de Roma a Bríndisi… ¿Lo conoces?

—No.

—Allí encontrarás a todos los que trataron de huir.

Sergio contemplaba la estrella que, muy lentamente, se acercaba al borde del respiradero, y pensaba en su libertad perdida. Tras un momento de silencio, Mamercus prosiguió:

—Conocí a dos que trataron de fugarse. Pero los atraparon. Siempre los atrapan, porque nadie se atreve a ocultarlos. Ni siquiera los ladrones de Suburra y Trastévere los ayudaron. Los atraparon al día siguiente de su huida. Los azotaron, y los crucificaron sobre la Via Appia. Les clavaron pies y manos sobre la cruz, y los dejaron morir allí. ¿Así quieres terminar tú, Sergius?

XIV

Días más tarde Quintus llamó a Sergio y Lucius, y los envió a buscar dos cestas de ostras a las puertas de Ostia. El sitio quedaba en el extremo opuesto de la ciudad. Los muchachos debieron atravesar Suburra, y el azar quiso que pasaran por la calle donde otrora viviera Gaius.

Spurius estaba solo en su tienda, y Sergio aminoró el paso. Nada en el mundo le hubiera impedido detenerse y mirar. El zapatero cortaba una suela con cuidado… «Si levanta la cabeza y me ve, ¿qué dirá?», pensó Sergio. Spurius trabajaba lentamente y con dificultad, porque su utensilio cortaba mal, y el cuero era duro. Sergio siguió mirándolo, y un montón de ideas descabelladas le cruzaron la mente… «Si se abre la

puerta tras él… Si Fiametta entra a la tienda y me ve… ¿Qué hará?». Sergio aguardó, inmóvil. Había olvidado todo lo demás.

Al llegar a la esquina Lucius se dio cuenta que Sergio no lo seguía, y volvió sobre sus pasos.

—¿Por qué te quedas parado? Está prohibido detenerse en el camino… ¿No lo sabías?

Sergio logró salir de su ensueño y se unió a su acompañante. Spurius no había levantado la mirada en ningún momento. «¿De qué me habría servido, si me hubiera visto?», pensó Sergio. Aun cuando Spurius hubiera aceptado alojarlos nuevamente, a Xolotl y a él, ya no tenían derecho a habitar su misma casa, puesto que eran los esclavos de Palma.

* * *

Sergio no pudo olvidar esos pocos minutos que había pasado frente a la tienda de Spurius esa mañana. Fue entonces cuando realmente comprendió que había perdido para siempre su libertad, y que debía aceptar la vida del esclavo.

Los primeros días fueron muy duros. La limpieza y el trabajo en las cocinas eran bien arduos, y Quintus se mostraba muy severo. Pero a veces tenían las noches libres, cuando la última comida terminaba temprano, o cuando Palma cenaba en casa de uno de sus amigos. Esos días Sergio y Xolotl permanecían en el dormitorio de los esclavos. Charlaban con Mamercus, o jugaban a la taba hasta el crepúsculo. A menudo se unía a ellos Lucius, acompañado de Kaeso, el joven mulato que servía los platos junto a Xolotl.

Una noche Mamercus les dijo:

—¿Se enteraron de lo sucedido?

Entre los esclavos el anciano era a menudo el primero en enterarse de las noticias. Sergio se preguntaba de dónde obtenía su información.

—No. ¿Qué ha sucedido? —preguntó Kaeso, que era muy curioso.

—Trajano cayó enfermo —dijo Mamercus—. Gravemente enfermo. No se sabe si por la edad o las fatigas de la guerra. Quería regresar a Roma antes de los grandes calores del verano. Logró embarcarse, pero

no pudo soportar el movimiento de las olas. El navío debió detenerse en Selinonte.

—¿Dónde queda Selinonte? —preguntó Kaeso.

—En Asia Menor… Lo desembarcaron, y lo llevaron a casa de un mercader. La fiebre no cesó, y murió dos días después…

Todos callaron. La muerte impresiona siempre, aun cuando se trata de un emperador al que no se ha visto nunca. Fue Lucius quien formuló la siguiente pregunta:

—¿Y el nuevo emperador? ¿Sabes su nombre?

—Es Publius Aelius, el sobrino de Trajano —respondió Mamercus.

Esa noche Sergio estaba muy fatigado, y no hizo ninguna pregunta. Oyó hablar de Publius Aelius sin ninguna emoción… Por otra parte, ya no alentaba en él la apasionada curiosidad de los primeros días. «Un emperador u otro, qué más da, —pensó—. ¿Qué diferencia nos hace a nosotros, que no somos más que esclavos?».

* * *

Al día siguiente, el cónsul mandó llamar un esclavo a su biblioteca, dónde a menudo se quedaba a trabajar al anochecer, y quiso la casualidad que Quintus enviara a Sergio. Al entrar, el muchacho halló a Palma tendido sobre un canapé, ocupado en leer un mensaje en una tablilla de cera. Instantes después, el cónsul levantó la cabeza.

—¡Ah! Eres tú, Sergius.

—Sí, señor. Me dijeron que necesitabas un esclavo.

—Sí. Sírveme una copa de mi vino de Chipre.

Sergio sabía exactamente lo que debía hacer. Mientras servía a Palma, lo espió sin que el otro se diera cuenta. Era un hombre enérgico y robusto, de frente amplia y sienes grises. Un hombre que tenía sobre él derecho de vida o muerte, porque lo había comprado en cien sestercios. El precio de cuatrocientos panecillos, pensó Sergio.

—¿Realmente vienes de la Galia, Sergius?

—Sí, señor.

—¿Adónde naciste?

—En Lutecia, al norte de la Galia.

Palma frunció el ceño, como si tratara de recordar un detalle.

—Sí —dijo en voz baja—. Es una pequeña ciudad que se levanta sobre una isla del Sena, toda rodeada de pantanos…

Luego, sin transición, le preguntó:

—¿Cuánto pagaron por ti?

Sergio recordó la recomendación de Quintus. Habló del mercader sirio en la colina de Coelio. Una sonrisa escéptica afloró a los labios del cónsul, como si supiera a qué atenerse respecto del maestro de esclavos, pero no hizo ninguna observación. Luego formuló otras preguntas, que Sergio respondió lo mejor que pudo. Palma escuchó, y dijo:

—Tu latín es muy raro, Sergius. Nadie habla como tú. Pronuncias mal, colocas las palabras todas enrevesadas. Diríase que aprendiste a hablar con libros malos. ¿Puedes explicarlo?

—No, señor. No puedo explicarlo.

* * *

Mamercus había comprendido que Sergio no lograba adaptarse a su nueva vida y, como era realmente un hombre muy bueno, de tanto en tanto trataba de infundirle ánimo.

—Ya verás, Sergius. Cuando te acostumbres todo irá mejor. No estarás mal aquí.

—Humm.

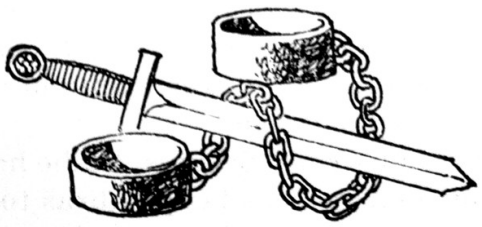
—¿No me crees? Tal vez tengas más suerte que otros, porque eres galo.

—¿Por qué? —preguntó Sergio, atónito.

—Porque Palma fue procónsul de la Galia. Vivió cinco años en esas tierras. Tenía su residencia en Lugdunum, pero viajó por toda la Galia. Tal vez sea por eso que se interesa por ti. Nunca se puede saber…

Sergio reflexionó. «Lugdunum, —pensó—, debe ser Lyon». «Si Palma conoce la Galia y comienza a interrogarme, no lo pasaré nada bien… ¿Qué podré contarle sin temor de equivocarme?».

—Ya verás —siguió diciendo Mamercus—. Con un poco de suerte, no serás desdichado. Vivirás una vida limitada, pero tranquila.



XV

Al día siguiente enviaron a Sergio a trabajar en las cocinas con Kaeso. Estaban ocupados en limpiar una marmita cuando esta se les escapó de las manos. Sergio retrocedió velozmente, pero no pudo evitar que su pie izquierdo quedara atrapado bajo la marmita. Sintió un dolor agudo en el extremo del dedo gordo, en la base de la uña, y lanzó un grito ahogado.

Rápidamente Kaeso apartó la marmita y se disculpó:

—¿Te hice daño? —preguntó.

Sergio se palpó el pie con precaución, pero no halló ningún hueso roto.

—Ya pasará —dijo.

Kaeso parecía inquieto.

—¿Estás seguro de que no tienes nada? —insistió.

—No. Estoy bien.

El dolor fue disminuyendo de a poco. Muy pronto Sergio pudo apoyar el pie en tierra, pero estaba furioso. Recordaba las amables palabras de Mamercus, la noche anterior, y se preguntaba si el viejo no se habría estado burlando de él. «Una vida limitada pero tranquila…» pensó. «Tranquila… cualquier día».

Sergio retomó sus tareas. Una hora después había olvidado el incidente.

* * *

Al día siguiente la uña estaba casi negra y Sergio sufría como un condenado cada vez que debía apoyar el pie en tierra. Se las arregló, sin embargo, para caminar sin renquear, y no le dijo nada a Xolotl, porque no quería irle con quejas sin tener un motivo serio.

El día transcurrió sin mayores alternativas, y el dolor resultó soportable. Esa noche Palma mandó llamar a Sergio nuevamente. El cónsul se hizo servir una copa de vino, y después le dijo:

—Desearía que descansaras un poco, Sergius. Puedes sentarte.

—Gracias, señor.

Sergio se arrodilló sobre el piso y se sentó sobre sus talones, a pocos pasos del cónsul, tal como viera hacer a algunos esclavos privilegiados a quienes a veces se les permitía sentarse frente al amo. Palma bebió el vino lentamente, a pequeños sorbos.

—¿Conoces la lengua de la Galia, Sergius?

—Sí, señor. Es el idioma que aprendí de pequeño.

—Dime algo en ese idioma.

Sergio sintió el corazón en la boca. Seguramente, Palma conocía la auténtica lengua gala. Tal vez su pedido era una trampa. No obstante, el joven comprendió que no debía vacilar, y rápidamente dijo una frase en francés, lo primero que le vino a la mente. El cónsul pareció sorprendido.

—Ese no es el idioma galo que yo conozco. Repíteme la frase en latín, para que entienda.

—Nací en el norte de la Galia, señor.

—Bien. Ahora, repítela en galo. Pero no tan rápido.

Sergio repitió la frase más lentamente.

—Qué extraño —dijo Palma—. Las palabras son diferentes, pero se parecen al latín. Hablas un idioma muy raro, Sergius… ¿Hablan así en toda la Galia?

—No, señor. Solamente en el norte —respondió Sergio, tratando de conservar la calma.

El cónsul tomó otro sorbo de vino y preguntó:

—¿Y Xolotl? ¿Es un númida?

—Sí, señor.

—Qué extraño —insistió Palma—. Lo observé bien, y no tiene el rostro de los númidas… Ni de los partos, los egipcios o los sármatas… Conozco a todos esos pueblos, y Xolotl no se parece a ninguno de ellos.

Calló un instante, y luego prosiguió:

—Y su nombre también es extraño. Nunca oí un nombre que terminara en «otl». Incluso su nombre tiene el aire de venir de muy lejos…

* * *

Al día siguiente, al anochecer, Mamercus repitió la misma pregunta que había hecho días atrás:

—¿Se enteraron de lo sucedido?

—¿Qué? —preguntó Kaeso, que siempre se interesaba por las novedades.

—Dicen que el testamento de Trajano es falso. Publius Aelius no será emperador.

Sergio escuchaba distraído, porque le dolía el pie. La muerte de Trajano lo dejaba sin cuidado. No comprendía por qué Mamercus seguía hablando del tema.

—¿Cómo puede ser que el testamento sea falso? —preguntó Lucius.

—Te explicaré —dijo Mamercus—. Al desembarcar en Selinonte, Trajano estaba demasiado débil para escribir o para hablar. Y murió pocas

horas después… Ocultaron su muerte a todo el mundo para tener tiempo de redactar un testamento falso.

Sergio comenzó a prestar atención. La historia del falso testamento empezaba a interesarle. No esperaba dar con una novela policial en pleno Imperio Romano.

—Cuentan —prosiguió Mamercus— que ocultaron a alguien detrás del lecho de Trajano, alguien que imitó su voz y dictó un testamento falso.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Sergio.

—Por uno de los esclavos de Trajano —respondió Mamercus.

—Un esclavo que hacía más de veinte años que estaba a su servicio. Lograron alejarlo de la cámara de su amo, pero regresó más rápido de lo que pensaban, y alcanzó a verlo todo.

—¿Y entonces?

—Al día siguiente, el esclavo fue hallado muerto… Su cuerpo estaba cubierto de manchas negras…

—¿Envenenado? —preguntó Kaeso.

—Sí.

Sergio se estremeció. La vida de un esclavo no contaba para nada cuando era el imperio lo que estaba en juego. Entonces reflexionó. Ese Publius Aelius no era, por lo tanto, el verdadero emperador. Por eso el nombre no le traía ningún recuerdo a la mente. Una vez más Sergio hurgó en su memoria. ¿Quién había sucedido a Trajano?

* * *

Durante dos o tres días el pie de Sergio se comportó de manera caprichosa. Por momentos no sentía nada, pero luego el dolor reaparecía bruscamente. Sergio comprendió que la herida estaba infectada, y comenzó a inquietarse.

Una noche Mamercus advirtió que el joven permanecía callado, y que parecía intranquilo. Como de costumbre, trató de levantarle la moral.

—¿Estas triste? —preguntó—. ¿Acaso te falta algo? Tienes buena salud, tienes un techo, un colchón para dormir y comida para saciar tu hambre. ¿Qué más te falta?

Entonces Sergio trató de describirle la vida que había llevado en el pasado, las correrías por la montaña y por el bosque, al aire libre, la comida que se cocinaba lentamente sobre un fuego hecho con leños… Habló largo rato, y Mamercus lo escuchó sin interrumpirlo.

—¿Tú no extrañas la libertad? —preguntó Sergio por fin.

—Yo nunca he sido libre —repuso el anciano.

—¿Y Lucius? ¿Y Kaeso?

—Ellos tampoco. Nacieron esclavos, como yo.

Mamercus calló durante unos instantes, y luego prosiguió:

—Si tanto amas la libertad, puedes ganar un poco de dinero y comprarla. Si sirves bien al cónsul y él está contento contigo, te liberará.

Sergio no podía creer lo que oía.

—¿Por qué dices eso. Mamercus? ¡No es posible!

—Sí, es posible. Todos los esclavos pueden comprar su libertad, si así lo desean.

—¿Y tú, Mamercus? ¿Por qué no has hecho lo mismo?

El anciano miró a Sergio, sonriendo tristemente.

—Ahorré algún dinero —dijo simplemente—. Y después se lo regalé a mi hermano para que pudiera comprar la libertad de su hijo.

Ese día Sergio comprendió hasta dónde llegaba la generosidad de Mamercus.

XVI

En medio de la noche Sergio fue despertado por el dolor. Se palpó el dedo del pie bajo el cobertor, y lo encontró hinchado. Bastante inquieto, procuró conciliar nuevamente el sueño, pero todo fue en vano.

Al alba pasó el esclavo encargado de despertar al resto, como todas las mañanas. Se inclinó sobre Mamercus, y le susurró algunas palabras al oído. De inmediato el anciano se levantó y salió de la celda, llevando consigo una gran caja que guardaba cerca suyo cuando dormía, y de la que no se separaba nunca.

Sergio hizo a un lado el cobertor, se sentó sobre el colchón y se contempló el pie lleno de inquietud.

—¿Anda mal? —preguntó Xolotl.

—Peor que ayer… —repuso Sergio.

—Déjame ver…

Xolotl se arrodilló para examinar el pie de Sergio, y le palpó el dedo tomando grandes precauciones.

—¿Te duele aquí?

—Sí —respondió Sergio.

Xolotl apretó un poco más, y vio cómo salía una gota de líquido en la raíz de la uña.

—Malo, malo… —observó Xolotl—. No debemos quedarnos como si tal cosa. Debes mostrarle el pie a Mamercus.

Sergio sacudió la cabeza. Evidentemente, la solución no despertaba en él ninguna confianza. A sus ojos, Mamercus era un anciano muy bueno, servicial y gentil, pero que obviamente no había descubierto la pólvora.

—¿A Mamercus? ¿Y por qué a él?

—Porque es médico —explicó Xolotl—. ¿Nunca viste la caja que lleva siempre con él? Son sus medicamentos e instrumentos.

—Pero es un esclavo como nosotros…

—Sí, pero, de todas maneras, es médico. Sucede a menudo que determinados esclavos son instruidos especialmente. Es él quien cura a Palma cuando este está enfermo. ¿No lo sabías?

Sergio se tomó la cabeza entre las manos.

—¡Oh, caramba! —gimió—. Desde que llegamos a Roma, no pasa un día sin que alguien nos diga: «¿Es que no lo sabían?». ¿Ahora tú también me vienes con lo mismo?

En ese momento Sergio comprendió por qué Mamercus sabía tantas cosas, y por qué se le ahorraban las duras faenas que los otros esclavos debían emprender por turno.

—¿Y bien? —preguntó Xolotl—. ¿Le mostrarás el pie?

* * *

Mientras lo buscaba a Mamercus, Sergio se encontró con Quintus a la entrada del dormitorio de los esclavos.

—¡Ah! Qué suerte que te encuentro, Sergius. Necesito dos esclavos para ir a buscar una jarra de miel de Umbría. Irás con Xolotl.

—Muy bien, maestro.

—No quiero designar a cualquiera para esta misión. Si envío a Lucius y a Kaeso, se comerán la mitad de la miel antes de regresar. Pero creo que tú y Xolotl no tocarán nada. Por lo general, los galos son gente honesta.

Sergio comprendió que el director de los esclavos apreciaba la honestidad, siempre que fuera en los demás. Oyó las instrucciones que le dio Quintus, y partió junto a su amigo.

—¿Adónde hay que ir a buscar esa miel? —preguntó Xolotl.

—A la Via Flaminia, la carretera que conduce de Roma a Rímini.

—¿Queda lejos?

—Tres horas de viaje de ida, y un poco más el de regreso, porque la jarra será pesada.

—¿Pasaremos por Suburra?

Sergio sacudió la cabeza, lanzando un suspiro de pena.

—No es posible —respondió—. Queda en la dirección opuesta.

No les costó mucho hallar la granja que Quintus había indicado. Por otra parte, el establecimiento pertenecía al mismo Palma. El administrador ordenó entregarles una jarra de miel y los muchachos emprendieron el camino de regreso. No estaban muy lejos de la ciudad cuando Sergio divisó, sobre una carretera lateral, a tres jóvenes de su edad acompañados de un cuarto, un niño de ocho a nueve años. Los reconoció de inmediato.

—Son ellos… —susurró.

No tuvo necesidad de agregar palabra. Desde su llegada a Roma, Sergio y Xolotl habían pensado diariamente en la posibilidad del reencuentro. Estaban seguros de que se produciría algún día, tarde o temprano. Y ese día había llegado.

—¿Qué haremos? —preguntó Xolotl.

Sergio miró rápidamente en derredor. La carretera por la que habían tomado los jóvenes romanos cortaba la Via Flaminia a ciento cincuenta o doscientos pasos. Era imposible evitar el encuentro… Todavía estaban a setecientos u ochocientos pasos del mausoleo de Augusto. El lugar estaba desierto.

—Son cuatro —cuchicheó Sergio—. Nosotros tenemos la jarra de miel, y no podemos dejarla… ¡Qué paliza nos espera!

—¿Y ahora qué hacemos? —insistió Xolotl.

Hablaban sin volver la cabeza y casi sin abrir los labios.

—No podemos hacer nada. Hay que seguir adelante… Y, sobre todo, no dar señales de temor…

—Nos han reconocido —murmuró Xolotl.

—Sí.

Los cuatro romanos fueron los primeros en llegar a la encrucijada, se detuvieron y bloquearon el paso.

—No les podía fallar —dijo Sergio—. Habrá una gran pelea… Haremos lo que podamos…

Estaban ya frente a los jóvenes romanos, apenas a unos pasos de distancia. Uno de ellos, el que había perseguido a Sergio y Xolotl y sufrido la terrible caída, se había colocado delante de los otros. Contemplaba a nuestros dos amigos lleno de odio y desprecio. Tenía los

puños cerrados y permanecía inmóvil, como si aguardara el momento de atacar.

Todo duró cerca de un minuto. De pronto, bruscamente, el joven romano se apartó para darles paso y, con gesto imperioso, les indicó que avanzaran…

Los cuatro romanos vieron alejarse a nuestros amigos, y luego, dando media vuelta, retomaron su camino.

Sergio y Xolotl avanzaron unos cincuenta pasos sin decir palabra. Por fin Xolotl balbuceó:

—Jamás hubiera creído que las cosas terminarían de esta manera. Si hubieran querido zurrarnos, no habríamos podido defendernos.

—Sí —admitió Sergio—. No sé porqué no lo hicieron.

Siguieron caminando en silencio, hasta que Xolotl dijo:

—Yo sí que lo sé… Es porque llevamos el paño negro. Recuerda lo que nos dijo Quintus el día que nos compró. Solamente los esclavos de Palma visten ese color, y en Roma todo el mundo lo sabe… Fue eso lo que nos salvó la vida. No osaron atacarnos porque somos esclavos de Palma, y este es un personaje muy importante. Puedes estar seguro de que ese es el motivo.

* * *

Poco antes de cenar Sergio dio finalmente con Mamercus. Enseguida el anciano le revisó el pie.

—¡Oh! ¡Oh! Sergius… Es una herida muy fea. Tendrías que habérmelo dicho antes. Si no sana pronto, tal vez haya que amputarte el pie.

Sergio cambió una mirada con Xolotl, quien estaba acurrucado al lado de ellos y observaba impasible la escena. La mirada quería decir:

«¿Crees que realmente sabrá lo que dice?».

Por toda respuesta, Xolotl hizo un ademán de duda, indicando que nadie podía estar seguro de nada.

—Siéntate —dijo Mamercus, señalando un rincón de la celda. Coloca el pie bien plano sobre esta piedra, y apóyate en la pared.

Sergio hizo lo que decían, sin estar muy convencido. El anciano buscó en la caja, y extrajo una pinza que limpió cuidadosamente. Entonces dijo:

—Te voy a arrancar la uña, Sergius… Sobre todo, no te muevas…

El anciano se inclinó sobre el pie de Sergio, lo tomó firmemente con la mano y comenzó su trabajo.

—Iré despacio —dijo—. Para no sufrir demasiado.

Sergio apretó los dientes para no gritar. Xolotl, siempre acurrucado en el suelo, observaba a Mamercus. De tanto en tanto le echaba un vistazo a Sergio.

Todo duró un minuto, un interminable minuto… Cuando hubo terminado, Sergio estaba atrozmente pálido, pero no había dicho palabra. Mamercus se enderezó y sonrió suavemente.

—De esta manera te curarás, Sergius.

—Humm…

Sergio se sentía muy débil y tenía deseos de vomitar. Por suerte estaba apoyado contra el muro, porque todo lo que lo rodeaba comenzó a darle vueltas en la cabeza. Vio que Xolotl le sonreía, tratando de infundirle aliento, y trató de devolverle la sonrisa. Al mismo tiempo, estaba contento de no haber gritado. Poco a poco el dolor disminuía…

Mamercus sacó un frasco de la caja y echó unas gotas de líquido negro y viscoso sobre un retazo de tela plegado en cuatro.

—Voy a ponerte una venda para mantener limpia la herida.

—Aplicó la compresa sobre la herida y la ató.

—¿Qué es ese líquido? —preguntó Sergio.

El pie comenzaba a dolerle menos, y renacía su curiosidad natural.

—Es una mezcla de aceite de oliva y telas de araña —respondió Mamercus tranquilamente.

* * *

Al acostarse esa noche Sergio estuvo a punto de arrancarse el vendaje, pero tras vacilar un poco decidió conservarlo. Al día siguiente el dolor había desaparecido, y el muchacho se sentía perfectamente. Se aprestaba

a tomar su puesto en el equipo de limpieza como todas las mañanas, cuando Quintus lo hizo salir de la fila.

—No, Sergius. Hoy no. El cónsul quiere verte inmediatamente.

Palma trabajaba en la biblioteca.

—¿Me mandaste llamar, señor?

—Sí, Sergius. Estoy muy satisfecho por la forma en que me sirves, pero no quiero verme obligado a esperar cada vez que te necesito. A partir de hoy, no dormirás más con los otros esclavos. Te alojarás muy cerca de aquí, en la piecita que Quintus te indicará. Te llamaré con un golpe de gong… ¿Me has comprendido?

Sergio, que se había quedado mudo de asombro, logró responder con rapidez:

—Sí, señor, sí.

No osó decir nada más, y Palma advirtió su vacilación.

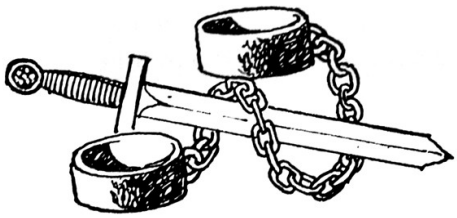
—Te tomo a mi servicio personal. ¿No te agrada la idea, Sergius?

Su voz sonaba irritada. Para un joven esclavo, era un gran honor habitar en esa parte de la casa, por lo cual Palma no comprendía por qué Sergio no demostraba mayor satisfacción.

—Sí, señor. Estoy muy contento de que me tomes a tu servicio. Pero está mi amigo, Xolotl. ¿Nos vas a separar?

El cónsul reflexionó unos instantes, y por fin dijo, con voz más calma:

—No. Puedes decirle a Xolotl que él también entrará a mi servicio. Se alojará contigo.



XVII

Minutos después, Sergio se reunía nuevamente con Mamercus y le repetía las palabras de Palma. El rostro del anciano se iluminó de placer.

—Me alegro por ti, Sergius. Es un buen comienzo… ¿Recuerdas lo que te dije en cierta oportunidad? Que, siendo galo, tal vez fueses más afortunado que otros… Palma aprecia mucho a los galos, porque son gente valiente y trabajadora. Me lo ha dicho muchísimas veces.

Mamercus parecía realmente complacido, y Sergio sospechó que tal vez el anciano lo había ayudado sin decirle nada.

—Dime, Mamercus… ¿No será que el cónsul me eligió porque tú le has hablado de mí?

En los labios del anciano afloró una fugaz sonrisa.

—Tenía entendido que Palma necesitaba un esclavo joven para tomarlo a su servicio personal. Tal vez en su momento le haya hablado de ti.

—Gracias, Mamercus. Muchísimas gracias.

—No, Sergius, no me lo agradezcas… Y recuerda que esto no es más que un comienzo. Si continúas sirviéndolo bien, Palma hará que recibas alguna instrucción. En tres o cuatro años tal vez llegues a ser su secretario… ¿Quién puede saberlo?

Sergio escuchaba fascinado. ¿Era posible? ¿Era verdad lo que Mamercus le decía?… El anciano prosiguió:

—Más tarde, si Palma realmente está contento de ti, te concederá la libertad. Continuarás a su servicio, pero serás un hombre libre. Los esclavos libertos tienen suerte en Roma: todo el mundo olvida pronto su anterior condición de esclavos. Se los trata como auténticos hombres libres… Y, más adelante, tus hijos nacerán libres, y serán verdaderos romanos.

Sergio seguía escuchando, más feliz de lo que jamás se sintiera desde su llegada a la mansión de Palma, soñando con la aventura fantástica que estaba por vivir. «Si supiera de dónde vengo…», pensó. En ese momento estuvo a punto de contárselo todo al anciano, pero se contuvo. Nadie debía saber de dónde venían Xolotl y él…

* * *

El gong que llamaba a Sergio resonaba a toda hora del día y a veces incluso durante la noche. El cónsul era muy exigente: quería estar bien servido, y no toleraba demoras… Al anochecer se retiraba a su biblioteca para trabajar o leer. Entonces se hacía servir una copa de vino de España o vino de Chipre y le ordenaba a Sergio que se sentara en un rincón. Palma siempre quería tener a su disposición a su esclavo personal, pero la mayor parte del tiempo no le exigía ningún servicio. A veces, sin embargo, interrumpía su trabajo, se hacía servir una copa de vino y descansaba unos instantes. Entonces comenzaba a interrogar a Sergio, o bien le hablaba de los cinco años que había pasado en la Galia. Algunas

de sus preguntas ponían al muchacho en un aprieto, y más de una vez Sergio se preguntaba si sus respuestas serían correctas.

Cierta noche Palma le dijo:

—Hay en ti un gran misterio, Sergius. Eres más civilizado que los demás galos, y sabes cosas que ellos ignoran. Pero, a la vez, ignoras las cosas más simples, que un pequeño galo de seis años ya sabe… ¿Realmente vienes de la Galia, o me has mentido?

—No te he mentido.

¿Entonces, cómo es que has aprendido tantas cosas? ¿E ignoras tantas otras?

Sergio vaciló. Hacía días que se veía venir la pregunta. Sabía que el cónsul era lo bastante inteligente como para aceptar la verdad, pero que a veces su cólera era terrible… Sergio desconfiaba.

—¿Y bien? Habla —le ordenó Palma.

—Te dije la verdad. Señor: nací en la Galia, pero no osé decírtelo todo.

—¿Por qué?

—Porque es algo muy difícil de creer, señor. Y temía las consecuencias de tu cólera, en caso de que no me creyeras.

El cónsul lo miró largo rato, y Sergio sostuvo su mirada sin apartar los ojos.

—¿No naciste esclavo, Sergius?

—No, señor.

—Eso es evidente. Nadie osa mirarme cara a cara. Naciste libre, y no hablas como un esclavo. Dame tu palabra de que me estás diciendo la verdad. Te creeré. —Te doy mi palabra, señor.

—Bueno. Habla, entonces, y no me ocultes nada. Sergio suspiró. Ya había ido demasiado lejos, y debía confesarlo todo.

—Señor: lo que te diré sin duda te dejará atónito. Yo vengo de otra época. Vengo del futuro…

El cónsul guardó silencio durante unos instantes, y luego preguntó:

—¿De muy lejos?

—Casi dos mil años, señor.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

—Estaba en medio de una tormenta, con Xolotl… Un rayo nos proyectó en el espacio, y de pronto nos encontramos aquí, sin saber cómo…

—¿Cómo regresarás a tu época?

—No regresaré nunca, señor. Jamás. Deberé permanecer aquí hasta el día de mi muerte.

Palma volvió a guardar silencio, y por fin hizo otra pregunta.

—¿Y en la época en que vivías, Roma seguía existiendo?

—Roma siempre será Roma, señor.

Por la expresión de Palma, Sergio se dio cuenta de que su respuesta no podía haber sido más acertada. Se hizo un silencio prolongado, durante el cual el cónsul pareció reflexionar. Sergio aguardó, vagamente inquieto y sin atreverse a decir nada.

—¿Y Xolotl? ¿De dónde viene él? Dime la verdad.

—Te diré la verdad, señor. Sobre la costa occidental de la Galia comienza el océano…

—Sí. Y más allá del océano, no hay nada.

—Perdón, señor. Hay un continente allende los mares. Muy muy lejos… A los barcos les lleva tres meses llegar a esas tierras. Tres meses de navegación, siempre en dirección al sol poniente. Allí nació Xolotl…

—¿Alguna vez estuviste en ese continente, Sergio? ¿Lo has visto con tus propios ojos? ¿No me mientes?

—No te miento, señor. Estuve en ese continente, allí lo conocí a Xolotl, y de allí regresé a mi patria con él.

* * *

Transcurrieron quince o veinte días durante los cuales Palma no volvió a hacer referencia al pasado de Sergio, como si hubiera olvidado por completo la asombrosa revelación de su joven esclavo, o como si hubiera resuelto no creerle… Por lo demás, lo acosaban otras preocupaciones, y en el curso de esas dos o tres semanas recibió frecuentes visitas de personajes influyentes. Palma los recibía muy cortésmente y hablaba con ellos largo rato, la mayor parte del tiempo en voz baja.

Una noche Sergio intercambió algunas palabras con Mamercus.

—¿A quién recibió? —preguntó el anciano.

Hay algunos que vinieron dos o tres veces —respondió Sergio—. De ellos me acuerdo el nombre: Celsus, Nigrinus y Quietus… Y muchos otros solo vinieron una vez. Siempre gentes muy importantes.

¿Escuchaste lo que decían?

No escuché nada, Mamercus. Cumplí mis obligaciones y salí enseguida, porque Palma no me pidió que me quedara.

El anciano se acarició la barba, sonriendo apenas.

—¿No adivinas lo que sucede, Sergius?

—No.

—¿Recuerdas lo que te conté en relación con el testamento falso?

—Sí, por supuesto.

—Y bien, es muy simple, Sergius… Publius Aelius no puede ser emperador, porque el testamento de Trajano es falso. Palma y sus amigos quieren acusarlo ante el Senado, y hacerlo detener…

¿Entonces elegirán otro emperador?

—Sí.

Mamercus aguardó unos segundos. Cuando volvió a hablar lo hizo en voz muy baja.

—Observa bien lo que sucede, Sergius. Todos esos patricios, ricos y poderosos, vienen a verlo a Palma…

—¿Quiere decir que él es su caudillo?

—Sí. Y será emperador cuando lo hayan detenido a Publius Aelius…

Sergio miró al anciano, asombrado. Los ojos se le salían de las órbitas…

—¿Realmente lo crees, Mamercus?

—Sí, lo creo. Y si continúas sirviéndolo bien, Sergius, serás el esclavo del emperador. Lo acompañarás en sus viajes. Conocerás Grecia, Egipto, Mauritania, todo el imperio…

Sergio no dijo palabra. Le había vuelto una frase a la memoria, una frase que Gaius había dicho riendo con todas sus fuerzas: «¡El emperador!… Jamás tendrás ocasión de hablar con él». Por fin logró olvidar esas palabras, para pensar en lo que Mamercus acababa de decirle. Una vez más el anciano le abría las puertas de un sueño encantado. Nada más imposible que lo que le refiriera, sin embargo… Sergio no volvió a hablar del tema ese día, pero sus ojos maravillados hablaban por él.

* * *

Algunas veces Palma cenaba en casa de amigos. Sergio quedaba entonces libre hasta la hora de su regreso, y volvía con Xolotl al dormitorio de los esclavos, donde pasaban la noche en compañía de Lucius, Kaeso y Mamercus.

Kaeso había hecho buenas migas con los cocineros, y siempre traía restos de la comida anterior, que se repartían entre ellos. Un día, por ejemplo, comieron costillas de jabalí, blanco de pavita de Frigia y dátiles fritos en miel, cuya mejor porción Kaeso había reservado para Sergio. Esa noche Mamercus aguardó a que Lucius y Kaeso hubieran regresado a su celda y entonces se dirigió a nuestros amigos, hablando en voz baja:

—¿Sergius, sabes por qué Kaeso se muestra tan amable contigo?

—No.

—Pues porque piensa en el porvenir. Si alguna vez él o Lucius hacen una tontería, esperan que tú habrás de intervenir ante Palma para ahorrarles el látigo… ¿Estarías dispuesto a hacerlo?

—¿Por qué no? —replicó Sergio.

—Reflexiona bien… Si intervienes, corres el riesgo de atraer las iras de Palma sobre tu persona.

—Lo haré de todas maneras —repuso Sergio.

Ya entrada la noche, Sergio y Xolotl regresaron a su cámara y se recostaron en sus colchones.

—¡Qué velada fabulosa! —dijo Xolotl—. ¡Esos dátiles fritos en miel!… ¿Sabes lo que habría dicho Raúl?

—Sí —respondió Sergio—. «Es el día más maravilloso de mi vida». Y Marcos lo habría tratado de comilón, No habría fallado.

Xolotl rio de buena gana, y finalmente agregó:

—Sabes, uno termina por habituarse a vivir aquí. En mí caso, hace por lo menos una semana que no pienso en ellos, ni en Teobaldo.

—Yo tampoco —reconoció Sergio—. Dentro de algunos meses no pensaremos más en ellos…

* * *

Enterado de que Palma se disponía a ser coronado emperador, Sergio prestaba mayor atención a lo que se decía en derredor, y buscaba comprender lo que sucedía. Una noche le dijo a Mamercus:

—Hoy oí decir que Attianus había llegado a Roma. ¿Sabes quién es?

Sergio se había estado haciendo esa pregunta todo el día. El nombre de Attianus le recordaba vagamente algo. Pero… ¿qué?

—Lo sé —respondió el anciano—. Es el prefecto de los pretorianos.

—¿Es un hombre importante?

—Muy importante, Sergius… Se encontraba en Selinonte cuando se produjo la muerte de Trajano… Seguramente sabrá muchas cosas.

Mamercus se detuvo, como tratando de hilvanar sus recuerdos.

—Attianus es ya un anciano, y hace años que sufre ataques de gota, ataques terribles. Sufre muchísimo, pero eso no le impide comandar la guardia imperial… Realmente, es un hombre con un puño de hierro. Sí se pone de parte de Palma, la partida está ganada.

—¿Lo crees, Mamercus?

—Sí, estoy seguro. Sí Attianus está con nosotros, Publius Aelius nunca será emperador… Puedes creerme…

Desde que oyera hablar de Attianus, Sergio se sentía vagamente inquieto, El nombre le decía algo, y poco a poco comenzaba a recordar… Lo había leído en algún lado, mucho tiempo atrás, pero no sabía respecto de qué. ¿Qué papel había desempeñado ese Attianus?… Sergio sospechaba que la solución estaba muy cerca, que no le faltaba más que

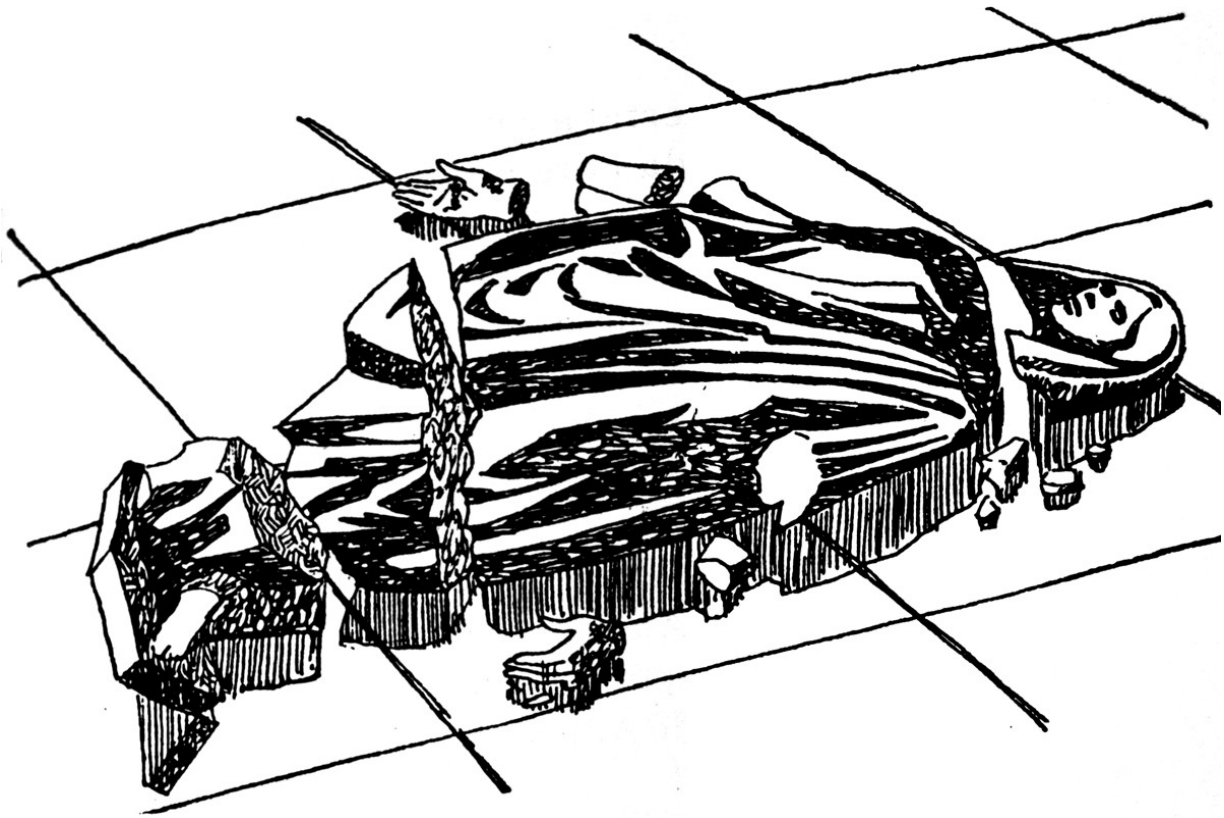
un pequeño detalle para comprenderlo todo. Entonces formuló una pregunta que nunca formulara antes:

—Dime, Mamercus… ¿Publius Aelius tiene un tercer nombre?

El anciano no dudó ni un instante.

—Por supuesto. Su nombre completo es Publius Aelius Adriano.

¡Adriano!… La respuesta le hizo a Sergio el efecto de una bofetada. A punto de emitir un grito de asombro, logró contenerse a tiempo y ocultar su sorpresa. En ese momento Mamercus miraba para otra parte y no llegó a percatarse de nada.



XVIII

Al dejar a Mamercus esa noche, Sergio tuvo la impresión de hallarse en medio de un avispero. Las palabras del anciano le zumbaban en los oídos, y le resultaba imposible pensar en otra cosa. Como todos los días, se acostó al mismo tiempo que Xolotl, en la pequeña habitación que les habían destinado, pero no logró conciliar el sueño.

En el silencio de la noche recuperó la calma y comenzó a hilvanar sus recuerdos. Gracias al nombre que Mamercus había revelado, el nombre de Adriano, todo se explicaba ahora… Sergio reflexionó un rato largo. Cuando estuvo seguro de que todos dormían a su alrededor, se vistió en un rincón, tanteó en la oscuridad buscando los hombros de Xolotl, y lo sacudió con suavidad.

—Xolotl…

Afortunadamente Xolotl tenía un sueño muy regular, y siempre despertaba con rapidez. Por los movimientos de la espalda Sergio se dio cuenta que su amigo ya no dormía, y que había levantado la cabeza.

—Escucha, Xolotl… Y si hablas, ten cuidado de hacerlo en francés. No digas nada en latín…

Sergio hablaba en voz muy baja, tan baja como podía, porque sabía que Xolotl tenía un oído muy fino. Fue así que le contó todo lo que le habían dicho, confusamente, según le fueron saliendo las palabras.

—¿Recuerdas que me había olvidado el nombre del emperador? Pues era Adriano… ¡El Castillo de San Angelo, que buscamos por las márgenes del Tíber sin dar con él, es la tumba de Adriano! ¡Él es el emperador que sucedió a Trajano!

—Aguarda —dijo Xolotl—. ¿De dónde sale ese tercer nombre que nunca oímos antes?

—Es muy simple. En realidad, los patricios romanos tienen tres nombres. El nombre de pila y el de familia, por supuesto; y además, un tercer nombre.

—¿Es decir, entonces, que a veces emplean los dos primeros nombres, y a veces el tercero? ¿Por qué?

—No lo sé —admitió Sergio—. Ellos se reconocen de esa mañera, y les parece lo más natural del mundo. Publius Aelius no significaba nada para mí. Pero cuando Mamercus me dijo que su tercer nombre era Adriano, lo comprendí todo de golpe.

Xolotl reflexionó, tratando de ordenar las ideas inconexas del relato de Sergio.

—Todavía no entiendo —dijo—. ¿Y por qué ha de ser tan catastrófico todo esto? ¿En qué nos afecta a nosotros?

—Escucha bien —insistió Sergio—. Lo que me hizo el efecto de una bofetada es el hecho de saber por qué Attianus está en Roma. Attianus es amigo de Adriano. No vino a Roma para ayudarlo a Palma, sino para asesinarlo…

—¿Estás seguro?

—Sí, por completo. ¿Comprendes ahora? Es preciso que advierta a Palma. Debe saber que corre peligro.

Xolotl no respondió de inmediato. En derredor, la ciudad entera dormía. Solo se oía el ruido del chorro de agua del atrio, que dejaban correr día y noche. Durante un largo minuto no se escuchó otra cosa que el suave chapoteo del agua fresca. Por fin, Xolotl dijo:

—Si se lo dices, no te creerá. Uno nunca cree las malas noticias. Y lo peor de todo es que, si hablas, te lo reprochará.

Sergio reflexionó, vacilante.

—Tanto peor si me lo reprocha. No puedo dejar que lo asesinen los hombres de Attianus. Palma fue muy bueno con nosotros. Si puedo, debo ayudarlo.

Una vez más se hizo un silencio prolongado. Desde donde se encontraba, Sergio podía ver, en medio de la oscuridad, el estrecho corredor que llevaba al peristilo, tenuemente iluminado por los reflejos de la luna. Al instante se sintió tentado de levantarse, tomar por ese corredor y pasar el resto de la noche frente a los aposentos de Palma, para ser el primero en verlo al amanecer y contárselo todo… Por fin, Xolotl volvió a hablar:

—Explícame… ¿Cómo sabes que Attianus vino a Roma con el propósito de asesinarlo? ¿Lo has leído en algún libro?

—Efectivamente —repuso Sergio.

—¿Y tu libro decía también que Adriano fue realmente emperador? ¿Fue él quien reinó después de Trajano?

—Sí. Durante veinte años.

—Bueno —dijo Xolotl—. Ahora, escúchame bien. Si tu libro lo dice, es porque realmente sucedió así… Entonces, no vale la pena que le digas nada a Palma. Si le hablas, no te escuchará, porque tu libro dice que a él lo asesinaron, y que Adriano fue coronado emperador. Cuanto puedas hacer será inútil.

Sergio lo escuchó sin decir palabra. Poco a poco iba comprendiendo que Xolotl tenía razón.

—No le avises nada —repitió Xolotl—. No servirá de nada, puedes creerme.

—Está bien —dijo Sergio—. No le diré nada.

* * *

Después de la discusión Sergio logro, por fin, dormirse. Al despertar, la mañana siguiente, había tomado la decisión de callar. Palma lo mandó llamar dos veces en el curso de la mañana, y Sergio no le dijo palabra.

Poco antes del mediodía el gong volvió a sonar por tercera vez. En el momento en que Sergio entró en la biblioteca, el cónsul acababa de darle una orden a Quintus; Sergio escuchó el final de la frase:

—… hoy iré a casa de Nigrinus; quiero que mi litera y mi escolta estén listas a primera hora esta noche.

—Bien, señor.

Quintus hizo una inclinación y se retiró. Al enterarse de que Palma pensaba salir esa noche, Sergio olvidó toda su anterior prudencia. Sabiendo que el cónsul corría peligro de muerte, no tenía derecho a callar… Sin tomarse el tiempo de reflexionar, dijo:

—¡Señor, no salgas esta noche! ¡Tu vida corre peligro!

Atónito, Palma se quedó mirándolo a Sergio sin decir palabra. Al cabo de unos instantes le preguntó:

—¿Peligro? ¿Por qué?

—Porque Attianus vino a Roma para asesinarte, señor.

El cónsul frunció el ceño. Su mirada se endureció. No hizo ninguna otra pregunta, pero Sergio comprendió que debía aclarar las cosas.

—Recuerda la revelación que te hice, señor. Yo vengo del futuro. Sé que Publius Aelius será emperador, y que reinará durante veinte años. Lo he leído en un libro. Ese libro dice, asimismo, que Attianus te asesinará. Y también a Nigrinus, Quietus y Celsus…

Palma dio dos o tres pasos por la habitación, se volvió bruscamente en dirección a Sergio y por fin dijo, en tono muy seco:

—¿Me dices la verdad, Sergius?

—Sí, señor.

—¿Y qué más sabes?

—Nada más, señor. De lo contrario, te lo diría.

El rostro de Palma cobró una palidez mortal, y sus rasgos se endurecieron de manera espantosa.

—¿Y si me estás mintiendo, Sergius? ¿Si es un ardid para lograr que me eche atrás? ¿Para que Publius Aelius obtenga la victoria?

—¡No, señor! ¡No! ¡No!…

—¿Qué pruebas tengo de que no sea una treta?

Sergio había oído hablar de las famosas cóleras de Palma. Eran infrecuentes, pero terribles. Estallaban de pronto, sin causa visible, y sembraban el terror entre los esclavos. El cónsul tomó una estatuilla de alabastro que había sobre una consola y la hizo añicos contra el piso. Luego exclamó, con voz retumbante:

—¡Quintus! ¡Aquí!

El maestro de esclavos acudió sin demora.

—Quintus, quiero que me envíes a Marcipor… ¡Enseguida!

Quintus partió de prisa, y Palma le preguntó a Sergio:

—¿Sabes quién es Marcipor?

—Sí, señor.

Todos los esclavos lo sabían. Era un coloso, un bruto que obedecía ciegamente cuanto le decía Palma, y que nunca se aparecía sin su látigo… El cónsul siguió hablando, sin que hubiera en su voz el menor asomo de piedad:

—Quiero saber la verdad. Te haré azotar hasta que confieses. ¿Entiendes?

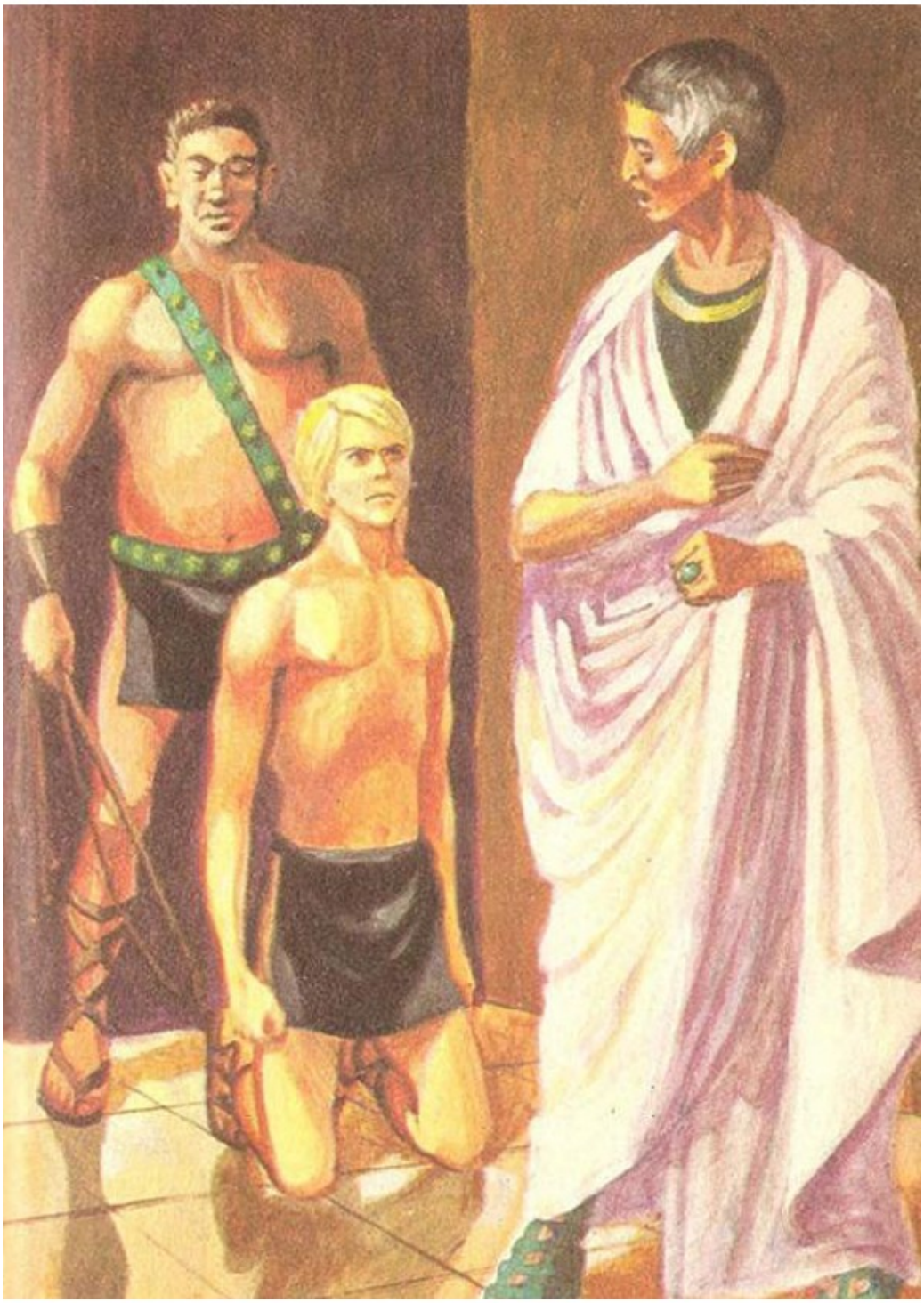
—Señor: ya te he dicho la verdad. Te doy mi palabra.

—Tu palabra no cuenta. No eres más que un esclavo.

En ese momento apareció Marcipor, látigo en mano. Se detuvo a la entrada del aposento, a cinco o seis pasos del cónsul, y esperó sus órdenes. Palma le hizo señas de que se quedara donde estaba y se volvió hacia Sergio.

—Si le ordeno que te dé cien latigazos, lo hará.

El muchacho se estremeció. La tarifa habitual eran diez latigazos, según oyera decir en numerosas oportunidades. Por una falta más grave, veinte latigazos. Nunca más de eso… Sergio hizo un esfuerzo por no temblar.



Si le mando que te dé cien azotes, lo hará.

—Sé que lo hará, señor.

—¿Sabes qué quedará de ti, entonces?

—Sí. Poca cosa, señor.

Cien latigazos equivalían a una condena a muerte. Sergio lo sabía. El cónsul se cruzó de brazos.

—Ponte de rodillas… Y tú, Marcipor, prepárate.

Sergio se colocó delante de Marcipor, dándole la espalda, y se arrodilló sin dejar de mirar a Palma en el rostro. El cónsul no le quitaba los ojos de encima.

—Por última vez, Sergio… ¡Dime la verdad!

—Ya te he dicho la verdad, señor.

Sergio oyó un ligero ruido detrás suyo, y comprendió que Marcipor había levantado el brazo, que estaba por golpear… El muchacho aguardó el golpe.

Kaeso, que había sido azotado en una oportunidad, le había dicho que cada latigazo era como una larga y terrible quemadura… Sergio tenía la boca seca. Debió hacer un esfuerzo por hablar.

—Señor: te he dicho la verdad… porque quería salvarte la vida…

Palma lo miró a Sergio como si no hubiera oído nada. Transcurrió cerca de un minuto en total silencio, y por fin el cónsul dijo, con el mismo tono duro de voz:

—Vete, Marcipor. Ya no te necesito.

Dio unos pasos en dirección a Sergio, que permanecía siempre de rodillas, lo tomó por los hombros y lo ayudó a levantarse.

—Eres valiente, Sergius…

Su voz sonaba totalmente distinta, como si hubiera olvidado su cólera.

—Sí, eres valiente. Y leal y fiel. Pero hay muchas cosas que ignoras…

Al decir eso sonrió. Sergio comprendió que ya no tenía nada que temer.

Deberías saber que un romano no retrocede jamás. Esta noche iré a casa de Nigrinus… Pero haré doblar mi escolta.

Aguardó unos instantes, para agregar luego:

—Puedes marcharte ahora. Si todo termina como espero, tendrás tu recompensa.

XIX

En cuanto volvió a reunirse con él, Sergio le contó todo a Xolotl.

—Has tenido suerte de que no te azotaran —dijo Xolotl—. Cuando el cónsul mandó llamar a Marcipor, todo el mundo creyó que era el fin para ti…

—Yo también lo creí. Y además habló de una recompensa, ¿te das cuenta?

—¡Cáspita! —exclamó Xolotl—. Si todo termina como él lo espera…

Sergio se encogió de hombros.

—No olvides que doblará su escolta. ¿Cuántos hombres tiene, habitualmente?

—Dos decurias —respondió Xolotl.

—Bueno, eso quiere decir que esta noche tendrá cuatro. Con los cuatro decuriones, y el centurión al mando de ellos, eso hace un total de cuarenta y cinco hombres. ¿Crees que osarán atacarlo con una escolta semejante?

—No lo sé —dijo Xolotl.

Parecía poco convencido, pero no quiso anticiparse. Un poco más tarde Quintus lo llamó para hacerlo trabajar en las cocinas y Sergio se quedó solo.

Xolotl regresó en las primeras horas de la tarde. Parecía tan inquieto que Sergio lo advirtió de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Las cosas no pintan nada bien —dijo Xolotl—. He logrado hacerlo hablar a Mamercus, y me dijo un montón de cosas que ignoraba.

—¿Qué?

—Cuando hay un complot y arrestan a un patricio romano, arrestan también a sus esclavos, y los torturan para hacerlos hablar… Para averiguar los nombres de los que están comprometidos en el complot.

—¡Nooo!…

—Sí. Y hay algo más. Por supuesto torturan a todos aquellos que pueden saber algo. Tú estás al servicio personal de Palma, y has visto los personajes que recibe. Es a ti a quien torturarán en primer término.

Sergio sintió que los ojos se le salían de las órbitas al mirarlo a Xolotl. Nunca había imaginado ese peligro. No podía hacerse a la idea, y dijo, maquinalmente:

—Pero Palma doblará su escolta. No pasará nada.

—Tú no ves nunca el peligro —dijo Xolotl—. Eres capaz de dormirte al lado de un jaguar creyendo que es un gato grande. Y al día siguiente, si te devora, serás el primero en sorprenderte.

A pesar de su inquietud, Sergio no pudo contener una sonrisa. Xolotl tenía razón, y él, Sergio, todavía tenía mucho que aprender. Era bien cierto que no veía el peligro que tenía delante de las narices…

—Escucha —dijo Xolotl—. Si vienen a arrestarlo a Palma, es preciso que huyamos de aquí antes que sea demasiado tarde. ¿Entiendes?

—¿Sabes el peligro que corremos si tratamos de escapar? ¿Recuerdas lo que nos contó Mamercus esa primera noche? Podemos terminar crucificados en la Via Appia.

—Lo sé —dijo Xolotl—. Y también sé el riesgo que corres si te quedas aquí. ¿Quieres que te torturen?

Sergio reflexionó.

—Escapar, es fácil de decir —murmuró—. No es posible huir en pleno día, delante de todo el mundo.

—No, por supuesto. Nos largaremos al caer la noche, en cuanto parta Palma… Mientras tanto, será mejor que conservemos la calma…

* * *

Ese día Palma hizo adelantar la hora de la cena porque quería que todo estuviera terminado antes de caer la noche. Entonces llamó a Sergio.

—Ayúdame a ponerme la toga —le dijo.

Para un romano era imposible colocarse la toga sin que lo ayudara un esclavo. Sergio hizo lo que le pedían, y vio que Palma llevaba un puñal oculto entre las vestiduras… Luego el cónsul se retiró a la biblioteca, para trabajar hasta el anochecer.

—Puedes retirarte, Sergius.

—Bien, señor.

Era la hora del crepúsculo. En la piecita que les habían asignado Sergio encontró a Xolotl, que parecía escuchar algo atentamente, sentado frente a la pared.

—¿Qué sucede? —preguntó Sergio, atolondrado.

Xolotl le hizo señas de que callara, y se sentara a su lado contra la pared… Sergio recordó que se trataba de uno de los muros exteriores, y que de ese lado había una calleja que corría a lo largo de la ciudad. Se sentó, y comenzó a escuchar. Oyó pasos de hombres y de caballos: caballos a los que obligaban a marchar lentamente, haciendo el menor ruido posible.

—Es la escolta —susurró Sergio—. Debe llegar ahora.

—No. Si fuera la escolta, vendría por delante de la casa. No tomaría tantas precauciones.

—¿Crees que son los pretorianos? —preguntó Sergio.

—¿Cómo quieres que los reconozca a través de una pared?

Sergio volvió a escuchar. Comenzaba a sentirse inquieto.

—Mejor huyamos —murmuró Xolotl.

—Todavía no ha anochecido…

Antes que Xolotl tuviera tiempo de responder resonó el gong. Sergio se puso de pie instintivamente.

—No vayas —dijo Xolotl.

—Es preciso que vaya. Si no, entrará en Sospechas…

Xolotl vaciló.

—Tienes razón. Ve —dijo, aunque pareció lamentarlo.

Sergio halló al cónsul en la biblioteca, hablando en voz baja con un desconocido.

—Dos copas de vino de Egipto, Sergius.

Sergio sirvió rápidamente a los dos hombres, sin tratar de comprender lo que decían, y no osó mencionar los caballos que había oído pasar por la calleja. «Palma me responderá que es su escolta, y se burlará de mí», pensó. Fue así que salió de la biblioteca sin haber dicho nada.

Al volver a su pieza Sergio vio que Xolotl había desaparecido. Pegó la oreja a la pared, pero no oyó nada. Sin saber por qué, ese silencio comenzaba a inquietarlo… Justo en ese momento entró Xolotl. Se lo veía agitado y nervioso, cosa rara en él.

—No es la escolta —dijo en voz baja—. Son demasiados hombres para ello. Solo pueden ser los pretoria nos…

Dejó transcurrir unos segundos, y agregó:

—Estuviste mucho tiempo con Palma.

—Cinco o seis minutos —dijo Sergio—. Debí esperar a que me diera permiso para marcharme.

—Sí. En el intervalo rodearon toda la *villa*.

Sergio sintió que el corazón le saltaba en el pecho. Imaginaba a los pretorianos rodeándolo todo…

—Huyamos por los techos —dijo Xolotl—. Enseguida.

—¿Y si Palma me llama?

Sergio vaciló nuevamente. Con un gesto rápido, Xolotl lo tomó de un puño, con una energía insospechada en él.

—¡Ven! Es ahora o nunca.

Lo arrastró a un rincón alejado de la *villa*, empujó una puerta que Sergio no había advertido nunca, y la cerró tras sí. Sergio vio una luz débil y vacilante por encima de sus cabezas, y una escalera estrecha con los peldaños mal cortados.

—Sígueme —dijo Xolotl.

El joven subió delante de Sergio. Un hombre sostenía una lámpara en lo alto de la escalera, un anciano con los cabellos totalmente blancos.

—¿Es Mamercus?

—Sí —susurró Xolotl—. Fue él quien me indicó el pasaje.

El anciano los condujo por debajo del techo. Marchando en cuatro pies para evitar las vigas, los dos muchachos lo siguieron hasta un tragaluz que aquel abrió sin hacer ruido. Sintieron una ráfaga de aire fresco, y Mamercus apagó la lámpara.

—Ahora, escuchen —murmuró—. Saldremos al techo, y marcharemos del lado que no ilumina la luna… No nos verán, pero no olviden que hay pretorianos por todas partes, al pie de los muros y frente a la *villa*. ¡No digan una palabra, y no hagan el menor ruido!

—¿Cuántos hay? —preguntó Sergio.

—Una cohorte —respondió el anciano.

Sergio no recordó de inmediato a cuántos hombres equivalía una cohorte. Pero cuando estuvo parado en la cornisa, y vio las filas de soldados a sus pies, se acordó. Seiscientos hombres… Solamente frente a la *villa*, cuya entrada central se abría sobre una plazoleta, había cuatro centurias… En un ángulo de la plaza, a cierta distancia, Sergio vio a un caballero magníficamente vestido, al que rodeaban seis centuriones, de a caballo como él. El grupo permanecía absolutamente inmóvil, y ni siquiera los caballos hacían el más mínimo movimiento. Sergio comprendió que se trataba del prefecto de los pretorianos, el segundo gran personaje de Roma, el terrible Attianus que venía a arrestar a Palma con sus propias manos.

Mal que le pesare, Sergio sintió admiración por ese hombre que solo obedecía al emperador y que, viejo y enfermo, se mantenía tan erguido en su corcel como cualquiera de los centuriones.

Fue entonces que Xolotl tiró suavemente del brazo de su amigo para hacerlo avanzar. Sergio recordó que no tenían tiempo que perder. Continuaron marchando por la cornisa, y atravesaron un sitio iluminado por la luna. Por fin se encontraron en el techo de la *villa* vecina, donde los pretorianos ya no podían verlos. En voz baja, Mamercus les indicó el camino a seguir y agregó:

—A partir de aquí ya no puedo ayudarlos más. Márchense, ahora.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Mamercus? —dijo Sergio—. Sabes muchas cosas. A ti también te harán torturar.

El anciano sacudió la cabeza.

—Soy demasiado viejo —dijo—. Si huyera con ustedes, les haría retrasar la marcha, y terminaría por morir de agotamiento. No: me quedo aquí.

Calló unos instantes, y luego agregó:

—¿No has pensado que siempre darán contigo mientras vistas ese paño negro? Reflexiona, Sergius. Nadie osará cambiártelo por otros vestidos. Aquí corres peligro de ser torturado, pero si huyes, podrás ser crucificado. ¿No prefieres permanecer aquí?

Sergio respondió sin vacilar.

—No, Mamercus. Si logramos nuestro propósito, alcanzaremos la libertad. Deseo partir, y Xolotl también.

—Comprendo —dijo Mamercus—. ¡Entonces, márchense! ¡Buena suerte!

Sergio volvió a mirar una vez más al anciano que había sido tan bueno con ellos, que los había ayudado en todo lo que podía y a quien jamás volverían a ver.

—Adiós, Mamercus. Gracias por todo lo que has hecho. ¡Y buena suerte a ti también!

El anciano agradeció con un gesto de cabeza, e insistió:

—No esperen más. Partan rápido.

Xolotl ya se había adelantado algunos pasos. Sergio se decidió… Cuando hubieron avanzado quince o veinte pasos por el techo de la casa vecina, oyeron ruidos de voces y gritos que venían de la plazoleta. Instintivamente, Sergio se detuvo:

—Ven —dijo Xolotl—. Ya todo ha terminado.

Atravesaron el techo de una tercera casa, que desembocaba en una pequeña calle desierta. Recorrieron la cornisa buscando el punto más cercano del suelo, y saltaron a la calle.

—Bueno —dijo Xolotl—. Y ahora, ¿adónde vamos?

Sergio arriesgó una sugerencia.

—¿Y si le pedimos asilo a Spurius? No conocemos a nadie más que a él.

—No —repuso Xolotl con energía—. Ya nos dejó una vez en la calle, cuando no habíamos hecho nada de malo. Ahora que nos persiguen, puedes estar seguro de que no nos ayudará.

Sergio pensó rápidamente.

—Entonces, debemos marchar hacia el norte, salir de Roma lo más rápido posible, atravesar el Tíber a nado, caminar toda la noche y enfilar

rumbo a las montañas.

—De acuerdo —aprobó Xolotl.

Los muchachos se pusieron en marcha. Como todas las noches, las calles de Roma estaban desiertas. Un cuarto de hora después Xolotl se detuvo abruptamente.

—Escucha —dijo.

Era el ruido de una tropa en marcha, el sonido de los pasos de hombres y caballos. Sergio miró a Xolotl lleno de ansiedad.

—Es una patrulla —murmuró.

Los pasos se aproximaron. Rápidamente, Xolotl arrastró a su compañero hacia un rincón oscuro.

—No —murmuró—. No es una patrulla. Son demasiados para eso. Recuerda que el campamento de los pretorianos no está muy lejos. ¡Con tal que no vengan por aquí!

Los muchachos los vieron marchar a cincuenta pasos de ellos, por la encrucijada más próxima. Seis centurias de pretorianos, una tropa tan numerosa como la que habían visto en casa de Palma. Sin decir palabra, Sergio los vio alejarse y dijo:

—Van en busca de uno de los tres restantes: Nigrinus, Quietus o Celsus. Esta noche arreglarán cuentas… Mañana por la mañana, Adriano será emperador. Y lo será durante veinte años más.

Poco a poco fue alejándose el ruido de las tropas.

—Ahora tenemos que retomar nuestro camino —dijo Xolotl—. Una vez que hayamos franqueado el Tíber, todo andará bien.

* * *

Dos horas después estaban en las márgenes del Tíber. En ese preciso instante las nubes ocultaron a la luna, y en menos de un minuto la oscuridad se hizo total. Los dos muchachos estaban sobre la costa, a pocos pasos del agua.

—Vamos ya mismo —dijo Sergio—. Estaremos más tranquilos una vez que lleguemos a la otra orilla.

—¡No! ¡Todavía no!… No tenemos ningún punto de referencia. Lo único que lograremos es dar vueltas en redondo en medio del río. Nos fatigaremos sin necesidad, y la corriente nos llevará de nuevo a Roma…

Sergio no respondió. Acababa de levantarse un viento muy fuerte.

—No habrá nubes mucho tiempo —dijo Xolotl—. Creo que va a llover…

Minutos después comenzaron a caer algunas gotas tibias. Muy pronto la lluvia se hizo torrencial. En cuclillas sobre la ribera, los dos muchachos no tenían ningún abrigo.

—Esto no es nada —dijo Sergio—. De todas maneras, deberemos zambullirnos en el agua más tarde… Y mientras dure la lluvia, no saldrán a divertirse buscándonos.

Algo más tarde Sergio lanzó una carcajada y dijo:

—¿Recuerdas lo que me dijo Mamercus, el día que me adivinó el futuro?

—Sí —dijo Xolotl—. Que no serás desdichado, y tendrás una vida tranquila, aunque limitada…

—¡Una vida tranquila, ya ves! —exclamó Sergio.

El chaparrón no duró más de media hora. La lluvia cesó tan abruptamente como había comenzado, el viento disipó las nubes y reapareció la luna.

—¿Vamos? —dijo Sergio.

Los dos muchachos entraron en el agua y comenzaron a nadar. La corriente no era demasiado fuerte, y llegaron a la otra orilla antes de lo que esperaban.

—¿Te das cuenta? —dijo Sergio, sacudiendo el cuerpo para secarse. Somos libres… Hace tiempo que esperábamos este momento…

Lo miró a Xolotl, parado frente a él bajo la luz de la luna. Una sombra negra, reluciente de sudor y agua… En derredor, el paisaje sombrío y desolado parecía no terminar nunca, cual una inmensa comarca sobre la que lo ignoraban todo…

Segundos después, Sergio preguntó:

—¿Qué hora crees que será?

—Alrededor de la medianoche, tal vez —respondió Sergio—. Quizá la una de la madrugada…

Sergio rompió a reír indiferente a todo, como si el peligro hubiera desaparecido, y repitió:

—Somos libres… La aventura recomienza… Ven, volvamos nuevamente hacia el norte…

Los dos jóvenes retomaron la marcha. Franqueada la barrera del Tíber, Sergio había hallado nuevas fuerzas…

—No quiero vivir más esa vida —dijo—. Haré lo que sea, arriesgaré lo que fuere… Pero no quiero ser nunca más un esclavo. Eso ha terminado…

Xolotl lo escuchó sin decir nada mientras marchaban.

—Nos ocultaremos en la montaña —siguió diciendo Sergio—. Comeremos frutas salvajes, viviremos de la caza y de la pesca… Marcharemos hacia el norte, atravesaremos la Galia… Iremos tan lejos como sea necesario, y finalmente daremos con un sitio donde no haya más romanos. Un sitio donde seremos libres…

Sergio dio varios pasos más y agregó, bruscamente:

—¿Sabes una cosa? Tal vez podríamos retornar al siglo XX…

Atónito, Xolotl volvió la cabeza en dirección a Sergio, instintivamente, como lo habría hecho a plena luz del día, para ver si su compañero no se burlaba de él.

—No estoy bromeando —aclaró Sergio—. No te había dicho nada, pero durante estas últimas semanas estuve reflexionando mucho… Nunca dimos con Raúl, Marcos ni Teobaldo. Fuimos proyectados hacia el pasado, en tanto que ellos permanecieron donde estaban. ¿Sabes por qué?

Xolotl meditó unos instantes.

—¿Las pulseras de identificación?

—Sí —afirmó Sergio—. No puede tratarse de otra cosa…

En pocas frases le explicó cuanto sabía sobre el autinio.

—Seguramente el profesor comprendió lo sucedido —prosiguió—… y sin duda hará todo lo posible por llevarnos nuevamente al siglo XX… Posiblemente lo intente todas las noches…

—¿Lo crees tú? —preguntó Xolotl.

Sergio se detuvo.

—Escucha —dijo—. Debemos intentarlo, aunque solo sea una vez… Debemos regresar a la Via Cassia, y dar con la estatua de Júpiter.

Debemos ir esta misma noche… Tenemos una posibilidad en cien de salvarnos, y no hay que dejarla escapar…

—¿Y si no lo logramos? —preguntó Xolotl.

—¡Entonces, mala suerte! Nos ocultaremos en la montaña y marcharemos rumbo a la Galia…

Sergio había recobrado todas sus fuerzas. A pesar de las emociones vividas a lo largo del día, y a pesar de la fuga a través de Roma y el cruce del Tíber, no se sentía fatigado en lo más mínimo.

—¿Entonces? ¿Vamos?

—¿Sabes dónde está la Via Cassia? —preguntó Xolotl.

—Sí. Estoy seguro de poder encontrarla.

Una vez más reemprendieron la marcha… Dieron doscientos o trescientos pasos, pero los detuvo un zarzal. Sergio trató de abrirse camino, pero pronto renunció.

—Mejor será dar un rodeo —dijo—. Y pasar por el costado…

Volviendo sobre sus pasos, trataron de bordear la mata de zarzas, pero esta se extendía demasiado lejos.

—Nada que hacer —dijo Xolotl—. Hay que atravesarla.

La marcha les llevó tiempo, y fue muy dificultosa. Finalmente terminaron por hallar una vez más los pastos altos, pero tenían las piernas llenas de rasguños. Sergio se pasó las manos por las pantorrillas y sintió las heridas sangrantes.

—Afortunadamente todo ha terminado… —murmuró.

Dieron cincuenta pasos por el terreno seco, y cayeron en un lodazal que no habían visto a tiempo, donde se hundieron hasta los tobillos. Xolotl levantó el pie con extrema rapidez y lanzó un grito.

—¡Caramba! He perdido una sandalia…

—¿Cómo fue? —preguntó Sergio, sin reflexionar…

—Seguramente se rompió la correa…

Xolotl se puso a buscar a ciegas en el barro, hurgando con las dos manos. Sergio se acercó, y lo ayudó a buscarla. Un par de minutos después Xolotl volvía a levantarse.

—No la encuentro —murmuró.

—Tanto peor —dijo Sergio—. Tendremos que seguir así.

Debieron retomar la marcha más lentamente, a causa del pie desnudo de Xolotl. De tanto en tanto Sergio se detenía y buscaba en el cielo la estrella polar, para poder orientarse… Finalmente divisó una masa negra a doscientos o trescientos metros, hacia el oeste.

—Es la tumba de Nerón —explicó—. Estamos muy cerca de la Via Cassia…

Un poco más lejos reconocieron el sitio donde habían visto pasar una legión, el primer día. Por fin dieron con la estatua de Júpiter…

—Es aquí —dijo Sergio—. La *villa* del profesor estaba justo enfrente, a veinte metros de distancia…

Los dos amigos se ubicaron, con la mayor exactitud posible, en el sitio donde los había depositado el rayo el primer día de su aventura. Por fin se acostaron sobre el pasto, apretados el uno junto al otro para sentir menos el frío de la noche… Poco después Sergio vio que un vapor ascendía lentamente del suelo, y que la luna se ocultaba gradualmente…

—Tendremos una niebla espantosa —dijo—, Attianus no nos encontrará jamás…

Pero Xolotl ya estaba dormido.

XX

Ese día Raúl, Marcos y Teobaldo trabajaron hasta el anochecer, sin tomarse ningún descanso. Después de cenar el profesor Lorenzo bajó con ellos al laboratorio.

—Hoy trabajaron mucho —afirmó—. Pronto estará todo terminado.

—Sí —dijo Raúl—. Dentro de tres horas, cuatro, quizá.

—Un poco más —declaró el profesor—. Si se levantan temprano, mañana a mediodía estará todo terminado.

Los tres muchachos contemplaron el hangar que habían construido como prolongación del laboratorio, y en el cual habían estado trabajando durante dos meses. Parecieron calcular con la mirada lo que aún quedaba por hacer.

—Si continuamos hoy —dijo Teobaldo—, estará todo terminado a medianoche. ¿Qué le parece, *professore*?

Como siempre, Teobaldo se mostraba tranquilo y seguro de sí mismo. Ni siquiera había levantado la voz, pero era evidente que los otros dos harían exactamente lo que él decidiera. El profesor entendía su impaciencia. Él también hubiera querido que todo terminase lo más rápido posible, y no lo dudó ni un instante.

—Está bien —dijo—. Continuaremos esta noche.

* * *

Les llevó más tiempo de lo que pensaban. Cuando la última tuerca estuvo ajustada, eran las dos de la mañana. Raúl, siempre con la llave inglesa en la mano, se volvió en dirección al profesor y gritó:

—¡*Professore*! ¡Hemos terminado! ¡Está todo terminado!

Los tres muchachos estaban exhaustos, pero contentos de haber concluido la tarea. Ahora esperaban el desenlace llenos de impaciencia… Mientras los jovencitos daban los toques finales al trabajo, el profesor había examinado todo cuidadosamente, verificando con atención cada circuito. Cuando Raúl le anunció que el montaje estaba terminado, se cercioró de que no quedara ninguna herramienta tirada por ningún lado.

—Todo debe estar perfecto —dijo.

Tras unos instantes de vacilación, agregó:

—Si el experimento fracasa, nunca podremos recomenzar.

Los tres amigos se miraron llenos de inquietud.

—¿Por qué, *professore*? —preguntó Teobaldo.

—¡Tú no sabes lo que significan quince millones de voltios! Es algo realmente tremendo, que puede causar verdaderos estragos. Recuerda las huellas de las llamas que encontramos en las paredes la noche que desaparecieron Sergio y Xolotl…

—¿Qué teme, *professore*? —preguntó Raúl.

—Muchas cosas —respondió el profesor—. No sé si los aislantes resistirán. Tal vez el electroimán quedará destruido. Puede incendiarse el laboratorio entero…

Los tres muchachos volvieron a mirarse. Raúl y Marcos parecían sumamente inquietos, pero a Teobaldo, aparentemente, la aventura le

resultaba apasionante. El profesor prosiguió, endureciendo el tono de voz:

—El material con que contamos no está preparado para recibir una descarga de quince millones de voltios, pero no tenemos otro… El más mínimo error puede hacernos fracasar, y costamos la vida a los cuatro. Les pido que me prometan obedecer ciegamente.

Casi al mismo tiempo, Raúl y Marcos respondieron:

—Se lo prometemos, *professore*.

Teobaldo permaneció en silencio. El profesor se volvió hacia él con una interrogación en la mirada. Por fin, el muchacho declaró:

—No haré otra cosa que lo que usted diga, *professore*. Le doy mi palabra.

El profesor pareció satisfecho, y continuó explicando:

—Si se produce algún incidente, no pierdan la cabeza. Es preciso que todo el mundo sepa exactamente lo que tiene que hacer.

Les mostró un extinguidor, y explicó su funcionamiento:

—Hay que apretar aquí, y dirigir el chorro de espuma hacia el pie de las llamas. No hacia lo alto: eso no serviría de nada.

Había preparado también varias linternas y un botiquín de primeros auxilios. Una vez que hubo explicado a los tres amigos lo que debían hacer, les indicó dónde debían ubicarse, lejos del electroimán y de los cables más peligrosos. Entonces se instaló en el tablero de comando.

—¿Están listos? —preguntó—. Recuerden lo que les dije: limítense a hacer lo que yo les diga.

—Sí, *professore* —respondió Teobaldo.

El profesor hizo contacto. Enseguida se oyó un zumbido irregular… Los tres amigos observaron los voltímetros. Sabían que los cien mil voltios se obtenían en cuestión de segundos, pero que se precisaba más de un minuto para cargar los condensadores. Durante los primeros veinte segundos solo se oyó el zumbido del generador. Luego hubo un chisporroteo en el hangar que protegía los condensadores. Por doquier aparecieron pequeñas chispas sobre las barras de cobre que unían los aislantes, a la par que se expandía un suave olor por todo el laboratorio.

Teobaldo, cuyo sentido del olfato era muy agudo, fue el primero en advertirlo.

—¿Qué es ese olor? —preguntó.

—Es el ozono. Lo provocan las chispas —explicó el profesor.

Aunque no dijo más, su intranquilidad era mayor que la de los muchachos, porque estaba más al tanto de los posibles peligros de la experiencia… Permaneció totalmente inmóvil, observando el indicador. La aguja subía lentamente, el chisporroteo se hacía cada vez más fuerte y el olor del ozono seguía intensificándose.

El profesor puso un dedo sobre el botón de comando que debía regular la operación. Los tres amigos sabían que se iluminaría una lámpara amarilla en el momento mismo en que fueran cargados los condensadores. Raúl miró el reloj. Faltaba un minuto… El chisporroteo era cada vez más intenso.

De pronto se encendió la lámpara amarilla.

Los tres muchachos apenas si tuvieron tiempo de verla… Inmediatamente el profesor apretó el botón. La oscuridad era total…

—¡Calma! —dijo el profesor—. Se cortó la corriente. Era de esperar… Tomen las linternas…

El olor del ozono era aun más fuerte. Marcos encendió su linterna, y se oyó la voz de Teobaldo.

—¡Cuidado, profesor!… ¡Mire atrás!

El profesor se dio vuelta rápidamente. Los cables eléctricos extendidos a lo largo de la pared estaban recalentados al rojo, y despedían un humo muy espeso. De pronto se elevó una llama muy alta.

—Se queman los aislantes —dijo el profesor—. Pronto, el extinguidor…

Teobaldo, que ya estaba empuñando el aparato dirigía el chorro de espuma contra los cables. En pocos segundos la llama se extinguió, pero la atmósfera era sofocante.

—Hay que airear la habitación.

Con un gesto rápido, el profesor tomó la linterna de Marcos y corrió a abrir la puerta del laboratorio, mientras Teobaldo abría las ventanas… Incapaz de seguir aguardando, Raúl se acercó al electroimán y no pudo contener una exclamación.

—¡No han vuelto!

Entre los polos del electroimán no se veía nada. Por lo menos, nada más que una niebla opaca, tan espesa que se la podía cortar con un cuchillo, y que no dejaba penetrar la luz de la linterna. Un verdadero muro de algodón…

—Es el vapor del agua… —explicó el profesor—. Se irá disipando de a poco.

Teobaldo dirigió entonces su linterna hacia el suelo, al borde de la zona brumosa.

—¡Miren ahí…!

En medio de la bruma asomaba un pie, un pie desnudo y cubierto de lodo. Los cuatro reflectores lo iluminaron simultáneamente.

—Es Xolotl —dijo Marcos—. Tiene la piel más oscura que Sergio…

—Mírenle el tobillo —dijo Raúl—. Esta lleno de rasguños, como si se hubiera peleado con un gato salvaje. ¿Qué le habrá sucedido?

Poco a poco comenzó a levantarse la bruma, como fundida lentamente en el aire. Apareció entonces el otro pie de Xolotl, calzado con una sandalia negra.

Luego emergieron los pies de Sergio, un poco más lejos. Estaban inmóviles. El profesor miró a Raúl, Marcos y Teobaldo, cuyos rostros iluminaba vagamente el reflejo de las linternas en la niebla. Al verlos comprendió que estaban tan intranquilos como él, y que ninguno de los tres se atrevía a hablar. Reinaba un silencio terrible, que nadie quería romper…

La bruma seguía disipándose lentamente. Apareció entonces una mano de Xolotl… Raúl lo aferró suavemente de la muñeca y le tomó el pulso.

—¡El corazón le late!… ¡Esta vivo!

La niebla era cada vez menos espesa. En menos de un minuto desaparecieron sus últimos vestigios, y ante los ojos de nuestros amigos aparecieron las siluetas de Sergio y Xolotl que dormían juntos, el torso desnudo, vestidos con un simple paño negro, con las piernas llenas de rasguños y los pies cubiertos de barro… En ese momento Sergio se movió y se dio vuelta sin despertarse. Xolotl también hizo un movimiento, abrió los ojos y volvió a cerrarlos, encandilado por la luz de las linternas… Entonces se sentó, y se pasó una mano por el rostro. Por fin miró en derredor, tratando de evitar las luces que lo enceguecían, reconoció a sus compañeros y comprendió que estaban a salvo… Todos estaban demasiado emocionados para hablar. El primero en poder decir algo fue Marcos:

—¿De dónde vienen? ¿Por qué están disfrazados de esa manera?

Xolotl se miró el paño negro y respondió tranquilamente, mientras Sergio comenzaba a despertar:

—Es la vestimenta de los esclavos… ¿No lo sabías?

PHILIPPE EBLY fue un autor de ciencia ficción del siglo XX, nacido en París y de nacionalidad belga. Los recursos que desarrollarán su apetito por las historias de aventuras son numerosos, uno puede citar, los álbumes de *Tintin* y *Snowy* o, en otro registro, *Ivanhoé*, que admira al Rey Ricardo Corazón de León. Este último trabajo no está relacionado con el libro que escribiría mucho más tarde *El que regresó de lejos*. A los dieciséis años, pasó un mes en Alemania. Es el comienzo de sus viajes que continuará como adulto entre México, Suecia y un país que lo fascina: Italia.

* * *

Philippe Ebly fue ingeniero metalúrgico en un centro de investigación científica. Su experiencia en esta área lo ayudará a hacer que las técnicas complejas del viaje en el tiempo sean creíbles y a dar un enfoque probable a sus fantásticas historias cuyo punto de partida a menudo se

basa en la realidad. Esto permite que todos se pongan en la piel de los aventureros para identificarse con uno de los personajes.

Al comienzo de su carrera, cuando apenas tenía veinte años, su actividad profesional lo llevó a Toulouse para una pasantía de dos meses. Entre los autores o novelas que fascinaron a Philippe Ebly, se puede citar a Stephen King, la novela de *El señor de los anillos*, *Les Rois maudits* de Maurice Druon o *Sinouhé l'Egyptien* de la que se inspiró y escribe *Voluntario para lo desconocido*.

* * *

Su primer libro, *Sanderloz Depth 0*, que nunca se publicó, fue escrito alrededor de 1967. Es una historia de anticipación, cuyo telón de fondo es la tercera guerra mundial y la supervivencia después del cataclismo nuclear. Pero fue en mayo de 1971 que probó suerte con *Destino Uruapán* con la editorial Hachette jeunesse. Este libro es el primero de una larga serie de aventuras (21 en total) que llevará el nombre de «Los conquistadores de lo imposible».

La primera publicación data de diciembre de ese año, luego la serie fue traducida a varios idiomas, en gran parte reeditada y revisada por el autor entre 1993 y 1995. La última aventura de *Los conquistadores de lo imposible* en Hachette se publicó en 1996 *Misión sin retorno*. Mientras tanto, han surgido otras dos series: Time Escapes y Patrollers del año 4003. Esta última serie responde a una expectativa del público de historias dirigidas hacia el futuro.

* * *

Su buena relación con los ilustradores Yvon Le Gall o, más recientemente, con Erik Juszezak ha establecido un vínculo de confianza y complementariedad. En este espíritu, la metamorfosis del primer Serge (atraído por Yvon Le Gall) a la de un adolescente de los 90 (por Erik Juszezak) fue un éxito, según el propio autor.

Philippe Ebly no solo escribió. Participó activamente en la promoción de sus libros a través de una actividad que le gusta, su reunión con lectores, principalmente en universidades francesas. Regularmente, visitaba una escuela privada en el XII distrito de París, pero también en otras ciudades como Dunkerque, Châteaubriant, Grenoble, Lille, etc… En Evian, la colaboración activa entre profesores y estudiantes por un lado y Philippe Ebly, por el otro, permitieron escribir la última novela de *Los conquistadores de lo imposible*, *Misión sin retorno*.

El autor también estuvo presente en ferias de libros, en Montreuil (suburbio de París) en 1987, en Bailleul (suburbio de Lille) en 1989, en Troyes en 1993, pero también en Le Mans. Estos largos días de reuniones que le permitieron dialogar con otros autores e intercambiar con su público representaron cada vez para él una alegría sin disfraces. Todos los que se acercaron a Philippe Ebly podrán decirlo: este autor ha preservado el alma de su infancia, su capacidad de maravillarse y comprender a los jóvenes. Su imaginación fértil felizmente cruza el tiempo porque la imaginación no tiene barrera.

* * *

La colección se detuvo en 1997, pero el autor tenía en su reserva varios manuscritos inéditos (en particular, *Le prisonnier de l'eau*, la vigésima novela de *Los conquistadores de lo imposible*). Desde 2002, publicó cuatro cuentos en Éditions Averbode, y en el mismo año, Éditions Degliame reeditó una gran parte de la serie Conquerors of the Impossible y las primeras Escapes of Time. Pero las ediciones de Degliame cesaron sus publicaciones en 2005. No fue hasta 2007 que las ediciones de Temps Impossible finalmente publicaron *El prisionero de agua*, luego el *Perro que maulló* y una colección de cuentos, En el río del tiempo.

Su talento fue recompensado con dos premios: en 1976, el premio de la feria familiar en Lille para *La voûte invisible*, y en 1993 en Valenciennes, el premio literario 4.º libro de visitas de jóvenes lectores en la categoría junior, para *Chasse au tigre en Corrèze*. Pero su mejor recompensa es el apego de sus lectores a sus aventuras. Recibió cientos de cartas de sus

admiradores, cartas que fueron respondidas cada vez a pesar de su apretada agenda. Es una gran cualidad para Philippe Ebly tener tanto respeto por sus lectores…

Philippe Ebly murió pacíficamente el 1 de marzo de 2014 en Bélgica, pero continúa iluminando los sueños y los corazones de todos sus lectores, pasados, presentes y futuros.

Notas

[1] Véase *El que venía de lejos*, en esta misma colección. <<

[2] Véase *Destino Uruapan*, en esta misma colección. <<

[3] Estudios cinematográficos situados en Roma. <<

[4] Antigua moneda romana de escaso valor. (*N. de la T.*). <<

[5] Antigua moneda romana. (*N. de la T.*). <<

[6] Provisión de víveres. (*N. de la T.*). <<

[7] Jefe de una escuadra de diez soldados (decuria) de los antiguos ejércitos romanos. (*N. de la T.*). **<<**